



Primer semestre 2022

Revista internacional

Guerra en Ucrania

Un paso de gigante en la barbarie y el caos generalizado

*Informe sobre las tensiones imperialistas
(mayo 2022)*

Significado e impacto de la guerra en Ucrania

Declaración conjunta de grupos de la Izquierda Comunista Internacional sobre la guerra en Ucrania

Volante internacional

¡El capitalismo es la guerra, guerra al capitalismo!

¿Cómo puede el proletariado derrocar el capitalismo?

Actualización del texto de orientación de 1990

Militarismo y descomposición

100 años después de la fundación de la IC

¿Qué lecciones para las luchas del futuro? (IV)

El comunismo está en la agenda de la historia

Marc Chirik y el Estado del período de transición

Sumario

1 Guerra en Ucrania

- Un paso de gigante en la barbarie y el caos general
- Las guerras de la decadencia, cada vez más irracionales para la burguesía y plagado de amenazas para la humanidad
- La guerra en Ucrania es una guerra imperialist
- El proletariado frente a la guerra en Ucrania

4 Informe sobre las tensiones imperialistas (mayo 2022)

- Significado e impacto de la guerra en Ucrania
- La guerra en Ucrania marca una brutal aceleración del militarismo
- Las raíces del conflicto ucraniano
- La invasión rusa beneficia a Estados Unidos a corto plazo
- Las consecuencias a largo plazo de la guerra
- Las características de la actual exacerbación del militarismo
- La expansión de los actuales enfrentamientos bélicos acentúa la imprevisibilidad
- ¿Qué impacto sobre la clase obrera?

12 Declaración conjunta de grupos de la Izquierda Comunista Internacional sobre la guerra en Ucrania

14 ¡El capitalismo es guerra, guerra contra el capitalismo! (Volante internacional)

16 ¿Cómo podrá el proletariado derrocar al capitalismo?

- La importancia decisiva del proletariado de Europa Occidental para la revolución futura
- Las guerras “locales” desde finales de la década de 1960:
- confirmación negativa del papel particular del proletariado de Europa occidental
- El proletariado oriental: alistados o impotentes frente a la guerra en Ucrania
- La situación del proletariado occidental frente a los ataques económicos de la burguesía antes del estallido de la guerra en Ucrania
- ¿Qué camino y perspectiva para el desarrollo de la lucha de clases?

22 Militarismo y descomposición Actualización del texto de orientación de 1990

29 100 años después de la fundación de la Internacional Comunista ¿Qué lecciones para las luchas del futuro? (4a parte)

- El Partido Bolchevique ya no es lo que era
- “El último combate de Lenin”
- bolchevización de la Internacional

33 El comunismo está en la agenda de la historia Marc Chirik y el Estado del período de transición

- Los períodos de transición en la historia.
- La política económica del proletariado.
- El Estado como flagelo
- Los orígenes del Estado y el resto.
- El Estado como encarnación de la alienación
- La negación de la negación
- La forma del Estado de transición.
- Los consejos de trabajadores del futuro

La guerra en Ucrania, un paso de gigante en la barbarie y el caos generalizados

La guerra en Ucrania sigue desatando su asqueroso torrente de asesinatos, destrucción, violaciones y sufrimiento sobre los refugiados que tratan de escapar de la furia de los beligerantes. Las imágenes cotidianas de la barbarie desenfundada a las puertas de Europa Occidental, centro histórico del capitalismo, son tan insoportables, tan apocalípticas y masivas; lo que está en juego a escala

mundial es tan colosal, aunque sólo sea por los riesgos nucleares que el conflicto supone para la humanidad, que es evidente que esta guerra, como consecuencia de la exacerbación de las tensiones imperialistas mundiales, representa un notable agravamiento del caos global que implica y afecta directamente a todas las grandes potencias imperialistas.

Si la guerra de Ucrania es la expresión más central y caricaturesca de la dinámica de decadencia generalizada a la que el capitalismo arrastra al mundo, en particular porque se trata de un acontecimiento conscientemente desencadenado por la burguesía que afectará de forma duradera y grave al conjunto de la sociedad, también forma parte de un proceso de convergencia de numerosas catástrofes y contradicciones que la clase dominante es cada vez más incapaz de controlar:

- la pandemia de Covid-19 está lejos de ser contenida, como lo demuestran los confinamientos masivos y extremadamente brutales en Pekín y Shangai en China, y la explosión de nuevas “olas” debidas a nuevas variantes en Europa;

- La crisis económica combina ahora la inflación, la desorganización de las cadenas de producción y el deslizamiento ineludible de la economía mundial hacia la recesión, que había sido momentáneamente contenida por la inyección récord de subsidios de la Reserva Federal y el BCE;

- el número de refugiados que huyen de la barbarie y la miseria en África, Siria, Libia, América Latina, Asia y ahora Europa ha seguido aumentando de forma espectacular;

- La incapacidad de la burguesía para lograr el objetivo de limitar el aumento de la temperatura global a 1,5°C es tan evidente que incluso los propagandistas más optimistas ya no se lo creen;

Y podríamos añadir muchos más estigmas, como la explosión de la violencia urbana, el ingenio individual frente a la miseria, la multiplicación de las «teorías conspirativas» delirantes, la corrupción, etc.

Sin embargo, la guerra en Ucrania marca una nueva y enorme inmersión en la barbarie. En 1991, poco después de la caída de la URSS, en su discurso

a la nación sobre la Guerra del Golfo, Bush padre prometió el advenimiento de un «nuevo orden mundial»; la burguesía trató de persuadir a los explotados de que el capitalismo había triunfado definitivamente y anunciaba días brillantes. 30 años después, las promesas se han desvanecido, confirmando, cada día un poco más, lo que estaba en juego y que fue claramente discernido por el Ier Congreso de la Internacional Comunista en 1919: «Se abre una nueva época, una época de *desintegración del capitalismo, de su colapso interno. Una época de la revolución comunista del proletariado [...]. La humanidad, cuya cultura ha sido totalmente devastada, está amenazada de destrucción. Sólo hay una fuerza capaz de salvarla, y esa fuerza es el proletariado. El viejo “orden” capitalista ya no existe. No puede existir. El resultado final de los procedimientos capitalistas de producción es el caos*».

La guerra de Ucrania, un paso de gigante hacia la barbarie y el caos generalizados

Para quienes esperaban una invasión tipo Blitzkrieg, empezando por la propia burguesía rusa (o al menos la camarilla de Putin), como fue el caso de la ofensiva de Crimea en 2014, estos cuatro meses de guerra han demostrado, por el contrario, que el conflicto será de larga duración. El fracaso inicial de la invasión rusa llevó a la destrucción sistemática de ciudades, como Mariupol, Severodonetsk o ahora Lyssychansk, que recuerda a la aniquilación de ciudades como Grozny (Chechenia), Faluya (Irak) o Alepo (Siria). Durante la Segunda Guerra Mundial, la destrucción de ciudades se hizo cada vez más masiva y sistemática, aunque el resultado del conflicto era seguro: Hiroshima y Nagasaki en Japón, ciudades obreras en Alemania. En el conflicto actual, bastaron unas pocas semanas para ver imágenes de enorme

destrucción y ciudades arrasadas.

Así, en contra de quienes afirman que la guerra abriría un nuevo ciclo de acumulación capitalista, significando así la posibilidad de que el capitalismo encuentre una “solución” a la crisis, la realidad demuestra que la guerra es sólo una destrucción de fuerzas productivas, como ya decía la Izquierda Comunista de Francia en 1945: «La guerra fue el medio indispensable para que el capitalismo abriera posibilidades de desarrollo ulterior, en el momento en que estas posibilidades existían [el período de ascenso del capitalismo] y sólo podían abrirse por medio de la violencia. Del mismo modo, el colapso del mundo capitalista, habiendo agotado históricamente todas las posibilidades de desarrollo, encuentra en la guerra moderna, la guerra imperialista, la expresión de este colapso, que, sin abrir ninguna posibilidad para el desarrollo ulterior de la producción, no hace más que engullir las fuerzas productivas en el abismo y acumular ruina sobre ruina a un ritmo acelerado», empezando por la población trabajadora. Las primeras estimaciones de las víctimas cifran el número de muertos en Ucrania en más de 50.000 y el número de refugiados en unos 6 millones; Zelensky habla de 100 soldados ucranianos muertos cada día y 500 heridos (la mayoría de ellos lisiados). En el lado ruso, las pérdidas son mayores que las de toda la campaña de invasión en Afganistán. Las fábricas, las carreteras y los hospitales se han quemado por completo. Según la Facultad de Economía de Kiev, cada semana se destruyen infraestructuras civiles por valor de 4.500 millones de dólares.

Los bombardeos y la ocupación militar cerca de Chernóbil han suscitado el temor a la contaminación radiactiva, pero la magnitud del problema de la guerra y su impacto medioambiental va mucho más allá:

«Se han bombardeado fábricas químicas en un país especialmente vulnerable. Ucrania ocupa el 6% del territorio europeo, pero contiene el 35% de su biodiversidad, con unas 150 especies protegidas y numerosos humedales»¹. En general: «después del armisticio de 1918, decenas de toneladas de proyectiles abandonados por los beligerantes siguen liberando sus compuestos químicos en el subsuelo del Somme y del Mosa. Millones de minas diseminadas en Afganistán o Nigeria contaminan permanentemente las tierras agrícolas y condenan a la población al miedo y la miseria, por no hablar del arsenal atómico que representa una amenaza ecológica sin precedentes en la historia de la humanidad. La guerra industrial es la matriz de toda contaminación» (Le coût écologique exorbitant des guerres, un impensé politique² - Le Monde).

En cuanto al impacto de la guerra en la crisis económica, si durante la anterior crisis de 2008 muchos trabajadores perdieron sus empleos y algunos sus casas por no poder pagar su hipoteca, esta guerra plantea directamente la perspectiva de hambruna en varias regiones del mundo, y no sólo por la interrupción del comercio de cereales y semillas a los países de la periferia: la amenaza del hambre concierne directamente a las poblaciones económicamente más frágiles de Estados Unidos y de otros países centrales. La burguesía no puede seguir compensando con deuda el descenso de la producción que se ha agravado dramáticamente desde la pandemia, especialmente con una alta inflación sostenida y la presión del militarismo provocada por la guerra en Ucrania. Biden, que prometió 30.000 millones de ayuda económica, dice ahora, como todos los gobiernos de Europa, que “los buenos tiempos han terminado”.

Sin embargo, no tienen ningún reparo en aumentar exorbitantemente el gasto militar (lo que también mantendrá la inflación). Macron acaba de declarar que Francia ha entrado en “una economía de guerra”. En Alemania, el gobierno socialdemócrata de Scholz, con la participación de los Verdes, ha

aprobado un presupuesto adicional de 100.000 millones de euros para el rearme, un hecho histórico desde la Segunda Guerra Mundial. Japón tiene previsto aumentar su presupuesto de defensa hasta el 2% del PIB, lo que le convertirá en el tercer país del mundo que más gasta en armamento, con China, que ha aumentado el gasto en un 4,7% desde 2020 (293.000 millones de dólares este año) y Estados Unidos (801.000 millones de dólares) en segundo y primer lugar respectivamente.

Otra dimensión del impacto de la guerra en la agravación de la crisis económica es la aceleración del proceso de desglobalización (aunque la guerra en sí misma no sea la causa), principalmente a través del importante daño al proyecto militar y comercial geoestratégico de China y su “nueva ruta de la seda”. La pandemia ya había acelerado enormemente la desorganización de la producción mundial y la tendencia a la “relocalización”, pero la guerra supuso un nuevo e importante golpe: las rutas comerciales a través del Mar Negro se vieron gravemente interrumpidas y muchas empresas se vieron obligadas a abandonar Rusia. Las burguesías nacionales de los países más desindustrializados ya presentan la tendencia a la deslocalización como una “oportunidad” para el empleo y la economía nacional, pero la OMC ya ha advertido de los peligros de tal proceso: la carrera por acumular materias primas en cada nación, lejos de reducir la inseguridad de la economía, corre el riesgo, por el contrario, de perturbar aún más las cadenas de suministro y de ralentizar considerablemente la producción mundial como consecuencia del sálvese quien pueda. Basta con recordar los actos de piratería que los Estados protagonizaron durante la “guerra de las máscaras” para darse cuenta de ello. Todo ello contribuye a la crisis logística de la escasez, produciendo la aparente paradoja de que una crisis que se origina en la sobreproducción generalizada crea escasez de bienes. Las consecuencias de la profundización de la crisis para la clase trabajadora son ya la precariedad más brutal y los despidos por quiebra de empresas. Es difícil saber cuál es el estado de la pandemia en Rusia y Ucrania. Al igual que en 1918 con la llamada “gripe española”, la guerra ciertamente ha agravado considerablemente

los estragos de la infección. Sin embargo, no es descabellado pensar que si la burguesía ya era incapaz de contener la pandemia antes de la guerra, como atestigua el fiasco de la vacuna del sputnik, la situación se volvió totalmente incontrolable con las deplorables condiciones higiénicas impuestas por la guerra y la destrucción de la infraestructura sanitaria. Pero la pandemia, aunque en última instancia es el producto del deterioro del sistema y su hundimiento en la descomposición (que anuncia nuevas pandemias en el futuro), es un fenómeno en la vida del capitalismo que la clase dominante no decidió conscientemente y que se impone a su voluntad. Por el contrario, la guerra es una decisión consciente y voluntaria de la burguesía, ¡su única respuesta al colapso del capitalismo!

La guerra en Ucrania es una guerra imperialista

Como ya analizó Rosa Luxemburgo durante la Primera Guerra Mundial, en la decadencia del capitalismo todos los países son imperialistas. El imperialismo es la forma que adopta el capitalismo en un momento determinado de su evolución, el de su decadencia. Cada capital nacional defiende sus intereses con uñas y dientes en la escena mundial, aunque no todas tengan medios equivalente.

La propaganda burguesa denuncia, en Ucrania y en Occidente, la ofensiva y los crímenes de guerra del dictador Putin y, por parte rusa, la “amenaza nazi” que pesa sobre Ucrania, al igual que, durante la Primera Guerra Mundial, el bando aliado llamaba a alistarse contra el militarismo del káiser, y el bando contrario llamaba a contrarrestar el expansionismo del zar. Durante la Segunda Guerra Mundial, cada bando también esgrimió sus justificaciones “legítimas”: el antifascismo contra Hitler o la defensa de Alemania contra el aplastamiento de las “reparaciones” de guerra. La burguesía también plantea que Ucrania es un pequeño país víctima del oso ruso. Pero detrás de Ucrania están la OTAN y Estados Unidos, y Rusia también intenta buscar el apoyo de China. De este modo, la guerra entre Ucrania y Rusia forma parte de un conflicto más amplio entre la primera potencia de Estados Unidos y su contrincante declarado, China. En la raíz de la guerra actual está el deseo de Estados Unidos de reafirmar

¹ <https://www.ancrage.org/le-cout-ecologique-exorbitant-des-guerres-un-impensé-politique/>

² https://www.lemonde.fr/idees/article/2022/06/10/le-cout-ecologique-exorbitant-des-guerres-un-impensé-politique_6129644_3232.html

su hegemonía mundial, en declive desde el colapso del bloque estalinista y, más recientemente, desde el fiasco de Bush Jr. en Irak en 2003 y la retirada de Afganistán en 2021. Al igual que lo que Bush (el padre esta vez) hizo creer a Saddam Hussein en 1991, el gobierno estadounidense ha informado de la movilización de tropas rusas en la frontera ucraniana, dejando claro que si se produjera la amenaza de invasión, EEUU no intervendría, como en Crimea en 2014. Por su parte, el gobierno ruso no podía tolerar la entrada de Ucrania en la OTAN, tras la integración de gran parte de su esfera de influencia histórica (es decir, Polonia, Hungría y los Estados bálticos).

Por tanto, no tuvo más remedio que morder el anzuelo estadounidense con la idea inicial de actuar rápidamente para vetar las ambiciones de Ucrania. Sin embargo, el apoyo de EE.UU. a Zelensky y su presión sobre los miembros de la OTAN para que se muevan en la misma dirección ha envuelto a Rusia en un conflicto de desgaste más largo de lo esperado. El gobierno de Estados Unidos intenta así poner en evidencia la debilidad del imperialismo ruso, que no está a la altura de una gran potencia mundial en el siglo XXI, y agotarlo al máximo. Por otro lado, Estados Unidos ha conseguido imponer su disciplina a las potencias europeas, especialmente ante las veleidades de independencia del imperialismo francés (Macron había declarado que “la OTAN está en muerte cerebral”) y de Alemania, que tuvo que encajar la disminución de los envíos de gas ruso y el cierre del mercado ruso para sus propias mercancías tras las sanciones, pero también el coste presupuestario del rearme decidido bajo presión estadounidense. Pero sobre todo, detrás del conflicto ucraniano, el objetivo estratégico de Estados Unidos es debilitar a su principal contrincante, el imperialismo chino. Estados Unidos ha conseguido dificultar el apoyo de China a Rusia, haciendo que ésta parezca un socio poco fiable. Además de bloquear una región muy importante para el proyecto de la Nueva Ruta de la Seda, Estados Unidos ha hecho una demostración de fuerza y de «estrategia diplomática internacional» que es una advertencia muy explícita a Pekín. En resumen, Estados Unidos no ha dudado, una vez más, en desatar un caos que anuncia

tormentas aún mayores en defensa de sus sórdidos intereses imperialistas y de su liderazgo mundial. El debilitamiento del imperialismo ruso, a largo plazo, podría conducir a la desintegración de Rusia en varios pequeños imperialismos con armas nucleares. Del mismo modo, el hecho de doblegar a las potencias europeas conduce en realidad a su rearme, especialmente el de Alemania, lo que no ha ocurrido desde su derrota en la Segunda Guerra Mundial. Xi Jinping ve sus nuevas Rutas de la Seda amenazadas de bloqueo y al «aliado estratégico» de Rusia en graves problemas. Sin embargo, la verdadera víctima de esta guerra no es ni Ucrania, ni Rusia, ni China, ni Europa, sino la clase obrera, a la que se le pide, en Occidente pero también en todo el mundo, que haga inmensos sacrificios en nombre del esfuerzo bélico y, en el frente, ¡que haga el sacrificio supremo de la propia vida!

El proletariado frente a la guerra en Ucrania

La clase obrera en Ucrania, ya desde la “Revolución Naranja” en 2004, se había visto arrastrada a tomar partido en los conflictos entre fracciones de la burguesía y, desde 2014, se ha movilizado en gran medida en el frente contra Rusia. Hoy en día, los trabajadores son enviados al campo de batalla para servir de carne de cañón, mientras sus familias huyen desesperadamente de la guerra cuando no son masacradas en ciudades, hospitales o estaciones de tren. La clase obrera ucraniana está ahora totalmente derrotada y es incapaz de dar una respuesta de clase a la situación, por no hablar de plantear la perspectiva revolucionaria como en Rusia o Alemania en la Primera Guerra Mundial.

En Rusia, contrariamente a las especulaciones de la prensa internacional, Putin no logró imponer la movilización general de la población en la guerra. El proletariado ya no se dejó arrastrar directamente a la defensa de Rusia durante los conflictos nacionalistas que siguieron a la desintegración de la antigua URSS. Pero el hecho de no haber podido desempeñar un papel consciente en el derrumbe del estalinismo en 1990 y haberse dejado llevar por las campañas democráticas sobre la “muerte del comunismo” pesa sobre la clase obrera de todos los países del Este, como ilustraron

muy claramente las ilusiones democráticas durante el movimiento social en Polonia en 1980. En Rusia, el peso del democratismo pesa aún más ahora debido a la propaganda de las fracciones burguesas opuestas al autoritarismo de Putin. Si minorías aisladas como el KRAS defienden heroicamente una posición internacionalista contra los dos bandos en guerra, la clase obrera en Rusia tampoco está en condiciones de tomar la iniciativa de una lucha antibélica en la situación inmediata, aunque la situación concreta de las luchas, los debates y la conciencia de los trabajadores en Rusia sigue siendo en gran medida un misterio.

Todo esto no significa, sin embargo, que el proletariado mundial esté derrotado. Sus principales batallones en Europa Occidental, donde se acumula la experiencia histórica y reciente de las principales luchas contra el capitalismo, donde sus minorías defienden y desarrollan su programa político revolucionario, no se han incorporado hasta ahora a la guerra. Aquí también, la campaña anticomunista ha sido un factor clave en el declive de la combatividad y la conciencia proletaria, provocando una pérdida de identidad de clase; aunque desde 2003 hemos visto expresiones de varios intentos ocasionales de desarrollar la combatividad, y la aparición de minorías (aunque sigan siendo muy poco numerosas). Además, la burguesía de los países centrales está llevando a cabo una verdadera campaña ideológica democrática para apoyar la lucha ucraniana contra el dictador Putin, especialmente con la consigna: “Armas para Ucrania”. Los efectos combinados de la fragilidad de la clase obrera desde 1990 y de esta campaña conducen a la desmovilización y a un sentimiento de impotencia ante la gravedad de la situación. Por eso tampoco hay que esperar una reacción inmediata de la clase obrera a la guerra en estos países.

Incluso en la Primera Guerra Mundial, la respuesta de la clase obrera que puso fin a la guerra fue consecuencia de las luchas en las fábricas en la retaguardia contra la miseria y los sacrificios impuestos por la guerra. También en la situación actual, la burguesía exige sacrificios en nombre de la

Informe sobre las tensiones imperialistas (mayo 2022)

Significado e impacto de la guerra en Ucrania

Publicamos un informe adoptado por la CCI en mayo de 2022 que analiza exhaustivamente las raíces y las consecuencias de la guerra de Ucrania y denuncia la aceleración del militarismo y de la irracionalidad de la

guerra que se vuelve cada vez un cáncer que devora la economía y la sociedad capitalista con los enormes peligros de sufrimiento y destrucción que comporta para el proletariado y el conjunto de los explotados del mundo

A principios de 2020, la crisis mundial de Covid-19 aparecía como el producto de la descomposición del sistema capitalista, a la vez que la aceleraba en varios niveles: importante desestabilización económica, pérdida de credibilidad de los aparatos del Estado, acentuación de las tensiones imperialistas.

Hoy en día, la guerra en Ucrania expresa una etapa más de esta intensificación a través de una característica importante de la inmersión del capitalismo en su período de decadencia y, en particular, en la fase de descomposición, la exacerbación del militarismo.

La brutalidad de esta aceleración no había sido anticipada en los informes anteriores (cf. el informe y la resolución sobre la situación internacional del 24º Congreso Internacional de la CCI¹ y, aunque el informe sobre las tensiones imperialistas de noviembre de 2021² subrayaba en su último punto la expansión del militarismo y de la economía de guerra (§ 4. 3.) y la propagación del caos, la inestabilidad y la barbarie bélica (§ 4.1.), su repentina aceleración en Europa a través de la invasión masiva rusa de Ucrania sorprendió a la CCI.

La guerra en Ucrania supone una aceleración brutal del militarismo

Desde un punto de vista general, hay que recordar que el desarrollo del militarismo no es propio de la actual fase de descomposición, sino que está inseparablemente ligado a la decadencia del capitalismo: «De hecho, el militarismo y la guerra

¹ Ver los Documentos del 24º Congreso Internacional de la CCI (<https://es.internationalism.org/content/4765/documentos-del-24o-congreso-internacional-de-la-cci-2021>) más específicamente la Resolución sobre la situación internacional (<https://es.internationalism.org/content/4720/resolucion-sobre-la-situacion-internacional-xxiv-congreso-de-la-cci-2021>)

² <https://es.internationalism.org/content/4761/informe-de-noviembre-de-2021-sobre-los-conflictos-imperialistas>

imperialista constituyen la manifestación central de la entrada del capitalismo en su período de decadencia (...), hasta tal punto que, para los revolucionarios de la época, imperialismo y capitalismo decadente se convierten en sinónimos. Dado que el imperialismo no es una manifestación particular del capitalismo, sino su forma de vida para todo el nuevo período histórico, no es tal o cual Estado el que es imperialista, sino todos los Estados, como señala Rosa Luxemburgo. En efecto, si el imperialismo, el militarismo y la guerra se identifican tan estrechamente con el período de decadencia, es porque éste corresponde al hecho de que las relaciones de producción capitalistas se han convertido en un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas» (Militarismo y descomposición, Revista Internacional 64, 1991, pt33). En los 75 años transcurridos entre agosto de 1914 y noviembre de 1989, el capitalismo sumió a la humanidad en más de diez años de guerras mundiales y luego en casi 45 años de “guerra fría” y de “coexistencia” armada entre los bloques estadounidense y soviético, que se materializaron en enfrentamientos mortales en la periferia de las dos alianzas (Vietnam, Oriente Medio, Angola, Afganistán) y en una loca “carrera armamentística”, que finalmente resultó fatal para el bloque del Este.

En una situación en la que tanto la burguesía como el proletariado fueron incapaces de imponer una solución a la crisis histórica del capitalismo, el colapso del bloque soviético abrió la fase de descomposición caracterizada por una explosión total del cada uno para sí y del caos, producto de la ruptura de los bloques y de la desaparición de la disciplina que imponían. El militarismo se manifestó en un sin fin de conflictos bárbaros, a

³ <https://es.internationalism.org/revista-internacional/201410/4046/militarismo-y-descomposicion>

menudo en forma de guerras civiles, por la explosión de las ambiciones imperialistas y la desintegración de las estructuras estatales: Somalia, Yugoslavia, Afganistán, Irak, Siria, Donbass y Crimea, el Estado Islámico, Libia, Sudán (del Norte y Sur), Yemen, Malí. Estos también tendieron a acercarse a Europa (Yugoslavia, Crimea, Donbass) y a tener un fuerte impacto en ella a través del flujo de refugiados.

Sin embargo, la guerra actual en Ucrania no es sólo una continuación del desarrollo del militarismo en descomposición, descrito anteriormente, sino que sin duda representa una profundización cualitativa extremadamente importante del militarismo y sus concreciones bárbaras por varias razones:

- es el primer enfrentamiento militar de esta magnitud entre Estados que tiene lugar a las puertas de Europa desde 1940-45, y está generando un caos económico y una avalancha de millones de refugiados en los países europeos, de modo que el corazón de Europa se está convirtiendo en el teatro central de los enfrentamientos imperialistas;

- esta guerra involucra directamente a los dos países más grandes de Europa, uno de los cuales tiene armas nucleares u otras armas de destrucción masiva y el otro es apoyado financiera y militarmente por la OTAN. Este enfrentamiento entre Rusia y la OTAN tiende a revivir el recuerdo de la confrontación de bloques de los años cincuenta a los ochenta y el terror nuclear que le siguió, pero se produce en un contexto mucho más imprevisible, precisamente por la ausencia de bloques constituidos y la disciplina de bloque que ello implica (más adelante se hablará de ello);

- la magnitud de los combates, las decenas de miles de muertos, la destrucción sistemática de ciudades enteras, la ejecución de civiles, el bombardeo irresponsable de cen-

trales atómicas, las considerables consecuencias económicas para todo el planeta ponen de manifiesto tanto la barbarie como la creciente irracionalidad de los conflictos que pueden conducir a una catástrofe para la humanidad.

Los fundamentos del conflicto ucraniano

El desarrollo de la guerra en Ucrania sólo puede entenderse como el producto directo de dos tendencias dominantes que marcan las relaciones imperialistas en el actual período de descomposición y que la CCI ha destacado en sus informes anteriores: por un lado, la lucha de Estados Unidos contra el irremediable declive de su hegemonía mundial, que se traduce en el estímulo al desarrollo del caos en el mundo, y por otro lado, la exacerbación de las ambiciones imperialistas de todos los países, que ha reanimado en particular la agresividad de Rusia, que pretende recuperar un lugar importante en la escena imperialista con un persistente espíritu de revancha.

La lucha de Estados Unidos contra el declive de su hegemonía

Desde la presidencia de Obama, la burguesía estadounidense se ha centrado cada vez más, desde el punto de vista económico y militar, en su principal contrincante, China. En este punto, hay una continuidad absoluta entre las políticas de las administraciones de Trump y Biden. Sin embargo, sobre cómo “neutralizar” a Rusia, las diferencias aparecen: Trump pretendía más bien contratar los servicios de Rusia contra China, pero esta opción encontró la resistencia y la oposición de amplios sectores de la burguesía estadounidense, así como de las estructuras del Estado (servicios secretos, ejército, diplomacia, ...), dados los turbios lazos que unían a Trump con la facción gobernante rusa, pero sobre todo por la desconfianza de una alianza con un país que ha sido el enemigo absoluto durante 50 años. La estrategia de la parte dominante de la burguesía estadounidense, representada hoy por la administración Biden, consiste más bien en asestar golpes decisivos a Rusia para que deje de ser una amenaza potencial para Estados Unidos: «*Queremos que Rusia quede tan debilitada que*

ya no pueda hacer cosas como invadir Ucrania», dijo el secretario de Defensa estadounidense, Lloyd Austin, durante su visita a Kiev el 25 de abril⁴. Esta política de debilitamiento de Rusia también le permite lanzar una advertencia indirecta a China (esto es lo que tendrá si se decide a invadir Taiwán) e imponerle un revés estratégico, ya que el conflicto reduce drásticamente el potencial militar de Putin y, por tanto, convierte su “alianza” con Xi Jinping en una carga para este último.

La crisis ucraniana ofreció a la administración Biden una oportunidad excelente para poner en práctica de forma maquiavélica esa estrategia para debilitar radicalmente a Rusia y atrapar a China.

Las exigencias imperialistas y las ambiciones de Rusia

La facción dominante de la burguesía rusa, por su parte, cometió el error crucial de confundir la debacle táctica estadounidense en Kabul con una derrota estratégica, cuando se trataba fundamentalmente de un reposicionamiento de las fuerzas estadounidenses contra su adversario central, China. Para acentuar el retorno del imperialismo ruso al primer plano desde el colapso de la URSS, pensó que era un buen momento para dar un golpe recuperando Ucrania (o al menos grandes zonas estratégicas de ella). Aunque la facción de Putin considera que Ucrania forma parte de la “Rusia histórica”, no sólo está cada vez más fuera de su esfera de influencia, sino que corre el riesgo de convertirse en la punta de lanza de la OTAN a menos de 500 km de Moscú.

Al hacerlo, Putin cayó en una trampa tendida por Estados Unidos. Una trampa maquiavélica muy parecida a la que se tendió a Saddam en la primera Guerra del Golfo por su invasión de Kuwait: gritar a los cuatro vientos que las tropas rusas estaban a punto de invadir Ucrania a gran escala mientras especificaban que ellos mismos no intervendrían porque “Ucrania no forma parte de la OTAN”. En consecuencia, Putin no podía hacer menos sin que se interpretara como un retroceso de la

⁴ La facción de Biden también quiere “hacer pagar” a Rusia por su injerencia en los asuntos internos de Estados Unidos, por ejemplo, mediante sus intentos de manipular las recientes elecciones presidenciales

línea dura de Biden, especialmente porque la respuesta de Estados Unidos parecía inicialmente probable que se limitaría al tipo de medidas de represalia aplicadas durante la ocupación de Crimea en 2014.

La invasión rusa beneficia a Estados Unidos a corto plazo

Al atraer con éxito a Rusia a una guerra a gran escala en Ucrania, la maquiavélica maniobra de Estados Unidos le ha permitido, sin duda, ganar a corto plazo importantes puntos en tres frentes cruciales:

Restauración de la OTAN

La guerra ha permitido obligar a los países europeos que hacían gala de cierta independencia a alinearse (mientras que esto no tuvo ningún éxito en el momento de la invasión de Irak en 2003). De hecho, la OTAN ha recuperado todo su esplendor bajo el control de Estados Unidos, mientras Trump pensaba incluso en retirarse de ella (en contra de los deseos de sus militares). Los “aliados” europeos contestatarios fueron llamados al orden: Alemania y Francia, por ejemplo, rompieron sus lazos comerciales con Rusia y se apresuraron a realizar las inversiones militares que Estados Unidos venía exigiendo desde hacía 20 años. Nuevos países, como Suecia y Finlandia, solicitan el ingreso en la OTAN y la UE llegará a depender parcialmente de Estados Unidos en materia de energía. En resumen, lo contrario de las ilusorias esperanzas de Putin de que los Estados europeos se dividan por la cuestión ucraniana.

Debilitamiento de Rusia

La guerra implica ya un considerable debilitamiento de Rusia, tanto militar como en lo económico, debilidades que se intensificaran en la medida que la guerra continúe. Los resultados ya son dramáticos para Rusia después de casi tres meses de la “operación especial”:

las fuerzas armadas rusas han sufrido aplastantes derrotas sobre el terreno, con el fracaso de la ofensiva relámpago sobre Kiev destinada a eliminar el régimen de Zelenski, la toma del espacio aéreo sobre toda Ucrania, la toma de Kiev y Járkov, la ofensiva hacia Odessa, el corte de las salidas marítimas de Ucrania y la conjunción con la república de

Transnistria. La retirada de las tropas rusas del norte de Ucrania y la vuelta a objetivos más limitados en el Donbass y a una estrategia militar menos ambiciosa, pero igual de sangrienta, de ir mordisqueando el territorio kilómetro a kilómetro, pueblo a pueblo, con bombardeos intensivos de artillería (tipo Marioupol, como en Alepo en Siria). El nuevo planteamiento de la guerra muestra que Rusia se había planteado objetivos imposibles de alcanzar con sus capacidades militares actuales, en ese sentido se trata de una política más realista, pero aún más sangrienta y destructiva pues va a permanentizar los frentes militares.

El ejército ruso se encuentra con miles de tanques y vehículos blindados fuera de servicio, decenas de helicópteros y aviones derribados, el buque insignia de la flota del Mar Negro (el Moskva) hundido, y ataques cada vez más frecuentes a depósitos de combustible o de armas y centros logísticos en la propia Rusia. Más allá de estas cifras, es sobre todo la modernización del armamento ruso lo que está mostrando sus límites, con armas sofisticadas que están llenas de defectos en su funcionamiento y cuyas existencias se están agotando, y el caos organizativo en el seno del ejército, que está provocando problemas de abastecimiento de alimentos y combustible, que se ven agravados por la corrupción que reina en el ejército e incluso por el sabotaje en su seno.

Las tropas rusas han sufrido grandes pérdidas (según los analistas militares): más de 15.000 muertos y cerca de 40.000 soldados fuera de combate (muertos, heridos, prisioneros y desertores), es decir, cerca del 20% de las fuerzas inicialmente comprometidas, lo que equivale a las sufridas en 8 años en Afganistán en la década de 1980. La moral de los soldados es baja, pues no entienden por qué están allí, donde no son recibidos como liberadores, y la guerra no es popular. Por ello, la burguesía rusa evita enviar reclutas (de ahí que Rusia habla de “operaciones especiales” y no de guerra) y recurre masivamente a los mercenarios (organización Wagner o “Kadirovni” chechenos) o coloca miles de ofertas de trabajo en páginas web especializadas para “kontraktniki” (contratos cortos para soldados especializados), generalmente procedentes de las regiones más pobres

de Rusia. Si los “crímenes de guerra” son, por definición, uno de los “efectos colaterales” de cualquier guerra, las masacres de civiles y la destrucción de ciudades enteras son especialmente destacadas en esta guerra, por un lado, por la demoralización y la desesperación existentes en las unidades rusas y, por otro, por el tipo de guerra “urbana” que buscan los ucranianos dada la disparidad de poder militar entre los protagonistas.

Sin embargo, Putin no puede detener las hostilidades a estas alturas porque está desesperado por conseguir trofeos que justifiquen la operación a nivel interno y por salvar lo que queda del prestigio militar de Rusia, lo que provocará aún más pérdidas militares, humanas y económicas. Por otra parte, dado que cuanto más dure la guerra, más se erosionará el poder militar y la economía de Rusia, Estados Unidos, cínicamente, tampoco tiene interés en fomentar el cese de las hostilidades, aunque este suponga el sacrificio de personal militar, civiles y centros urbanos en Ucrania, porque quiere sangrar a Rusia. En este sentido, las actuales campañas en torno a la defensa de la Ucrania mártir, los crímenes de guerra rusos (Butcha, Kramatorsk, Marioupol, ...) y la puesta en marcha de un “genocidio de ucranianos”, campañas orquestadas por Estados Unidos y Gran Bretaña en particular y que se dirigen personalmente a Putin (“Putin ha perdido la razón”; “Rusia no forma parte de nuestro mundo”), permiten contrarrestar cualquier perspectiva de negociación a corto plazo (auspiciada por Francia y Alemania o incluso por Turquía) y llevar al máximo el debilitamiento de Rusia, o incluso estimular un cambio de régimen. En resumen, en las condiciones actuales, la carnicería sólo puede continuar y la barbarie extenderse, probablemente durante meses o incluso años, y esto en formas particularmente sangrientas y peligrosas, como la amenaza de utilizar armas nucleares tácticas.

Llevar presión sobre China

Detrás de Rusia, los Estados Unidos apuntan fundamentalmente a China y mantienen la presión porque el objetivo básico de la maniobra maquiavélica estadounidense es debilitar la pareja ruso-china y enviar una advertencia a China. Este último reaccionó de forma reservada a la

invasión rusa deplorando “el regreso de la guerra al continente europeo” y pidiendo “el respeto de la soberanía” y “la integridad territorial de acuerdo con los principios de la ONU” (Xi Jinping, 08.03.22). De hecho, China también mantiene estrechos vínculos con Ucrania (14.4% de las importaciones ucranianas y 15.3% de las exportaciones) y ha firmado un “acuerdo de cooperación estratégica” con el presidente Zelensky «que consagra el papel fundamental de su país en los proyectos de las Nuevas Rutas de la Seda euroasiáticas» (Le monde diplomatique (LMD, abril de 2022, p.9). Sin embargo, el conflicto ucraniano está bloqueando varios ramales de la Ruta de la Seda, lo que sin duda es un objetivo importante de la maniobra estadounidense.

Por lo tanto, lejos de ganar la situación generada por la guerra en Ucrania, China se enfrenta a un dilema irresoluble: Rusia, está ya muy debilitada, se ve obligada a pedir ayuda a China, que sin embargo es cauta y ha evitado hasta ahora apoyar abiertamente la “operación especial” de su aliado, porque al ayudar a una Rusia debilitada se corre el riesgo de debilitar también a China: provocaría represalias económicas y la pérdida de rutas comerciales y mercados con Europa e incluso con Estados Unidos, que son mucho más importantes que su comercio (3% de sus importaciones y 2% de sus exportaciones) con Rusia. Por otra parte, el colapso del poder militar de Rusia y las inmensas dificultades de su economía harán de Rusia un aliado que ya no podrá contribuir con su punto fuerte (su experiencia militar) y que corre el riesgo de convertirse en una carga embarazosa para China.

Así que Pekín, aunque las desaprueba, está aplicando las sanciones de una manera más simbólica que incapacitante para Rusia: la Banca Asiática de Inversión en Infraestructuras ha suspendido sus operaciones con Rusia y Bielorrusia, y las grandes refinerías estatales chinas han dejado de comprar petróleo a Rusia por temor a las represalias de los países occidentales. Asimismo, los principales bancos estatales se niegan a financiar acuerdos energéticos con Rusia porque son demasiado arriesgados. Sin embargo, entre bastidores, estas mismas empresas estatales están comprando a través de empresas de fachada y

contratos a largo plazo en los mercados internacionales las reservas baratas de petróleo y gas natural licuado ruso no deseado.

Las consecuencias a largo plazo de la guerra

Si bien a corto plazo la guerra de Ucrania puede haber fomentado una atmósfera de bipolarización, sobre todo por la imagen propagada de un enfrentamiento entre el “bloqueo de la autocracia” y el “bloqueo de la democracia”, promovido intensamente por Estados Unidos, esta impresión debe reconsiderarse al analizar el posicionamiento de China (véase el punto anterior). Y a más largo plazo, las implicaciones de las actuales hostilidades bélicas, lejos de favorecer un reagrupamiento estable de los imperialismos, acentuarán, por el contrario, las oposiciones y tensiones entre buitres.

A pesar de la oposición estadounidense, una intensificación del cada uno para sí

Al llevar al límite el conflicto ucraniano, Estados Unidos está alimentando el desarrollo del cada uno para sí, a pesar de la unidad impuesta temporalmente a Europa. Durante la votación de la ONU sobre la exclusión de Rusia del Consejo de Derechos Humanos, 24 países votaron en contra y 52 se abstuvieron: India, Brasil, México, Irán, pero también Arabia Saudí y los Emiratos Árabes Unidos (EAU) desarrollan su propia posición imperialista sin alinearse detrás de Estados Unidos o Rusia y no participan en el boicot a estos últimos: *«A diferencia de la mayoría de las naciones occidentales, con Estados Unidos a la cabeza, los países del Sur adoptan una postura prudente ante el conflicto armado entre Moscú y Kiev. La actitud de las monarquías del Golfo, aliadas de Washington, es emblemática de esta negativa a tomar partido: denuncian tanto la invasión de Ucrania como las sanciones contra Rusia. Así, está surgiendo un mundo multipolar en el que, en ausencia de diferencias ideológicas, son los intereses de los Estados los que priman»* (LMD, mayo de 2022, p.1). Japón, que ha iniciado su rearme y se muestra agresivo con Rusia y China, hace valer claramente sus propias ambiciones imperialistas al negarse a detener el proyecto

de gasoducto con Rusia. Turquía, miembro de la OTAN, persigue sin embargo sus propios objetivos imperialistas manteniendo buenas relaciones con Rusia (aunque también hay disputas sobre Libia y la guerra entre Armenia y Azerbaiyán). Incluso los países europeos no cortan todos los contactos con Rusia (Francia o Italia se resisten a cerrar las filiales de sus empresas, el gasoducto Rusia-Europa a través de Ucrania sigue funcionando, aunque con reducciones ocasionales, y proporciona ingresos financieros a ambos beligerantes, Bélgica excluye al sector del diamante de las medidas de boicot, etc.) y Hungría incluso mira con envidia a la Transcarpatia ucraniana con sus minorías húngaras. Esta tendencia a la exacerbación de una actitud brutal del cada uno para sí se verá acentuada por las fuertes repercusiones imperialistas y económicas de la guerra en Ucrania.

Rusia se desangra

Para la Federación Rusa, las consecuencias de esta “operación especial” serán graves y corren el riesgo de constituir una segunda desestabilización profunda después de la fragmentación resultante de la implosión de su bloque (1989-92): en el plano militar, perderá probablemente su rango de segundo ejército del mundo; su economía, ya debilitada, caerá aún más en la decadencia (un descenso del 12% de la economía ruso, la mayor caída desde 1994). La campaña en torno a los crímenes de guerra rusos y el establecimiento de estructuras internacionales de investigación y juicio tienen como objetivo final que Putin y sus asesores sean juzgados por un tribunal internacional por “crímenes de guerra” e incluso por “genocidio”. De este modo, las tensiones internas entre las facciones de la burguesía rusa sólo pueden intensificarse, mientras que la facción de Putin se ve obligada a luchar con la energía de la desesperación para sobrevivir. Los miembros de la facción gobernante (por ejemplo, Medvedev) ya están advirtiendo de las consecuencias: un posible colapso de la Federación Rusa y la aparición de varias mini Rusias con líderes impredecibles y armas nucleares.

China se enfrenta a una acumulación de problemas

Las consecuencias de la crisis ucraniana son peligrosamente

desestabilizadoras para el principal rival de Estados Unidos, China. Se trata, en primer lugar, del dilema de su actitud hacia Rusia ante el temor de sanciones para su economía, pero también del bloqueo de importantes arterias de su Ruta de la Seda: *«Por el momento, la gran obra del presidente chino -las rutas de la seda que se abren camino hacia Europa a través de Asia Central- está amenazado. Al igual que su esperanza de estrechar lazos con la Unión Europea como contrapeso a Estados Unidos»* (LMD, abril de 2022, p.9). La guerra ruso-ucraniana llega en muy mal momento para Xi Jinping, a pocos meses del congreso del PCC en el que debería renovar su mandato para un tercer periodo, sobre todo porque la pandemia vuelve a hacer estragos y las perspectivas económicas son mediocres⁵.

La economía china sigue sufriendo mucho la pandemia, con los 27 millones de habitantes de su metrópolis industrial y comercial, Shanghai, bloqueados en marzo y abril, y ahora también grandes partes de la capital, Pekín. La población está expresando cada vez más su pánico y descontento ante las semanas de encierro inhumano. Sin embargo, el gobierno difícilmente puede revisar su política de “cero Covid”:

(a) por la bajísima tasa de vacunación entre las personas mayores y la mala calidad de las vacunas chinas frente a las variantes actuales; (b) y sobre todo por el impacto político que tendría el cambio de estrategia en vísperas del 20º Congreso del PCC en la facción de Xi, que la ha defendido sin descanso. En Shanghai, por ejemplo, Xi

⁵ “Xi sólo tiene un 50% de posibilidades de ser reelegido para un tercer mandato como presidente porque ha cometido tres grandes errores, dice una fuente anónima citada por el periodista británico Mark O'Neill, conocedor de China desde Hong Kong. La primera es que ha arruinado las relaciones diplomáticas de China desde 2012. Cuando llegó al poder, China tenía buenas relaciones con la mayoría de los países del mundo. Ahora, por su culpa, sus relaciones están dañadas con muchos de estos países, especialmente en Occidente, así como con sus aliados en Asia. La segunda es la política del “cero Covid”, que ha hecho un gran daño a la economía china, que no alcanzará el 5.5% de crecimiento del PIB previsto para este año. Casi 50 ciudades están confinadas y no se ve el final. La tercera es su alineación con [Vladimir] Putin. Esto ha dañado aún más las ya malas relaciones con Europa y Norteamérica. A las empresas chinas se les ha dicho que no firmen nuevos contratos con empresas rusas, ya que esto podría dar lugar a sanciones. ¿Dónde está el beneficio para China?” (citado en “Cero Covid en China: Xi Jinping sordo a la alerta económica”, P.-A. Donnet, Asialyst, 07.05.22)

impuso un drástico bloqueo contra el “sabotaje” de los cuadros locales, provocando un fuerte descontento entre la población. Envió a 50.000 miembros de la fuerza policial armada especial de Shandong, bajo la responsabilidad del gobierno central, para que “tomaran el control de la situación”. Para Xi, «la estrategia de ‘cero Covid’ funciona, hay que ‘limpiar’ Shanghái. Fracasará sería reivindicar, por defecto y al menos en parte, a la oposición que intenta oponerse a su reelección» (“Cero Covid en Shanghái: la batalla política de Xi Jinping”, A. Payette, *Asialyst*, 14.04.22). Y esto a toda costa: los expertos del banco de inversión japonés Nomura calcularon a principios de abril que 45 ciudades chinas, que representan el 40% del PIB de China, estaban sometidas a un bloqueo total o parcial. Estas medidas drásticas están causando grandes problemas en el transporte por carretera y en los puertos (a finales de abril había más de 300 barcos esperando a ser descargados en Shanghái, el triple que en 2020, cuando la situación ya era crítica), así como interrupciones en la producción industrial y en las cadenas de suministro nacionales e internacionales.

La desaceleración de la economía, acentuada por los repetidos bloqueos de los dos últimos años en el marco de la política del “cero Covid” y por la guerra de Ucrania, es cada vez más evidente, y el crecimiento del PIB se estima actualmente en el 4.5% -el gobierno chino preveía un aumento del 5.5%, pero los pronósticos más pesimistas hablan del 3.5% (cf. “Cero covid en Shanghái: la batalla política de Xi Jinping”, A. Payette, *Asianyst*, 14.04.22) - y esto en el mismo año en que la Asamblea Popular se reunirá para elegir un nuevo presidente. A la burguesía china le preocupan especialmente las pésimas cifras del mes de marzo: las ventas al por menor cayeron un 3.5%, el desempleo aumentó un 5.8% (las cifras oficiales están subestimadas) y las importaciones se han paralizado prácticamente. Por último, el sector inmobiliario, que fue regulado radicalmente por el Estado el año pasado para acompañar el colapso de algunas grandes empresas, sigue hundándose: la venta de viviendas cayó un 26.7%, la mayor caída desde febrero de 2020. «Según un informe del Instituto Internacional de Finan-

zas de finales de marzo, los flujos financieros que salen de China no tienen precedentes». Es probable que la invasión rusa de Ucrania sitúe a los mercados chinos bajo una nueva luz. «Esta fuga de capitales es ‘altamente inusual’, añade el informe. Los bonos chinos en manos de inversores extranjeros se redujeron en 80.3 millones de yuanes solo en febrero, la mayor caída desde enero de 2015, cuando se empezaron a registrar estas estadísticas. (...) Las sanciones occidentales contra su país provocarían una caída de la inversión extranjera, así como una fuga de capitales chinos. (...) Estas amenazas económicas y financieras son graves porque reflejan una creciente desconfianza de los inversores extranjeros hacia China”» (“Guerra en Ucrania: el doble discurso de China podría costarle caro”, P.-A. Donnet, *Asialyst*, 16.04.22).

Por último, la difícil situación económica pesa sobre el mantenimiento del gigantesco financiamiento del proyecto de las Nuevas Rutas de la Seda, que también se ve gravemente obstaculizada por el bloqueo de varios de sus ramales a causa del conflicto ucraniano, pero también por el creciente caos ligado a la ruptura, como la desestabilización de Etiopía, que debía ser un “eje” central del ramal africano, o la incapacidad de los países endeudados con China para pagar sus deudas (Sri Lanka).

Estados Unidos no duda en acentuar estas dificultades y explotárselas en su enfrentamiento con Pekín, en un contexto difícil para la burguesía china, sometida a una creciente presión económica, política y social.

Afirmación de las ambiciones imperialistas de los países europeos a pesar de la presión de EEUU

En Europa, la decisión de Alemania de rearmarse masivamente duplicando su presupuesto militar podría constituir un hecho imperialista de primer orden a medio plazo. Al principio del período de descomposición, nuestro análisis destacaba que el único polo capaz de enfrentarse a los Estados Unidos era Alemania (“Militarismo y descomposición”, *Revista Internacional* 64, 1991) y, aunque hoy haya que tener en cuenta el ascenso de China, que habíamos descuidado, el rearme masivo de Alemania debería representar un factor capital para

la expansión de los futuros enfrentamientos imperialistas en Europa y en el mundo.

De hecho, este rearme debe verse en un contexto en el que, con la prolongación del conflicto ucraniano, las disensiones se expresan cada vez más claramente no sólo entre los países de Europa del Este (Polonia fanáticamente antirrusa frente a Hungría que permanece cerca de Moscú), sino también entre las potencias europeas (Francia, Alemania, Italia) y Estados Unidos en cuanto al mantenimiento de la política de extremismo bélico hacia Rusia. Ante la posibilidad de un retorno al poder de la facción Trump en Estados Unidos, y la constitución de un polo “intransigente” Estados Unidos-Gran Bretaña-Polonia hacia Rusia, la autonomía militar de las potencias europeas a través del desarrollo de un polo de la Unión Europea fuera de la OTAN se impone cada vez más como una necesidad imperiosa.

Intensificación por parte de la burguesía estadounidense de una política agresiva que estimula el caos a pesar de las divisiones que existen en su seno

Por último, la situación interna de Estados Unidos, y en particular las tensiones en el seno de la burguesía son en sí mismas un poderoso factor de impredecibilidad. ¿Cuánto margen de maniobra tendrá Biden después de las elecciones de mitad de mandato en noviembre y quién será el próximo presidente de EE.UU., quizás de nuevo Trump? De hecho, la popularidad de Biden ha caído en picado en los últimos meses a medida que los precios de bienes de consumo han alcanzado su nivel más alto en cuatro décadas, afectando a la gasolina, los alimentos, los alquileres y otros gastos. «Los índices de aprobación de Joe Biden rondan ahora el 42,2%, según las encuestas Five Thirty Eight. A siete meses de las elecciones de mitad de mandato, cada vez es más previsible que los demócratas electos pierdan su escaso control de una, o quizás ambas cámaras del Congreso» (20 minutos y agencias, 15.04.22). Los europeos saben perfectamente que los compromisos de Biden y la “vuelta con fuerza” de la OTAN sólo son válidos para dos años como máximo⁶.

⁶ Ver Cumbre en Madrid de la OTAN: una cumbre por y para la guerra: <https://es.internationalism.org/content/4839/cumbre-de-la-otan-en-madrid-una-cumbre-por-y-para-la-guerra>

Pero sea cual sea la facción de la burguesía que esté en el gobierno, está claro que desde el comienzo del período de descomposición (véanse las guerras de Irak de 1991 y 2003), son los Estados Unidos, en su deseo de defender su decadente supremacía, los que han sido la principal fuerza en la propagación del caos a través de sus intervenciones y maniobras: han creado el caos en Afganistán, Irak y han fomentado el ascenso de Al Qaeda, así como del Estado Islámico. En el otoño de 2021, agitaron conscientemente las tensiones con China sobre Taiwán para que las demás potencias asiáticas les apoyaran, pero con un éxito más limitado que en el caso de Ucrania. Su política no es diferente hoy en día, aunque su maquiavélica maniobra les permita aparecer como una nación pacífica que se opone a la agresión rusa. Este fomento del caos bélico por parte de Estados Unidos es la barrera más eficaz para ellos contra el despliegue de China como contrincante: *«Esta crisis no será ciertamente el último capítulo de la larga batalla de Washington para asegurarse una posición dominante en un mundo inestable»* (LMD, marzo de 2022, p.7). Al mismo tiempo, la guerra en Ucrania está siendo aprovechada para lanzar una contundente advertencia a Pekín sobre una posible invasión de Taiwán.

Características de la actual exacerbación del militarismo

La fase de descomposición acentúa fuertemente una serie de características del militarismo y exige una mirada más atenta a las formas que adoptan los actuales enfrentamientos bélicos.

La irracionalidad de la guerra adquiere dimensiones alucinantes

La ausencia de cualquier motivación o ventaja económica para las guerras era obvia desde el principio de la decadencia del capitalismo: *«La guerra fue el medio indispensable para que el capitalismo abriera las posibilidades de un mayor desarrollo, en el momento en que estas posibilidades existían y sólo podían abrirse por medio de la violencia. Del mismo modo, el colapso del mundo capitalista, habiendo agotado históricamente todas las posibilidades de desarrollo, encuentra en la guerra moderna, la guerra imperialista,*

la expresión de este colapso que, sin abrir ninguna posibilidad de desarrollo ulterior para la producción, no hace más que engullir las fuerzas productivas en el abismo y acumular ruina sobre ruina a un ritmo acelerado.» (“Informe a la Conferencia de julio de 1945 de la Izquierda Comunista de Francia”, reimpresso en el “Informe sobre el Curso Histórico” adoptado en el 3er Congreso de la CCI, Revista Internacional 18, 3er trimestre de 1979).

La guerra de Ucrania ilustra de manera sorprendente cómo la guerra ha perdido no sólo cualquier función económica, sino incluso sus ventajas a nivel estratégico: Rusia lanzó una guerra en nombre de la defensa del pueblo ruso, pero masacró a decenas de miles de civiles en las regiones esencialmente que hablan en ruso, al tiempo que transformaba estas ciudades y regiones en campos de ruinas y sufría ella misma considerables pérdidas materiales y de infraestructuras. Si, al final de esta guerra, captura el Donbass y el sureste de Ucrania, habrá conquistado para sí un campo de ruinas, una población que le odia y habrá sufrido el consiguiente revés estratégico en sus ambiciones de gran potencia. En cuanto a Estados Unidos, en su política de apuntar a China, se ve abocado a seguir (literalmente) una política de “tierra quemada”, sin más beneficios económicos o estratégicos que una incommensurable explosión de caos económico, político y militar. La irracionalidad de la guerra nunca ha sido tan evidente.

Esta creciente irracionalidad de los enfrentamientos bélicos va de la mano de una creciente irresponsabilidad de las fracciones gobernantes que llegan al poder, como lo ilustra la irresponsable aventura de Bush hijo y los “neo conservadores” en Irak en 2003, la de Trump de 2018 a 2021 o la facción de Putin en Rusia. Son el resultado de la exacerbación del militarismo y de la pérdida de control de la burguesía sobre su aparato político, lo que puede conducir a un aventurerismo catastrófico a largo plazo para estas facciones, pero también peligroso para la humanidad.

La economía al servicio de la guerra

Más que nunca, la economía está al servicio de la guerra y es evidente la ineptitud de la magnitud del gasto militar en medio de una crisis económica y pandémica: *«Hoy*

en día, las armas cristalizan lo último en perfección tecnológica. La fabricación de sofisticados sistemas de destrucción se ha convertido en el símbolo de una economía moderna y eficiente. Sin embargo, estas ‘maravillas’ tecnológicas que han demostrado su mortal eficacia en Oriente Medio no son, desde el punto de vista de la producción, de la economía, más que un gigantesco despilfarro. Las armas, a diferencia de la mayoría de las demás mercancías, tienen la particularidad de que una vez producidas son expulsadas del ciclo productivo del capital. En efecto, no pueden servir para ampliar o sustituir el capital constante (a diferencia de las máquinas, por ejemplo), ni para renovar la fuerza de trabajo de los obreros que ponen en funcionamiento este capital constante. Las armas no sólo sirven para destruir, sino que ya son en sí mismas una destrucción de capital, una esterilización de la riqueza» (“¿Dónde está la crisis? Economía, crisis y Militarismo”, Revista Internacional 65, 19917). Desde 1996, el gasto militar en todos los países se ha duplicado, mostrando una tendencia al alza en la militarización. Según el Instituto de Estudios para la Paz de Estocolmo (SIPRI), en 2021 se gastaron 2,000 billones de dólares en armamento, un nuevo récord. De este total, Estados Unidos gastó el 34%, China el 14% y Rusia el 3%. La guerra en Ucrania hará que se disparen los presupuestos militares en Europa, mientras que las crisis pandémica, económica y ecológica requieren inversiones masivas.

Además, el arma económica se utiliza masivamente al servicio del militarismo: China ya amenazó a Australia con represalias económicas porque este país criticó la política china en Hong Kong o en Sin-Kiang y Argelia, en conflicto con Marruecos, cortó los suministros de gas a este país, pero la guerra de Ucrania da otra dimensión a este tipo de política: EE.UU. y los países europeos lo utilizan para poner a Rusia de rodillas, y EE.UU. amenaza a China con tomar represalias si apoya a Rusia; esta última también lo utiliza para presionar a Europa (el gas estadounidense sustituye al ruso). El cáncer del militarismo afecta cada vez más a las políticas comerciales y económicas de los Estados.

⁷ <https://es.internationalism.org/revista-internacional/200608/1060/crisis-y-militarismo>

Guerra local, consecuencias globales

Las consecuencias de la guerra para la situación económica de muchos países son dramáticas: Rusia es un importante proveedor de fertilizantes y energía, Brasil depende de los fertilizantes para sus cultivos. Ucrania es un gran exportador de productos agrícolas, y es probable que los precios de productos básicos como el trigo se disparen; Estados como Egipto, Turquía, Tanzania y Mauritania dependen al 100% del trigo ruso o ucraniano y están al borde de una crisis alimentaria; Sri Lanka y Madagascar, ya sobre endeudados, están en bancarrota. Según el Secretario General de la ONU, la crisis ucraniana corre el riesgo de «empujar hasta 1.700 millones de personas -más de una quinta parte de la humanidad- a la pobreza, la indigencia y el hambre» (ONU informe, 13 de abril de 2022); las consecuencias económicas y sociales serán globales e incalculables: empobrecimiento, miseria, hambre, revueltas sociales, etc.

La expansión de los actuales enfrentamientos bélicos acentúa la imprevisibilidad

La importante aceleración del militarismo exige que los revolucionarios precisen la dinámica bélica actual y que se pronuncien sobre los retos y peligros del período actual. No se trata de disertar sobre el “sexo de los ángeles”, sino de captar todas las consecuencias de esta dinámica para la determinación de la relación de fuerzas, el vínculo entre la guerra y la lucha de clases y la dinámica de las luchas obreras hoy, así como para nuestra intervención en relación con ellas.

¿Qué importancia tiene la polarización en los enfrentamientos imperialistas?

Durante la última década, se ha producido una polarización entre Estados Unidos y China. Esta polarización es sobre todo el resultado de un cambio en la política de Estados Unidos que ha tenido lugar durante la administración Obama. «En 2011, los líderes estadounidenses habían llegado a la conclusión de que su obsesiva guerra contra el terrorismo -aunque todavía es popular en el

Congreso y entre el público- había debilitado su estatus de superpotencia. En una reunión secreta celebrada ese verano, la administración Obama decidió invertir el rumbo y dar mayor importancia estratégica a la competencia con China que a la guerra contra el terrorismo. Este nuevo enfoque, conocido como el “pivote” asiático, fue anunciado por el presidente estadounidense en un discurso ante el Parlamento australiano en Canberra el 17 de noviembre de 2011» (LMD, marzo de 2022, p.7). Esta creciente toma de conciencia de que el rival más peligroso para la continuidad del liderazgo de Estados Unidos era China impulsó un reposicionamiento de los medios económicos y militares para hacer frente a este peligro principal. La resistencia de los talibanes en Afganistán y la aparición de la Organización Estado Islámico retrasaron y ralentizaron la aplicación de esta política por parte de la administración Obama, de modo que sólo se desplegó plenamente con la administración Trump y se formuló en la “Estrategia de Defensa Nacional” por el entonces secretario de Defensa, James Mattis.

Así, esta tendencia a la polarización emana principalmente de Estados Unidos y es la estrategia actual de la superpotencia en declive para mantener su hegemonía. Tras el fracaso de su posicionamiento como “policía mundial”, ahora se centra en una política para contrarrestar a su más peligroso contrincante. Para China, en cambio, esta polarización es muy preocupante en estos momentos⁸: a pesar de sus actuales inversiones masivas en su ejército, su retraso en el desarrollo de su equipamiento militar es inmenso y su desarrollo tecnológico y económico (Ruta de la Seda) requiere por el momento el mantenimiento de la globalización y la multipolaridad. Como ha sucedido desde 1989 con la política imperialista de Estados Unidos, la actual política de polarización sólo exacerbará el caos y el cada uno para sí imperialista. Esto se ve claramente hoy en la invasión rusa de Ucrania, el rearme masivo de Alemania, la creciente agresividad del imperialismo japonés, el posicio-

namiento específico de la India, las maniobras de Turquía, etc.

¿Esta polarización conduce a una dinámica de alianzas estables, o incluso a la reconstitución de bloques?

Recordemos en primer lugar la posición de la CCI sobre la formación de bloques después de 1990: «Si bien la formación de bloques es históricamente la consecuencia del desarrollo del militarismo y del imperialismo, la exacerbación de estos dos últimos en la fase actual del capitalismo constituye, paradójicamente, un obstáculo importante para la reforma de un nuevo sistema de bloques después del que acaba de desaparecer.» (“Militarismo y descomposición”, 1991, Revista Internacional 64, pt 9). ¿En qué medida los conflictos actuales favorecen los factores planteados para generar una dinámica hacia la constitución de bloques?

Dado que la fuerza de las armas se ha convertido en un factor dominante para limitar el caos global y para establecerse como líder de un bloque, y dado que Estados Unidos tiene una fuerza militar equivalente a la fuerza militar total de las otras grandes potencias, ningún país tiene actualmente el “potencial militar para reclamar la posición de líder de un bloque que pueda rivalizar con el liderado por esa potencia”, como lo ilustra la guerra en Ucrania. En la medida en que «lo que está en juego y la escala de los conflictos entre bloques se hace cada vez más global y general (cuantos más gánsteres hay que controlar, más poderoso debe ser el ‘jefe’), (...) cuanto más estragos causa la crisis histórica, y su forma abierta, más fuerte debe ser el jefe de un bloque para contener y controlar las tendencias a su dislocación entre las diferentes fracciones nacionales que lo componen.» (“Militarismo y descomposición”, pt.11).

Dado que «la constitución de los bloques imperialistas corresponde a la necesidad de imponer una disciplina similar entre las diferentes burguesías nacionales para limitar sus antagonismos recíprocos y reunirlos para la confrontación suprema entre los dos campos militares» (“Militarismo y descomposición”, pt.4), ¿vemos hoy una tendencia a reforzar esta disciplina? La imposición por parte de Estados Unidos a

⁸ Filtraciones del Pentágono revelaron que al final de la administración Trump, el alto mando militar chino se puso en contacto en secreto con el Pentágono para expresar su preocupación por el peligro de un ataque atómico contra China por parte de Trump

los Estados europeos de una disciplina en el seno de la OTAN en el contexto de la guerra de Ucrania es temporal y ya revela grietas: Turquía juega al “llanero solitario”, Hungría no corta sus lazos con Rusia, Alemania no muestra mucho interés, Francia impulsa la constitución de un polo europeo. Por su parte, la alianza entre China y Rusia tiene un alcance limitado y China se cuida de no implicarse demasiado con Rusia, mientras que otros países del mundo son muy reservados a la hora de implicarse con las potencias en conflicto.

En resumen, si existe efectivamente una voluntad de polarización por parte de la superpotencia estadounidense en particular; si, en este marco, pueden formarse alianzas ocasionales (Estados Unidos-Japón-Corea; Turquía-Rusia en Siria; China-Rusia) o reactivarse temporalmente antiguas alianzas (OTAN), las tendencias de los enfrentamientos imperialistas actuales no indican una dinámica hacia la constitución de dos bloques antagónicos, como la que pudimos observar antes de la Primera o la Segunda Guerra Mundial o durante la “Guerra Fría”: «(...) en la era de la posguerra fría, los Estados ya no tienen amigos o patrocinadores permanentes, sino aliados fluctuantes, vacilantes y de duración limitada» (DML, mayo 2022, p. 8).

La formación de bloques fue una tendencia dominante hasta la fase de descomposición. En esta última, la tendencia es más bien, dadas las características exacerbadas durante esta fase, a intensificar la tendencia a la guerra sin la constitución de bloques: «En el nuevo período histórico en el que hemos entrado, y los acontecimientos del Golfo acaban de confirmarlo, el mundo se presenta como una inmensa batalla campal, en la que la tendencia del ‘cada uno para sí’ se desarrollará plenamente, donde las alianzas entre Estados no tendrán, ni mucho menos, el carácter de estabilidad que caracterizaba a los bloques, sino que estarán dictadas por las necesidades del momento. Un mundo de desorden asesino, de caos sangriento en el que el policía estadounidense intentará mantener un mínimo de orden mediante el uso cada vez más masivo y brutal de su poder militar.» («Militarismo y descomposición», pt 11).

¿La dinámica actual se orienta hacia una guerra mundial, es decir, un enfrentamiento generalizado entre grupos de países ordenados tras sus respectivos “jefes”?

Las guerras mundiales que hemos conocido en la decadencia capitalista estaban todas vinculadas a la existencia de coaliciones detrás de un “jefe”, cuya arquitectura estaba determinada mucho antes de la explosión del conflicto, que, por la lógica del bloque, conducía a enfrentamientos globales: dos grandes alianzas se opusieron en 1914: la Entente (la Triple Entente entre Inglaterra, Francia y Rusia, a partir de 1907, y más tarde la Cuádruple Entente tras la adhesión de Italia en 1915) contra la Triple Alianza (formada entre Alemania, Austria-Hungría e Italia, fundada en 1882, ampliada en 1887 y confirmada en 1891/1896); ambos ejes de alianzas se enfrentaron en 1914: El Eje Roma-Berlín-Tokio (concluido en 1936 y completado por el Pacto germano-soviético en agosto del 39) y el pacto de alianza entre Francia y Gran Bretaña se combinaron con dos alianzas tripartitas (Francia-Gran Bretaña-Polonia y Francia-Gran Bretaña-Turquía), así como con una “política de entendimiento” entre Gran Bretaña y Estados Unidos; finalmente, los dos bloques del Oeste y del Este (la OTAN y el Pacto de Varsovia) se enfrentaron entre 1945 y 1989. Además, estas guerras implicaban una movilización masiva de enormes ejércitos, mientras que las burguesías actuales evitan las movilizaciones masivas de poblaciones (salvo parcialmente en Ucrania) y los ejércitos de los grandes imperialismos se han reconfigurado desde los años 90 (reducción de su masividad, creación de fuerzas profesionales especializadas y desarrollo de tecnologías ligadas a la robótica y a la cibernética militar en el caso de los ejércitos estadounidense, chino, ruso y europeo) y recurren ampliamente a mercenarios y “contratistas” privados.

¿Conduce este análisis a subestimar el peligro de las guerras actuales?

El análisis anterior no debe tranquilizarnos en absoluto sobre el peligro de guerra en una fase de descomposición a pesar de la ausencia de dinámica de bloques. En efecto, debemos ser conscientes de que este contexto no significa

en absoluto que se excluya un gran conflicto bélico, y que el peligro de un enfrentamiento militar directo entre las grandes potencias sería insignificante, sino todo lo contrario: «En efecto, no es la constitución de bloques imperialistas lo que está en el origen del militarismo y del imperialismo. Todo lo contrario: la constitución de bloques no es más que la consecuencia extrema (que en un momento dado puede agravar las causas mismas), una manifestación (que no es necesariamente la única) del hundimiento del capitalismo decadente en el militarismo y la guerra» («Militarismo y descomposición», Revista Internacional 64, 1991, pt 5).

La ausencia de bloques hace, paradójicamente, que la situación sea más peligrosa, en la medida en que los conflictos se caracterizan por una mayor imprevisibilidad: «Al anunciar que ponía en alerta a su fuerza de disuasión, el presidente ruso Vladimir Putin obligó a todos los estados mayores a actualizar sus doctrinas, en su mayoría heredadas de la Guerra Fría. La certeza de la aniquilación mutua -cuyas siglas en inglés MAD significan ‘loco’- ya no es suficiente para excluir la hipótesis de los ataques nucleares tácticos, supuestamente limitados. Con el riesgo de una escalada incontrolada» (LMD, abril de 2022, p.1). De hecho, paradójicamente, puede afirmarse que la agrupación en bloques limitó las posibilidades de derrapes:

- debido a la disciplina del bloque;

- debido a la necesidad de infligir previamente una derrota decisiva al proletariado mundial en los centros del capitalismo (véase el análisis del curso histórico en los años 80).

Así, aunque actualmente no hay perspectivas de constitución de bloques ni de una tercera guerra mundial, al mismo tiempo, la situación se caracteriza por un peligro mayor, ligado a la intensificación del cada uno para sí y a la creciente irracionalidad: la imprevisibilidad del desarrollo de los enfrentamientos, las posibilidades de que se les vaya de las manos, que es más fuerte que en los años 50 a 80, marcan la fase de descomposición y constituyen una de las dimensiones especialmente preocupantes de esta aceleración cualitativa del militarismo. PAG. 41 ☞

Declaración conjunta de los grupos de la Izquierda Comunista Internacional sobre la guerra en Ucrania

Las organizaciones de la izquierda comunista deben defender unidas su herencia común de adhesión a los principios del internacionalismo proletario, especialmente en un momento de gran peligro para la clase obrera mundial. El regreso de la carnicería imperialista a Europa en la guerra de Ucrania es uno de esos

momentos. Por eso publicamos a continuación, con otros firmantes de la tradición de la izquierda comunista (y un grupo de trayectoria diferente que apoya plenamente la Declaración), una declaración común sobre las perspectivas fundamentales para la clase obrera frente a la guerra imperialista.

**¡Los trabajadores no tienen patria!
¡Abajo todas las potencias imperialistas!
Contra la barbarie capitalista: ¡El socialismo!**

La guerra en Ucrania se está librando en función de los intereses contrapuestos de todas las diferentes potencias imperialistas, grandes y pequeñas, y no de los intereses de la clase obrera, que es una clase de unidad internacional. Es una guerra por territorios estratégicos, por la dominación militar y económica que se libra abierta y encubiertamente por los belicistas a cargo de los EE.UU., Rusia, las máquinas estatales de Europa Occidental, con la clase dominante ucraniana actuando como un peón nada inocente en el tablero de ajedrez imperialista mundial.

La clase obrera, y no el Estado ucraniano, es la verdadera víctima de esta guerra, ya sea como mujeres y niños indefensos masacrados, refugiados hambrientos o carne de cañón reclutada en cualquiera de los dos ejércitos, o en la creciente miseria que los efectos de la guerra traerán a los trabajadores de todos los países.

La clase capitalista y su modo de producción burgués no pueden superar sus divisiones nacionales competitivas que conducen a la guerra imperialista. El sistema capitalista no puede evitar hundirse en una mayor barbarie.

Por su parte, la clase obrera mundial tiene que desarrollar su lucha contra el deterioro de los salarios y del nivel de vida. Esta guerra, la mayor en Europa desde 1945, advierte del futuro que el capitalismo reserva al mundo si la lucha de la clase obrera no conduce al derrocamiento de la burguesía y su sustitución por el poder político de la clase obrera, la dictadura del proletariado.

Los designios guerreros y las mentiras de las diferentes potencias imperialistas

El imperialismo ruso quiere revertir el enorme revés que recibió en 1989 y vol-

ver a ser una potencia mundial. EEUU quiere preservar su estatus de superpotencia y su liderazgo mundial. Las potencias europeas temen la expansión rusa, pero también el dominio aplastante de EEUU. Ucrania quiere aliarse con el más fuerte de los imperialismos.

Reconozcámoslo, EE.UU. y las potencias occidentales tienen las mentiras más convincentes, y la mayor máquina de mentir de los medios de comunicación, para justificar sus verdaderos objetivos en esta guerra: supuestamente están reaccionando a la agresión rusa contra pequeños estados soberanos, defendiendo la democracia contra la autocracia del Kremlin, defendiendo los derechos humanos frente a la brutalidad de Putin.

Los gánsteres imperialistas más fuertes suelen tener la mejor propaganda de guerra, la mayor mentira, porque pueden provocar y maniobrar a sus enemigos para que disparen primero. Pero recordemos la actuación tan pacífica de estas potencias recientemente en Oriente Medio, en Siria, Irak y Afganistán, cómo el poder aéreo estadounidense arrasó recientemente la ciudad de Mosul, cómo las fuerzas de la Coalición pasaron a cuchillo a la población iraquí con la falsa excusa de que Saddam Hussein tenía armas de destrucción masiva. Recordemos más atrás los innumerables crímenes de estas democracias contra la población civil durante el siglo pasado, ya sea durante la década de 1960 en Vietnam, durante la década de 1950 en Corea, durante la Segunda Guerra Mundial en Hiroshima, Dresde o Hamburgo. Los atropellos rusos contra la población ucraniana están sacados esencialmente del mismo libro de operaciones imperialista.

El capitalismo ha catapultado a la humanidad a la era de la guerra imperialista permanente. Es una ilusión pedirle

que “pare” la guerra. La “paz” sólo puede ser un paréntesis en el capitalismo bélico.

Cuanto más se hunda en una crisis irresoluble, mayor será la destrucción militar que traerá el capitalismo junto con sus crecientes catástrofes de contaminación y plagas. El capitalismo está podrido y maduro para un cambio revolucionario.

La clase obrera es un gigante dormido

El sistema capitalista, cada vez más un sistema de guerra con todos sus horrores no encuentra actualmente ninguna oposición de clase significativa a su dominio, hasta el punto de que el proletariado sufre el empeoramiento de la explotación de su fuerza de trabajo y los últimos sacrificios que el imperialismo le pide en el campo de batalla.

El desarrollo de la defensa de sus intereses de clase, así como su conciencia de clase estimulada por el papel indispensable de la vanguardia revolucionaria, encierra un potencial aún mayor de la clase obrera, la capacidad de unirse como clase para derrocar por completo el aparato político de la burguesía como lo hizo en Rusia en 1917 y amenazó con hacerlo en Alemania y otros países en 1918-23. Es decir, derrocar el sistema que conduce a la guerra. De hecho, la Revolución de Octubre y las insurrecciones que suscitó en las demás potencias imperialistas son un brillante ejemplo no sólo de oposición a la guerra sino también de ataque al poder de la burguesía.

Hoy todavía estamos lejos de ese período revolucionario. Asimismo, las condiciones de la lucha del proletariado son diferentes de las que existían en la época de la primera matanza imperialista. En cambio, lo que sigue siendo lo mismo, frente a la guerra imperialista,

son los principios fundamentales del internacionalismo proletario y el deber de las organizaciones revolucionarias de defender estos principios con uñas y dientes, contra la corriente cuando sea necesario, en el seno del proletariado.

La tradición política que ha luchado y sigue luchando por el internacionalismo contra la guerra imperialista

Los pueblos de Zimmerwald y el de Kienthal, en Suiza, se hicieron famosos por ser los lugares de encuentro de los socialistas de ambos bandos en la Primera Guerra Mundial para iniciar una lucha internacional para poner fin a la carnicería y denunciar a los dirigentes patrióticos de los partidos socialdemócratas. Fue en estas reuniones donde los bolcheviques, apoyados por la Izquierda de Bremen y la Izquierda Holandesa, plantearon los principios esenciales del internacionalismo contra la guerra imperialista que siguen siendo válidos hoy en día:

el no apoyo a ninguno de los dos bandos imperialistas; el rechazo de todas las ilusiones pacifistas; y el

reconocimiento de que sólo la clase obrera y su lucha revolucionaria podrían poner fin al sistema que se basa en la explotación de la fuerza de trabajo y genera permanentemente la guerra imperialista.

En los años 30 y 40 sólo la corriente política ahora llamada Izquierda Comunista se aferró a los principios internacionalistas desarrollados por los bolcheviques en la Primera Guerra Mundial. La Izquierda Italiana y la Izquierda Holandesa se opusieron activamente a ambos bandos en la Segunda Guerra Mundial imperialista rechazando tanto las justificaciones fascistas como antifascistas de la matanza -a diferencia de las otras corrientes que reivindicaban la revolución proletaria, incluido el trotskismo. Al hacerlo, estas izquierdas comunistas rechazaron cualquier apoyo al imperialismo de la Rusia estalinista en el conflicto.

Hoy, ante la aceleración del conflicto imperialista en Europa, las organizaciones políticas basadas en la herencia de la Izquierda Comunista siguen enarbolando la bandera del internacionalismo proletario consecuente, y constituyen

un punto de referencia para quienes defienden los principios de la clase obrera.

Por eso las organizaciones y grupos de la Izquierda Comunista de hoy, poco numerosos y conocidos, han decidido emitir esta declaración común, y difundir lo más ampliamente posible los principios internacionalistas que se forjaron contra la barbarie de dos guerras mundiales.

Ningún apoyo a ningún bando en la carnicería imperialista de Ucrania.

Ninguna ilusión en el pacifismo: el capitalismo sólo puede vivir con guerras interminables. Sólo la clase obrera puede poner fin a la guerra imperialista a través de su lucha de clase contra la explotación que lleva al derrocamiento del sistema capitalista.

Trabajadores del mundo, ¡uníos!

**Corriente Comunista Internacional
 Instituto Onorato Damen**

Voz Internacionalista

(Perspectiva Comunista Internacional de Corea apoya plenamente la Declaración).

6 de abril de 2022

Hoja internacional sobre el conflicto de Ucrania

¡El capitalismo es la guerra, guerra al capitalismo!

Publicamos la hoja que la CCI comenzó a distribuir desde el 28 de febrero de este año, cuatro días después del comienzo de la ofensiva rusa. Su principal responsabilidad era reafirmar los principios del internacionalismo proletario frente a la guerra (ningún bando que defender); denunciar las mentiras de la propaganda de guerra y el carácter imperialista de todos los Estados; defender la verdadera solidaridad obrera mediante el desarrollo de la lucha de clases en todo el mundo. También nos hemos esforzado por hacer accesible esta hoja en

los idiomas que se hablan en los países en los que la CCI no tiene militantes, ya que varios contactos nos han ayudado en el trabajo de traducción. Nuestra hoja se ha leído en países donde se hablan los siguientes idiomas: inglés, francés, alemán, italiano, sueco, español, turco, neerlandés, portugués, griego, ruso, hindi, farsi, coreano, japonés, tagalo, chino, húngaro, finlandés y árabe. Para algunos de estos idiomas, es posible descargar la hoja de nuestro sitio web, para que quienes lo deseen puedan imprimirlo y distribuirlo en los mítines.

Europa ha entrado en la guerra. No es la primera vez desde la segunda carnicería mundial de 1939-45. A principios de los años 90, la guerra asoló la antigua Yugoslavia, causando 140.000 muertos con masacres de civiles, en nombre de la “limpieza étnica”, como en Srebrenica, en julio de 1995, donde 8.000 hombres y adolescentes fueron asesinados a sangre fría. La guerra que acaba de estallar con la ofensiva de los ejércitos rusos contra Ucrania no es tan mortífera por el momento, pero nadie sabe aún cuántas víctimas se cobrará finalmente. Sin embargo, su envergadura es mucho mayor que la de la guerra en la ex Yugoslavia. Hoy, no son las milicias ni los pequeños estados los que luchan entre sí. La guerra actual enfrenta a los dos Estados más grandes de Europa, con una población de 150 y 45 millones de habitantes respectivamente, y con enormes ejércitos: 700.000 soldados en Rusia y más de 250.000 en Ucrania.

Además, si las grandes potencias intervinieron en los enfrentamientos de la antigua Yugoslavia, fue de forma indirecta o participando en “fuerzas de interposición”, bajo la égida de las Naciones Unidas. Hoy, no es sólo Ucrania la que se enfrenta a Rusia, sino todos los países occidentales agrupados en la OTAN que, aunque no están directamente implicados en los combates, han adoptado importantes sanciones económicas contra este país al mismo tiempo que han comenzado a enviar armas a Ucrania.

Así pues, la guerra que acaba de comenzar es un acontecimiento dramático de la máxima importancia, en primer lugar, para Europa, pero también para el mundo entero. Ya se ha cobrado miles de vidas entre los soldados de ambos bandos y entre los civiles. Ha arrojado a cientos de miles de refugiados a las carreteras. Provocará nuevas subidas del precio

de la energía y de los cereales, sinónimo de frío y de hambre, mientras que, en la mayoría de los países del mundo, los explotados, los más pobres, ya han visto cómo se hundían sus condiciones de vida a causa de la inflación. Como siempre, es la clase que produce la mayor parte de la riqueza social, la clase trabajadora, la que pagará el precio más alto por las acciones bélicas de los amos del mundo.

Esta tragedia bélica no puede separarse del conjunto de la situación mundial de los dos últimos años: la pandemia, el agravamiento de la crisis económica, la multiplicación de las catástrofes ecológicas. Es una clara manifestación del hundimiento del mundo en la barbarie.

Las mentiras de la propaganda guerrera

Todas las guerras van acompañadas de campañas masivas de mentiras. Es necesario lavar el cerebro de la población, y en particular los explotados, para que acepten los terribles sacrificios que se les piden, el sacrificio de sus vidas por los enviados al frente, el luto de sus madres, de sus compañeros, de sus hijos, el terror de la población civil, las privaciones y el agravamiento de la explotación.

Las mentiras de Putin son burdas, y reflejan las del régimen soviético en el que comenzó su carrera como oficial del KGB. Afirma que está llevando a cabo una “operación militar especial” para ayudar a la población de Donbass que es víctima de un “genocidio” y prohíbe a los medios de comunicación, bajo pena de sanciones, utilizar la palabra “guerra”. Según él, quiere liberar a Ucrania del “régimen nazi” que la gobierna. Es cierto que las poblaciones ruso-parlantes del Este son perseguidas por las milicias nacionalistas ucranianas, a menudo nostálgicas del régimen nazi, pero no hay genocidio.

Las mentiras de los gobiernos y medios de comunicación occidentales suelen ser más sutiles. Aunque no siempre: Estados Unidos y sus aliados, entre ellos el muy “democrático” Reino Unido, España, Italia y... Ucrania (!) nos vendieron la intervención en Irak en 2003 en nombre de la amenaza -totalmente inventada- de las “armas de destrucción masiva” en manos de Saddam Hussein. Una intervención que provocó varios cientos de miles de muertos y dos millones de refugiados entre la población iraquí, y varias decenas de miles de muertos entre los soldados de la coalición.

Hoy, los dirigentes democráticos y los medios de comunicación occidentales nos cuentan la fábula de la lucha entre el “ogro malvado” Putin y el “niño bueno” Zelensky. Hace tiempo que sabemos que Putin es un criminal cínico. Además, tiene un aspecto que lo acompaña. Zelensky se beneficia de no tener tantos antecedentes penales como Putin y de haber sido, antes de entrar en política, un popular actor cómico (con una gran fortuna en paraísos fiscales como resultado). Pero sus dotes de comediante le han permitido ahora entrar con brío en su nuevo papel de caudillo, del que prohíbe a los hombres de entre 18 y 60 años acompañar a sus familias que quieran refugiarse en el extranjero, del que llama a matar por “la Patria”, es decir, por los intereses de la burguesía y los oligarcas ucranianos. Porque sea cual sea el color de los partidos gobernantes, sea cual sea el tono de sus discursos, todos los estados nacionales son ante todo defensores de los intereses de la clase explotadora, de la burguesía nacional, frente a los explotados y frente a la competencia de otras burguesías nacionales.

En toda propaganda de guerra, cada estado se presenta como el “agredido” que debe defenderse del “agresor”. Pero como todos los esta-

dos son en realidad bandoleros, no tiene sentido preguntar qué bandolero disparó primero en un ajuste de cuentas. Hoy, Putin y Rusia han disparado primero, pero en el pasado, la OTAN, bajo la tutela de Estados Unidos, ha integrado en sus filas a muchos países que, antes del colapso del bloque oriental y de la Unión Soviética, estaban dominados por Rusia. Al iniciar la guerra, el bandido Putin pretende recuperar parte del poder de su país en el pasado, sobre todo impidiendo que Ucrania entre en la OTAN.

En realidad, desde principios del siglo XX, la guerra permanente, con todos los terribles sufrimientos que engendra, se ha convertido en algo inseparable del sistema capitalista, un sistema basado en la competencia entre empresas y entre Estados, en el que la guerra comercial conduce a la guerra imperialista, en el que el agravamiento de sus contradicciones económicas, de su crisis, suscita conflictos cada vez más bélicos. Un sistema basado en el beneficio y en la explotación feroz de los obreros, en el que éstos se ven obligados a pagar con su sangre lo que primero han pagado con su trabajo.

Desde 2015, el gasto militar mundial se ha disparado. Esta guerra está acelerando brutalmente este proceso. Como símbolo de esta espiral mortal Alemania ha comenzado a entregar armas a Ucrania, una primicia histórica desde la Segunda Guerra Mundial; por primera vez, la Unión Europea también está financiando la compra y entrega de armas a Ucrania; y el presidente ruso Vladimir Putin ha amena-

zado con utilizar armas nucleares para demostrar su determinación y capacidad destructiva.

¿Cómo acabar con la guerra?

Nadie puede predecir con exactitud cómo se desarrollará la guerra actual, aunque Rusia tiene un ejército mucho más fuerte que el de Ucrania. En la actualidad, hay muchas manifestaciones en todo el mundo, y en la propia Rusia, contra la intervención rusa. Pero no son estas manifestaciones las que pondrán fin a las hostilidades. La historia ha demostrado que la única fuerza que puede poner fin a la guerra capitalista es la clase explotada, el proletariado, enemigo directo de la clase burguesa. Este fue el caso cuando los trabajadores de Rusia derrocaron al Estado burgués en octubre de 1917 y los trabajadores y soldados de Alemania se rebelaron en noviembre de 1918 obligando a su gobierno a firmar el armisticio. Si Putin fue capaz de enviar cientos de miles de soldados a matar contra Ucrania, si muchos ucranianos están hoy dispuestos a dar su vida por la “defensa de la Patria”, es en gran parte porque en esta parte del mundo la clase obrera es particularmente débil. El derrumbe en 1989 de los regímenes que se proclamaban “socialistas” o “obreros” ha supuesto un golpe muy brutal para la clase obrera mundial. Este golpe afectó a los trabajadores que habían luchado duramente desde 1968 y durante los años 70 en países como Francia, Italia y el Reino Unido, pero aún más a los de los países llamados “socialistas”, como los de

Polonia, que lucharon masivamente y con gran determinación en agosto de 1980, obligando al gobierno a abandonar la represión y a satisfacer sus demandas.

No es manifestándose “por la paz”, no es optando por apoyar a un país contra otro como se puede aportar una verdadera solidaridad a las víctimas de la guerra, a las poblaciones civiles y a los soldados de ambos bandos, muchos de ellos proletarios de uniforme transformados en carne de cañón. La única solidaridad consiste en denunciar a TODOS los estados capitalistas, a TODOS los partidos que llaman a agruparse detrás de tal o cual bandera nacional, a TODOS los que nos engañan con la ilusión de la paz y las “buenas relaciones” entre los pueblos. La única solidaridad que puede tener un impacto real es el desarrollo de luchas obreras masivas y conscientes en todo el mundo. Y en particular, conscientes de que constituyen una preparación para el derrocamiento del sistema responsable de las guerras y de toda la barbarie que amenaza cada vez más a la humanidad, el sistema capitalista.

Hoy, las viejas consignas del movimiento obrero, formuladas por el Manifiesto Comunista de 1848, están más que nunca a la orden del día:

¡Los proletarios no tienen patria!

¡Proletarios de todos los países, ¡uníos!

¡Por el desarrollo de la lucha de clases del proletariado internacional!

CORRIENTE COMUNISTA
INTERNACIONAL 27-2-2022

Compañero lector, visita el sitio de la CCI en Internet
El sitio web de nuestra organización
se actualiza mensualmente

La dirección es
www.internationalism.org

¿Cómo puede el proletariado derrocar el capitalismo?

Frente a la barbarie de la guerra de Ucrania, frente a la agravación de la crisis económica con una inflación desbocada, ¿Cómo puede responder el proletariado? ¿Todos los sectores del proletariado mundial tienen la

misma fuerza? ¿Qué relación hay entre la respuesta proletaria a la crisis económica y la respuesta a la guerra imperialista? En este artículo aportamos respuestas a estas cuestiones

El estallido de la guerra en Ucrania, a las puertas de Europa, participa peligrosamente en la acumulación explosiva de las contradicciones del capitalismo: desastre ecológico, resurgimiento de pandemias, inflación devastadora, guerras cada vez más irracionales desde el punto de vista de la burguesía, alianzas cada vez más circunstanciales dominadas por el sálvese quien pueda, desestabilización de partes crecientes del globo, dislocación y fragmentación social, éxodos migratorios, etc. En la situación actual, como en la Primera Guerra Mundial, el objetivo de la lucha de la clase obrera sólo puede ser el derrocamiento del capitalismo a escala mundial. La propia supervivencia de la humanidad depende de ello.

En la Primera Guerra Mundial, ante el derramamiento de sangre y el enorme sacrificio económico, la clase obrera había sido capaz de recuperarse de la traición de los partidos socialdemócratas que la habían envuelto en el conflicto mundial. Esto no fue posible ante la Segunda Guerra Mundial, ya que los principales destacamentos del proletariado habían sido aplastados por la contrarrevolución estalinista, aplastados en la derrota de la revolución en Alemania y sometidos al dominio del fascismo, envueltos en la defensa de la democracia y el antifascismo.

Desde la reanudación histórica de las luchas de clase en 1968, el proletariado no ha sufrido una derrota tal que la burguesía pueda hacer que sus batallones más concentrados y experimentados en el corazón del capitalismo acepten hoy los ataques resultantes de la agravación de la crisis económica mundial, el coste económico de las guerras -en particular en Ucrania- y el refuerzo del militarismo en todo el mundo; pero también las consecuencias económicas del desorden climático, la desorganización mundial de la producción, etc.

Todas las fracciones del proletariado mundial no están en la misma

relación de fuerza contra la burguesía. El proletariado de Ucrania, al verse envuelto tras la bandera de la defensa nacional, ha sufrido una gran derrota política, amplificadas y agravadas por las masacres de la guerra. El proletariado en Rusia, cuya situación no es tan crítica, no tiene sin embargo los medios para oponerse en su terreno de clase a la guerra en Ucrania, ni mucho menos.

La importancia determinante del proletariado de Europa Occidental para la futura revolución

El capitalismo se ha desarrollado de forma desigual en las distintas regiones del mundo. Lo mismo ocurrió con el proletariado, que es el producto de este sistema. Como resultado, a principios del siglo XX, con la constitución del mercado mundial y la entrada del capitalismo en su crisis histórica, existen considerables disparidades entre las distintas fracciones del proletariado mundial. En el corazón histórico del capitalismo, en Europa Occidental, donde las concentraciones de la clase obrera son las más antiguas, la clase obrera ha vivido experiencias históricas insustituibles que dan a su lucha de clases una fuerza potencial que no existe en ningún otro país del mundo.

Ni siquiera en Estados Unidos, que superó a las demás potencias durante el siglo XX, y menos aún en China, a pesar de su meteórico ascenso al 2º puesto mundial en el siglo XXI. Europa Occidental, que será el terreno de confrontación entre las fracciones más experimentadas de la burguesía y el proletariado en el mundo, será decisiva para el proceso de generalización global de la lucha de clases¹.

¹ Ver nuestro artículo *El proletariado de Europa Occidental en una posición central de la generalización de la lucha de clases* <https://es.internationalism.org/revista-internacional/200604/855/el-proletariado-de-europa-occidental-en-una-posicion-central-de-la->

La propia historia de la lucha de clases atestigua el papel decisivo que deberá desempeñar el proletariado de Europa Occidental

Lo que distingue al proletariado de Europa Occidental de las demás fracciones del proletariado mundial tiene que ver con las experiencias históricas, la concentración, la conciencia histórica, la resistencia a las mistificaciones de la burguesía y, en particular, a la mistificación democrática. El recuerdo de las experiencias más “famosas” es edificante:

- La Comuna de París, que tuvo lugar del 18 de marzo al 28 de mayo de 1871, fue la primera concreción en la historia de la necesidad y la posibilidad de que la clase obrera tomara el poder político² ;

- La ola revolucionaria de 1917-23: comenzó en Europa pero tuvo repercusiones en todo el mundo. Su apogeo se produjo en Rusia con la toma del poder por el proletariado en 1917, pero su centro de gravedad se desplazó entonces a Europa, en particular a Alemania. De hecho, la revolución rusa es la excepción que confirma la regla, como lo ilustra el hecho que Lenin subrayó mil veces: fue por un “accidente histórico” que les tocó a los rusos llevar la bandera de la revolución por un corto período, siendo la apuesta de la toma del poder en Alemania determinante para el destino de la revolución mundial.

- La reanudación histórica de la lucha de clases en 1968, que marcó el fin de la contrarrevolución, fue iniciada por el surgimiento del proletariado francés en mayo de ese año, seguido en 1969 por el proletariado en Italia, y esta ola de lucha de clases se extendió gradualmente a diferentes partes del mundo, a diferentes niveles. Es necesario señalar aquí la magnitud e importancia de las luchas de clase libradas por el proletariado

² Ver Dossier sobre la Comuna de París en su 150 aniversario <https://es.internationalism.org/content/4698/dossier-sobre-la-comuna-de-paris-en-su-150-aniversario>

en Polonia en 1971, 76 y 80, que constituyeron una sorprendente confirmación del retorno de la lucha de clases a escala mundial. *«Está claro que los trabajadores de Polonia han aprendido mucho de sus experiencias anteriores de 1956, 70 y 76. Pero, a diferencia de esas luchas y especialmente de las de Gdansk, Gdynia y Szczecin en 1970, en las que los disturbios callejeros fueron el aspecto más destacado, la lucha de los trabajadores de Polonia en 1980 evitó conscientemente los enfrentamientos prematuros. No dejaron ningún muerto. Consideraban que su fuerza residía sobre todo en la generalización de la lucha, en la organización de la solidaridad»*³.

De hecho, las luchas en Polonia fueron la culminación del renacimiento internacional de las luchas de clase abiertas en 1968 en Francia. Fueron testigos de un nivel de auto organización de la lucha sin parangón desde la ola revolucionaria de 1917-23, lo que, a primera vista, parece invalidar nuestro análisis que sitúa en el centro de la perspectiva revolucionaria la importancia decisiva del proletariado de Europa Occidental. En realidad, nuestro análisis fue confirmado por la forma en que fueron derrotados por la burguesía mundial, con, en el centro de su dispositivo contra la clase obrera en Polonia, el confinamiento del proletariado polaco tras la mistificación del sindicalismo “libre” y las reivindicaciones democráticas, mediante la *«toma de posesión material y política por parte de la izquierda y los sindicatos occidentales de la puesta en marcha del aparato de “Solidarnosc” (envío de fondos, material de imprenta, delegaciones para enseñar a los recién creados las diversas técnicas de sabotaje de las luchas. ...)*»⁴

La forma en que la burguesía acabó con esta fracción del proletariado mundial ilustra la existencia de profundas debilidades de la clase obrera, comunes a todos los países del antiguo bloque del Este, expresadas por el peso de las ilusiones democráticas, e incluso de la religión. Estas debilidades han hecho que regímenes

“autoritarios” de la derecha hayan sustituido a menudo a los regímenes totalitarios estalinistas.

Así, el episodio de las luchas de clase en Polonia, lejos de constituir un contraejemplo de la importancia del proletariado de Europa Occidental, lo ilustra al contrario. Es por ello que pensamos más globalmente que, por las razones históricas expuestas anteriormente, *«el epicentro del terremoto revolucionario que se avecina se situará en el corazón industrial de Europa Occidental donde se reúnen las condiciones óptimas de la conciencia y la capacidad de lucha revolucionaria de la clase, lo que confiere al proletariado de esta zona un papel de vanguardia del proletariado mundial»*.

Es también por estas razones que zonas como Japón y Norteamérica, aunque reúnen la mayoría de las condiciones materiales necesarias para la revolución, no son las más favorables para desencadenar el proceso revolucionario por la falta de experiencia y el atraso ideológico del proletariado en estos países. Esto es particularmente claro en Japón, pero también es válido, hasta cierto punto, en América del Norte, donde el movimiento obrero se desarrolló como un apéndice del movimiento obrero europeo y con especificidades como el mito de “la frontera”⁵ alcanzando, durante todo un período, el nivel de vida más alto de la clase obrera en el mundo, ... permitiendo a la burguesía asegurar un control ideológico sobre los trabajadores mucho más sólido que en Europa.

En cuanto al proletariado de China, el más numeroso del mundo (China es el taller del planeta), su número no compensa en absoluto su inexperiencia⁶ y su extrema vulnerabilidad

⁵ En la sociedad estadounidense, el término Frontera tiene un significado específico que se refiere a su historia. A lo largo del siglo XIX, uno de los aspectos más importantes del desarrollo de Estados Unidos fue la expansión hacia el oeste del capitalismo industrial, que dio lugar al asentamiento en estas regiones por parte de poblaciones compuestas principalmente por personas de ascendencia europea o africana, a expensas, por supuesto, de las tribus indígenas nativas. La esperanza de la Frontera ha dejado una fuerte huella en la mente y la ideología en América

⁶ Las comunas de Shanghái y Cantón, aplastadas con a sangre y fuego en 1927 por el Kuomintang con la complicidad de la Internacional Comunista estalinista, sólo pudieron dejar minúsculas huellas en la memoria de la clase obrera. Será necesaria una considerable agitación social para que estas experiencias se conviertan en factores

(aún más que en los países del Este) a todas las maniobras que la burguesía utilizará contra él, en particular la creación de sindicatos “libres”, cuando sea necesario.

El reconocimiento de tales diferencias no significa que la lucha de clases, o la actividad de los revolucionarios, carezca de sentido en otras partes del mundo distintas de Europa Occidental. En efecto, la clase obrera es global, su lucha de clases existe allí donde se enfrentan los proletarios y el capital. Las lecciones de las diferentes manifestaciones de esta lucha son válidas para toda la clase obrera dondequiera que se produzcan⁷.

Más que nunca, y a pesar de las importantísimas dificultades que atraviesa actualmente y que afectan al conjunto del proletariado mundial, el proletariado de Europa Occidental tiene la llave de una renovación global de la lucha de clases capaz de emprender el camino de la revolución mundial. Por todas estas razones, y en contra de lo que Lenin generalizó apresuradamente a partir del ejemplo de la revolución rusa, no es en los países donde la burguesía es más débil (el “eslabón más débil de la cadena capitalista”) donde se desencadena primero un movimiento de este tipo, que luego se extenderá a los países más desarrollados. En estos países, el proletariado no sólo se enfrentaría a su propia burguesía, sino que, de una u otra forma, la burguesía mundial lo amordazaría.

Guerras “locales” desde finales de los años 60: una confirmación negativa del papel particular del proletariado de Europa Occidental

A finales de los años sesenta en Estados Unidos, las protestas contra la guerra de Vietnam y el rechazo de muchos jóvenes trabajadores a ir a luchar por la bandera nacional fueron un presagio indirecto de la apertura de un nuevo curso mundial de la

activos en el desarrollo de la conciencia de clase del proletariado en China. Ver *China 1928-1949 (I) - Eslabón de la guerra imperialista* <https://es.internationalism.org/revista-internacional/200704/1823/china-1928-1949-i-eslabon-de-la-guerra-imperialista-y-china-eslabon-del-imperialismo-mundial-iii> - *El maoísmo: un engendro burgués* <https://es.internationalism.org/revista-internacional/200612/1193/china-eslabon-del-imperialismo-mundial-iii-el-maoismo-un-engendro->

⁷ Como las luchas en Argentina en 1969 (El Cordobazo), en Egipto, en Sudáfrica tanto bajo el Apartheid así como con Nelson Mandela, ...

³ Leer nuestro artículo *Huelga de masas en Polonia 1980: se abre una nueva brecha* <https://es.internationalism.org/revista-internacional/198007/2307/huelga-de-masas-en-polonia-se-ha-abierto-una-nueva-brecha>, Revista Internacional nº 23

⁴ «Tras la represión en Polonia, perspectiva de la lucha de clases mundial» Revista Internacional nº 29 (1982)

lucha de clases que marcaba el fin de medio siglo de contrarrevolución.

Desde la reanudación histórica de la lucha de clases en 1968, y durante todo el período en que el mundo estuvo dividido en dos bloques imperialistas rivales, la razón por la que no se produjo la Tercera Guerra Mundial fue que la clase obrera de los principales países industrializados de Europa y de los Estados Unidos -no batida, no sometida ideológicamente a la burguesía- no estaba dispuesta a aceptar los sacrificios de la guerra, ni en los lugares de producción ni en el frente⁸.

Sin embargo, si la nueva dinámica mundial hacia los enfrentamientos decisivos de clase impidió a la burguesía marchar hacia la guerra mundial, las guerras “locales” estallaron en todas partes donde el proletariado no representaba una fuerza social capaz de obstaculizarla. Estas guerras enfrentaron a tropas profesionales o mercenarias al servicio de las grandes potencias en países en los que el proletariado local no sólo carecía de fuerza para oponerse a ellas mediante su propia lucha de clases, sino que se encontraba enrolado por la fuerza o por consentimiento en uno u otro de los bandos enfrentados. Pero no es casualidad que en ninguno de estos conflictos haya participado el proletariado con los uniformes de los países de Europa Occidental.

Desde el colapso de los bloques, incluso más que en el período anterior, las guerras locales han sido omnipresentes, asesinas y devastadoras. Pero ante ninguna de ellas el proletariado de los países de Europa Occidental fue movilizable por la burguesía.

Y cuando estos países fomentaron directamente las guerras, como en la ex Yugoslavia en 1991, siempre se movilizaron soldados profesionales, algunos de los cuales, es cierto, eran hijos de proletarios que no podían vender su fuerza de trabajo. Pero la mayoría de las veces, y precisamente por ello, estas tropas se limitaron a

desempeñar el papel de las llamadas fuerzas de “interposición”.

Es significativo, en este sentido, que en Estados Unidos, donde el proletariado no representa la misma fuerza política que en Europa Occidental, la burguesía haya podido llamar a las tropas de reclutas (proletarios con uniforme) para sus expediciones bélicas con cautela y circunspección. Sin embargo, en este país, el trauma de la guerra de Vietnam no se ha borrado y la población (especialmente la clase obrera dentro de ella) sigue siendo sensible al envío de tropas formadas por proletarios en uniforme a los teatros de operaciones. La segunda guerra de Irak (2003) fue una nueva advertencia para la burguesía, que tendía a pensar que el síndrome de Vietnam había desaparecido. Tras un año de ocupación de Irak por las tropas estadounidenses, *«el clima de inseguridad permanente de las tropas y el regreso de las “bolsas de cadáveres” han enfriado singularmente el ardor patriótico -aunque sea relativo- de la población, incluso en el corazón de la “América profunda”»*⁹.

Desde entonces, para Obama (con respecto a Siria) y aún más para Trump (en todas partes), es la doctrina de “no poner las botas en el suelo” la que establece los límites de las intervenciones militares estadounidenses.

Por todo ello, es inimaginable que, en la situación actual, uno o varios países de Europa Occidental pasen a la ofensiva como ha hecho Rusia en Ucrania.

El proletariado del Este, alistado o impotente ante la guerra de Ucrania

De la misma manera que explicamos las razones de la no implicación del proletariado de Europa Occidental en los conflictos bélicos desde finales de los años 60, es necesario entender por qué el proletariado de algunos países se implicó directamente en la guerra, como en Ucrania, o no se opuso a ella, como en Rusia.

El contexto del bloque oriental

En los años 80, el proletariado industrial de la URSS era uno de

los más grandes del mundo. Los trabajadores del Donbass en Ucrania protagonizaron luchas que podrían hacer pensar que el proletariado del Este estaba tomando la iniciativa. El punto álgido se alcanzó con las luchas de Polonia en 1970, 1976 y 1980, en las que se produjeron las movilizaciones masivas que hemos mencionado anteriormente. En esta parte del mundo, en cambio, el peso de la contrarrevolución encarnada por la existencia de regímenes políticos totalitarios -aunque rígidos y frágiles- hacía al proletariado mucho más vulnerable a las mistificaciones democráticas, sindicales, nacionalistas e incluso religiosas.

En el verano de 1989, 500.000 mineros del Donbass (Ucrania) y del sur de Siberia (la URSS aún existía y Ucrania formaba parte de ella) lucharon por sus reivindicaciones en su terreno de clase en el mayor movimiento desde 1917. Pero el movimiento estaba entonces marcado (como fue el caso de la lucha en Polonia en 1980) por ilusiones democráticas que acabaron por llevar a los callejones sin salida de la lucha contra el totalitarismo, de la exigencia de “autonomía” de las empresas para que pudieran vender la parte del carbón no entregada al Estado¹⁰.

Ante el derrumbe del bloque estalinista, en lugar de luchas de clase masivas del proletariado, vimos movimientos marcados por el peso del nacionalismo separatista frente a la URSS y por las ilusiones democráticas. Las mismas debilidades marcaron el caos que reinaba en la Federación Rusa en los años 90.

Uno de los elementos más significativos de la debilidad del proletariado en el Este fue la incapacidad, ante los momentos más fuertes de la lucha de clases como en Polonia en 1980, de provocar una reflexión por parte de las minorías que les permitiera orientarse hacia las posiciones de la izquierda comunista.

Tras el colapso del bloque del Este

El caso de Ucrania

El proletariado ucraniano está muy poco desarrollado. De hecho, fuera de la cuenca minera y de los pocos centros industriales de Kiev, Járkov o Dnipropetrovsk, predomina la agri-

⁸ Leer nuestro artículo *Resolución sobre la relación de fuerzas entre las clases* (2019) <https://es.internationalism.org/content/4444/resolucion-sobre-la-relacion-de-fuerzas-entre-las-clases-2019>; Revista Internacional n.º 164. *Hace cincuenta años, mayo del 68, parte 2 - Los avances y retrocesos de la lucha de clases desde 1968* <https://es.internationalism.org/content/4347/hace-50-anos-mayo-68-2a-parte-los-avances-y-retrocesos-de-la-lucha-de-clases>; Revista Internacional n.º 161

⁹ *Detención de Saddam Hussein, conversaciones de paz sobre Palestina: No habrá paz en Oriente Medio* Revista Internacional n.º 116 <https://es.internationalism.org/revista-internacional/200704/1870/captura-de-sadam-husein-discusiones-por-la-paz-en-palestina-no-hab>

¹⁰ *Editorial: China, Polonia, Oriente Medio, huelgas en la URSS y EEUU*; Revista Internacional 59 <https://es.internationalism.org/revista-internacional/200801/2164/convulsiones-capitalistas-y-luchas-obreras>

cultura a pequeña escala. Esta situación se acentuó aún más en la década de 1990, como informamos en un artículo publicado en 2006:

«Según el censo de 1989, en el momento en que el nivel de urbanización de Ucrania alcanzó su máximo, el 33,1% de la población del país vivía en el campo. De las dieciséis regiones que apoyarían a la Facción Naranja (sin incluir Kiev), sólo en tres de ellas esta proporción era inferior al 41%. En cinco regiones se sitúa entre el 43 y el 47%, y en ocho supera el 50%, en algunos casos de forma significativa (Ternopol Oblast 59,2%; Zakarpat Oblast 58,9%). En los años 90, la situación no hizo más que empeorar: la industria fue destruida, el nivel cultural de la población disminuyó, los trabajadores tuvieron que recurrir a sus huertos para sobrevivir y empezaron a volver a trabajar la tierra, para restablecer sus relaciones sociales con los pueblos donde también tienen muchas familias. También aumentó enormemente la influencia del ambiente pequeñoburgués rural»¹¹.

Sin embargo, en 1993, tras la independencia de Ucrania, los trabajadores de la región industrial de Pridneprovie consiguieron movilizarse en su terreno de clase, forzando la dimisión del presidente Kuchma y la celebración de elecciones generales. Pero, ya en 2004, el proletariado se vio arrastrado a las huelgas patronales y a la lucha entre fracciones de la burguesía en la llamada “revolución naranja” donde se impuso el enfrentamiento entre la opción pro rusa y la pro estadounidense. Desde la ocupación rusa de Crimea en 2014, esta situación ya ha provocado enfrentamientos armados en los que se han visto envueltos los proletarios.

Ante la actual guerra en Ucrania, hay una movilización de la población, incluyendo el proletariado. La “defensa de la patria” ha primado sobre cualquier otra consideración.

El caso de Rusia

La importancia del proletariado de Rusia para el proletariado mundial es mayor que la del proletariado de Ucrania. Y si se le puede aplicar todo

lo que dijimos sobre las debilidades del proletariado en los países del Este, sin embargo no se ha movilizad directamente en los enfrentamientos entre fracciones de la burguesía; aunque ciertamente hay un peso importante de las ilusiones democráticas, que la llegada de Putin y la imposición de un nuevo totalitarismo han reforzado considerablemente.

Sin embargo, a pesar de estas debilidades, este proletariado no era movilizable. Esta es tanto la causa como la consecuencia de la desintegración del Ejército Rojo en Afganistán: «las autoridades no pueden contar con la obediencia del propio Ejército “Rojo”. En el Ejército Rojo, los soldados pertenecientes a las distintas minorías que ahora reclaman la independencia están cada vez menos dispuestos a dejarse matar para garantizar el control ruso sobre estas minorías. Además, los propios rusos son cada vez más reacios a asumir este tipo de trabajo. Así lo demostraron manifestaciones como la de Krasnodar, en el sur de Rusia, el 19 de enero, cuyos lemas dejaban claro que la población no está dispuesta a aceptar un nuevo Afganistán, y que obligaron a las autoridades a liberar a los reservistas movilizados unos días antes»¹².

En Rusia, la guerra aún no implica la movilización de toda la población y si se reclutan soldados “de reemplazo” entre la población, es bajo la apariencia de participación en “maniobras militares”. La sola mención de la guerra está censurada en los medios de comunicación rusos, que sólo hablan de una “operación especial” en Ucrania. Y en contraste con la atmósfera de patriotismo en Ucrania, no se conocen manifestaciones de apoyo público a la guerra en Rusia (aparte, por supuesto, de las ceremonias oficiales orquestadas por la camarilla de Putin).

Sin embargo, por las razones expuestas, actualmente no existe la posibilidad de que el proletariado de Rusia tenga por sí solo la fuerza para poner fin a la guerra, y su futura respuesta a la situación sigue siendo difícil de predecir con exactitud.

La situación del proletariado occidental ante los ataques económicos de la burguesía antes del estallido de la guerra en Ucrania

Durante el período que va de 1968/80 hasta el derrumbe del bloque del Este y la dislocación del Oeste, el desarrollo de la combatividad y la reflexión del proletariado mundial, en los países centrales en particular, se había producido dentro de una dinámica hecha de la sucesión de tres oleadas de luchas, las dos primeras momentáneamente detenidas por las maniobras y estrategias de la burguesía para enfrentarlas. La tercera ola, por su parte, se encontró con las consecuencias del colapso del bloque del Este, provocando un profundo retroceso de la lucha de clases debido a las campañas de la burguesía sobre la “muerte del comunismo” y también a las condiciones más difíciles de la lucha de clases en la fase de descomposición¹³ del capitalismo así abierta. En efecto, como ya hemos subrayado, la descomposición del capitalismo afecta profundamente a las dimensiones esenciales de la lucha de clases: - la acción colectiva, la solidaridad; - la necesidad de organización; - las relaciones que sustentan toda la vida en sociedad, desestructurándolas; - la confianza en el futuro y en las propias fuerzas; - la conciencia, la lucidez, la coherencia y la unidad de pensamiento, el gusto por la teoría¹⁴.

A pesar de estas dificultades, la clase obrera no ha desaparecido, como demuestran varios intentos de la lucha de clases por abrirse paso: 2003 (sector público en Europa, en Francia en particular; 2006 (lucha

¹³ Ver nuestras **Tesis sobre la Descomposición** <https://es.internationalism.org/revista-internacional/200510/223/la-descomposicion-fase-ultima-de-la-decadencia-del-capitalismo>

¹⁴ “Los diferentes factores que son la fuerza del proletariado chocan directamente con las diferentes facetas de la descomposición ideológica: (-) la acción colectiva, la solidaridad, encuentran frente a ellas la atomización, el «sálvese quien pueda», el «arreglárselas por su cuenta»; (-) la necesidad de organización choca contra la descomposición social, la dislocación de las relaciones en que se basa cualquier vida en sociedad; (-) la confianza en el porvenir y en sus propias fuerzas se ve minada constantemente por la desesperanza general que invade la sociedad, el nihilismo, el «no future»; (-) la conciencia, la clarividencia, la coherencia y unidad de pensamiento, el gusto por la teoría, deben abrirse un difícil camino en medio de la huida hacia quimeras, drogas, sectas, misticismos, rechazo de la reflexión y destrucción del pensamiento que están definiendo a nuestra época” (tesis 13 de las **Tesis sobre la Descomposición**).

¹¹ Sobre la «Revolución Naranja» en Ucrania: la cárcel del autoritarismo y la trampa de la democracia. Revista Internacional nº 126 <https://es.internationalism.org/revista-internacional/200608/1048/sobre-la-revolucion-naranja-en-ucrania-la-carcel-del-autoritarismo>

¹² Leer nuestro artículo *Tras el hundimiento del bloque del Este, desestabilización y caos* <https://es.internationalism.org/revista-internacional/200712/2114/tras-el-hundimiento-del-bloque-del-este-inestabilidad-y-caos>; Revista internacional nº 61

contra el CPE en Francia: Movilización de las jóvenes generaciones de la clase obrera contra la precariedad); 2011 (Movilización de los “indignados” que atestigua un esbozo de reflexión global sobre la quiebra del capitalismo); 2019 (Movilización en Francia contra la reforma de las pensiones); finales de 2021/principios de 2022 (Aumento de la cólera y desarrollo de la combatividad en Estados Unidos, Irán, Italia, Corea a pesar del efecto asfixiante causado por la pandemia)¹⁵.

Cualesquiera que sean las dificultades a las que se ha enfrentado el proletariado durante todo este periodo, en particular desde 1990, no ha sufrido ninguna derrota en los principales países industrializados, lo que implica que podrá retomar su lucha de clases para llevarla a un nivel superior ante la oleada de ataques sin precedentes que afectará cada vez más gravemente a todas sus fracciones en todos los países del mundo, en todos los sectores.

Qué camino y perspectiva para el desarrollo de la lucha de clases

El estallido de la guerra a las puertas de Europa vuelve a alertar al proletariado mundial sobre lo que los revolucionarios ya habían señalado ante la Primera Guerra Mundial: mientras el capitalismo no sea derrocado, la humanidad estará amenazada con las peores catástrofes y, en última instancia, con la extinción. *«Friedrich Engels dijo una vez: “La sociedad burguesa se enfrenta a un dilema: o la transición al socialismo o la recaída en la barbarie”. Pero, ¿qué significa una “recaída en la barbarie” en el grado de civilización que conocemos hoy en Europa? (...) Miremos a nuestro alrededor en este mismo momento, y comprenderemos lo que significa una recaída de la sociedad burguesa en la barbarie. El triunfo del imperialismo conduce a la aniquilación de la civilización - esporádicamente durante la duración de una guerra moderna y definitivamente si el período de guerras mundiales que está comenzando se prolongara sin obstáculos hasta sus últimas consecuencias»* (La crisis

¹⁵ Hoja internacional de la CCI, ¡Contra los ataques de la burguesía, necesitamos una lucha unida y masiva! <https://es.internationalism.org/content/4773/hoja-internacional-de-la-cci-contra-los-ataques-de-la-burguesia-necesitamos-una-lucha>

de la socialdemocracia - 1915; Rosa Luxemburgo). En la época actual, el dilema al que se enfrenta la sociedad es más precisamente “el socialismo o la desaparición de la humanidad”.

Por eso, la actitud de la vanguardia revolucionaria ante la Primera Guerra Mundial debe ser absolutamente una fuente de inspiración hoy para la defensa del internacionalismo consecuente, que sólo tiene sentido con el énfasis en la necesidad de derrocar al capitalismo.

El internacionalismo proletario no es, como ha demostrado la experiencia del hundimiento de la Segunda Internacional ante la guerra mundial, una declaración de intenciones o una consigna pacifista. El internacionalismo proletario es la defensa de la guerra de clases contra la guerra imperialista y la defensa de la tradición histórica de los principios del movimiento obrero, encarnados por la izquierda comunista. La conferencia de Zimmerwald¹⁶ -en particular los debates y confrontaciones de las diferentes posiciones en esta conferencia y la clarificación política que resultó de ella- debe constituir hoy una fuente de inspiración para que los revolucionarios consecuentes asuman sus responsabilidades tanto en el reagrupamiento de las fuerzas auténticamente proletarias como en la confrontación abierta, fraternal e intransigente de las divergencias que existen entre ellas.

En este sentido es necesario aclarar que las condiciones a las que se enfrenta hoy el proletariado son diferentes a las del primer conflicto mundial para sacar las consecuencias de la intervención de los revolucionarios:

Si el proletariado de Ucrania ha sufrido una profunda derrota y el de Rusia está en grandes dificultades, no es el caso del proletariado de otros países y en particular del proletariado de Europa Occidental.

Sin embargo, todas las fracciones del proletariado mundial se vieron afectadas por este acontecimiento induciendo un profundo sentimiento de impotencia en sus filas. Apenas el proletariado comenzó a recuperarse del efecto de la pandemia, tuvo que recibir un segundo golpe, más duro

¹⁶ Zimmerwald (1915-1917): de la guerra a la revolución <https://es.internationalism.org/content/4809/conferencia-de-zimmerwald-una-referencia-indispensable-para-la-defensa-del>

que el primero y que inevitablemente tiene y tendrá consecuencias en su capacidad de movilización frente a los considerables ataques económicos que se le vienen encima. Aunque las huelgas ya se multiplican, no sabemos cuánto tiempo más tardará el proletariado en ponerse en marcha ante el diluvio de ataques.

El proletariado no tendrá más remedio que emprender el camino histórico de su lucha de clases contra las consecuencias de la explotación. A través de estas luchas podrá recuperar la conciencia (perdida con las campañas sobre la muerte del comunismo) de ser una clase distinta y antagónica al capitalismo, pudiendo contar sólo con la solidaridad de sus diferentes partes, con su unidad... y comenzará a encontrar el camino hacia la conciencia -abierta con Mayo 68 en Francia y las movilizaciones que siguieron en el mundo- de los medios, los objetivos y lo que está en juego en su lucha.

La Primera Guerra Mundial había sido un factor de concienciación sobre la necesidad de derrocar el capitalismo y, al mismo tiempo, un factor de movilización. Sin embargo, tal movilización sólo se expresó realmente (en particular las fraternizaciones, las movilizaciones de las mujeres trabajadoras, etc.) cuando pudo ser respaldada por un poderoso movimiento del proletariado desde la retaguardia, desde los lugares de trabajo, en defensa de sus condiciones de vida.

Sería engañar y confundir gravemente al proletariado dejar creer que sus fracciones en Ucrania o en Rusia pueden hoy movilizarse contra la guerra. Esto sólo puede conducir a una sobreestimación irresponsable de las posibilidades abiertas al proletariado en estos dos países. Además, tal consigna contribuye en la actual situación mundial a desviar al proletariado mundial de su tarea de derrocar al capitalismo desarrollando su lucha de clases contra los ataques del capitalismo en crisis. Esto representa condiciones mucho más favorables para la revolución que la guerra, ya que la burguesía no puede detener el desarrollo de su crisis económica, mientras que puede poner fin a la guerra, concluyendo la paz, y así desarmar la dinámica revolucionaria, dividiendo al proletariado de los países vencedores y vencidos, como fue el caso de la ola revolucionaria mundial de la primera posguerra.

La consigna del “derrotismo revolucionario” tiene el mismo defecto de desviar al proletariado mundial de la revolución mundial contra el capitalismo en crisis. A esto se suma otro defecto de abogar por diferentes tácticas para diferentes fracciones nacionales del proletariado ante la guerra. Si algunos de ellos deben desear la derrota de su propia burguesía, para acelerar el proceso revolucionario, no puede ser lo mismo para los proletarios del campo contrario. Por lo tanto, no es casualidad que esta consigna sea tan querida por los izquierdistas y otros belicistas imperialistas que explotan un error de Lenin que entonces era bastante secundario en el contexto de su consecuente internacionalismo¹⁷.

¹⁷ «Esta consigna fue planteada por Lenin durante la Primera Guerra Mundial. Respondía al deseo de denunciar las tergiversaciones de los elementos «centristas» que, aunque estaban de acuerdo «en principio» en rechazar toda participación en la guerra imperialista, abogaban sin embargo por esperar a que los trabajadores de los países «enemigos» estuvieran dispuestos a participar en la lucha contra ella antes de llamar a los de «su» país a hacer lo mismo. En apoyo de esta posición, esgrimen el argumento de que, si los proletarios de un país se adelantan a los de los países enemigos, favorecerán la victoria de estos últimos en la guerra imperialista. En respuesta a este «internacionalismo» condicional, Lenin replicó con razón que la clase obrera de un país no tenía ningún interés en común con «su» burguesía, precisando, en particular, que la derrota de ésta sólo podía favorecer su lucha,

En 1981, la capacidad de la burguesía mundial de infligir una derrota al proletariado polaco explotando las ilusiones democráticas y sindicales de esta fracción del proletariado mundial llevó a la CCI a criticar la teoría de Lenin del eslabón más débil de la cadena imperialista, según la cual un país con una burguesía menos desarrollada tiene las mejores posibilidades de una revolución victoriosa. Lo cierto es lo contrario. Corresponderá al proletariado de Europa Occidental enfrentarse a las fracciones mundiales más experimentadas de la burguesía. Del resultado de esta confrontación dependerá la conflagración revolucionaria mundial.

Silvio julio 2022

como ya habíamos visto con la Comuna de París (resultante de la derrota contra Prusia) y con la revolución de 1905 en Rusia (derrotada en la guerra contra Japón). A partir de esta observación, concluyó que cada proletariado debía «desear» la derrota de «su» propia burguesía. Esta última posición ya era errónea en su momento, pues llevaba a los revolucionarios de cada país a reclamar para «su» proletariado las condiciones más favorables para la revolución proletaria, cuando era a nivel mundial y, en primer lugar, en los grandes países avanzados (que estaban todos implicados en la guerra) donde debía producirse la revolución. Sin embargo, en Lenin, la debilidad de esta posición nunca llevó a cuestionar el internacionalismo más intransigente». Polémica: el medio político proletario ante la guerra del Golfo; Revista Internacional nº 64

Folletos de la CCI

La Corriente comunista internacional publica regularmente

folletos en diferentes idiomas para profundizar sobre las cues-

tionones sobre las que reflexiona y debate el movimiento obrero.

España 1936: Franco y la República masacran al proletariado

Nueva edición. Suscripción de apoyo	12 €
Nación o clase	3 €
La decadencia del capitalismo	3 €
Organización comunista y conciencia de clase	3 €
Los sindicatos contra la clase obrera	3 €

Plataforma

y Manifiesto de la CCI	3 €
La Izquierda comunista de Italia	10 €
No muere el comunismo, sino su peor enemigo, el estalinismo	1 €
Manifiesto sobre el problema del paro	1 €

Actualización del texto de orientación de 1990

Militarismo y descomposición

La CCI adoptó las tesis sobre “La descomposición, fase final de la decadencia capitalista” (Revista Internacional núm. 62 y núm. 107) en mayo de 1990, unos meses después

de la caída del bloque del Este que precedió al colapso de la Unión Soviética. En Octubre del mismo año adoptó un texto sobre Militarismo y descomposición

La trampa tendida por Estados Unidos a Saddam Hussein, que le llevó a invadir Kuwait a principios de agosto de 1990, y la posterior concentración de fuerzas estadounidenses en Arabia Saudí fueron una primera consecuencia de la desaparición del bloque oriental, el intento de la potencia estadounidense de cerrar las filas de la Alianza Atlántica amenazada de desintegración por la desaparición de su adversario oriental. A raíz de estos acontecimientos, que preparaban la ofensiva militar contra Irak por parte de los principales países occidentales bajo el liderazgo de Estados Unidos, la CCI debatió y adoptó un documento político sobre “Militarismo y descomposición” en octubre de 1990 (Revista Internacional n.º 64), que era un complemento de las Tesis de la Descomposición.

En el 22º Congreso Internacional de 2017, la CCI aprobó una actualización de las tesis sobre la descomposición (“Informe sobre la descomposición hoy”, Revista Internacional n.º 164) que básicamente confirmaba el texto aprobado 27 años antes. Hoy, la guerra de Ucrania nos lleva a elaborar un documento complementario sobre la cuestión del militarismo, similar al de octubre de 1990, del que constituye una actualización. Este paso es tanto más necesario cuanto que el error que cometimos al no prever el estallido de esta guerra se debió a un olvido por nuestra parte del marco de análisis que la CCI se había dado durante varias décadas sobre la cuestión de la guerra en el período de decadencia del capitalismo.

1) El texto de 1990 “Militarismo y descomposición”, en su punto 1, nos recuerda el carácter vivo del método marxista y la necesidad de confrontar permanentemente los análisis que hemos podido hacer en el pasado con las nuevas realidades que se nos presentan, bien para criticarlas, bien para confirmarlas, bien para ajustarlas y aclararlas. No es necesario volver a ello en el presente texto. Por otra parte, frente a las interpre-

taciones erróneas de la guerra actual en Ucrania que nos proporcionan algunos “expertos” burgueses pero también la mayoría de los grupos del Medio Político Proletario (MPP), es útil volver a las bases del método marxista sobre la cuestión de la guerra, y más generalmente sobre el materialismo histórico.

En la base está la idea de que: «*En la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas y necesarias, independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a un determinado grado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales.*» (Introducción a la crítica de la economía política, Karl Marx). Esta preeminencia de la base material económica sobre los otros aspectos de la vida social ha sido a menudo objeto de una interpretación mecánica y reuccionista. Es un hecho que Engels señala y critica en una carta a Bloch de septiembre de 1890 (y en muchos otros textos): «*Según la concepción materialista de la historia, el factor determinante de la historia es, en última instancia, la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca otra cosa. Si luego alguien retuerce esta formulación para hacerle decir que el factor económico es el único determinante, la transforma en una frase vacía, abstracta, absurda. La situación económica es la base, pero los diversos elementos de la superestructura - las formas políticas de la lucha de clases y sus resultados, - las constituciones establecidas una vez ganada la batalla por la clase victoriosa, etc., - las formas jurídicas, e incluso los reflejos de todas estas luchas reales en el cerebro de los participantes, las teorías políticas, jurídicas, filosóficas, las concepciones religiosas y su posterior desarrollo en sistemas dogmáticos, también ejercen su acción en el curso de las luchas históricas, y en muchos casos determinan predominantemente su forma. Hay acción y reacción de todos estos factores dentro de los*

cuales el movimiento económico acaba abriéndose paso como una necesidad a través de la infinita cantidad de contingencias (...)».

Obviamente, no se puede pedir a los “expertos” burgueses que se basen en el método marxista. Por otra parte, es triste constatar que muchas organizaciones que se declaran explícitamente marxistas y que defienden efectivamente este método con respecto a los principios fundamentales del movimiento obrero, como el internacionalismo proletario, no siguen la visión de Engels sobre las causas de las guerras, sino la que él critica. Así, en relación con la Guerra del Golfo de 1990-91, leemos lo siguiente: «*Estados Unidos definió sin tapujos el “interés nacional americano” que le hizo actuar: garantizar un suministro estable de petróleo producido en el Golfo a un precio razonable: el mismo interés que le hizo apoyar a Irak contra Irán le hace ahora apoyar a Arabia Saudí y a las petro monarquías contra Irak.*» (Folleto del PCI - El Proletario) O también: «*De hecho, la crisis del Golfo es realmente una crisis por el petróleo y por quien lo controla. Sin petróleo barato, los beneficios caerán. Los beneficios del capitalismo occidental están amenazados y es por esta razón y no otra por la que EEUU está preparando un baño de sangre en Oriente Medio...*» (Folleto de la CWO, sección de la Tendencia Comunista Internacionalista en el Reino Unido). Un análisis completado por la sección de la TCI en Italia, Battaglia Comunista: «*El petróleo, presente directa o indirectamente en casi todos los ciclos productivos, tiene un peso determinante en el proceso de formación de la renta de monopolio y, en consecuencia, el control de su precio es de vital importancia (...). Con una economía que muestra claramente signos de recesión, una deuda pública de proporciones asombrosas, un aparato productivo con un fuerte déficit de productividad en comparación con sus competidores europeos y japoneses, Estados Unidos no puede permi-*

tirse en absoluto en estos momentos perder el control de una de las variables fundamentales de toda la economía mundial: el precio del petróleo. Lo que ha sucedido durante más de 30 años en Oriente Medio ha desmentido ese análisis. Las diversas aventuras de EEUU en esta región (como la guerra iniciada en 2003 por la administración Bush junior) han tenido un coste económico para la burguesía estadounidense incomparablemente mayor que todo lo que ha ganado con el control del precio del petróleo (si es que ha podido ejercer dicho control gracias a estas guerras).

Hoy, la guerra en Ucrania no puede tener objetivos económicos directos. Ni para Rusia, que inició las hostilidades el 24 de febrero de 2022, ni para Estados Unidos, que durante más de dos décadas ha aprovechado el debilitamiento de Rusia tras la caída de su imperio en 1989 para impulsar la expansión de la OTAN hasta sus fronteras. Si Rusia consigue establecer el control sobre nuevas partes de Ucrania, tendrá que hacer frente a enormes gastos para reconstruir las zonas que está asolando. Además, a largo plazo, las sanciones económicas que están aplicando los países occidentales debilitarán aún más su ya débil economía. Por parte de Occidente, estas mismas sanciones también tendrán un coste considerable, por no hablar de la ayuda militar a Ucrania, que ya asciende a decenas de miles de millones de dólares. De hecho, la guerra actual es una ilustración más del análisis que hace la CCI de la cuestión de la guerra en el período de decadencia del capitalismo y especialmente en la fase de descomposición que constituye la culminación de esta decadencia.

2) Desde principios del siglo XX, el movimiento obrero ha destacado el imperialismo y la guerra imperialista como la manifestación más significativa de la entrada del modo de producción capitalista en su fase de declive histórico, su decadencia. Este cambio de época histórica supuso un cambio fundamental en las causas de las guerras. La Izquierda Comunista de Francia ha precisado de manera radiante las características de esta modificación:

«en la época del capitalismo ascendente, las guerras (nacionales, coloniales y de conquista imperialista) expresaban la marcha ascendente de la fermentación, el fortalecimiento y

la ampliación del sistema económico capitalista. La producción capitalista encontró en la guerra la continuación de su política económica por otros medios. Cada guerra se justificaba y pagaba por sí misma abriendo un nuevo campo de mayor expansión, asegurando el desarrollo de una mayor producción capitalista.

En la era del capitalismo decadente, la guerra -como la paz- expresa esta decadencia y contribuye poderosamente a su aceleración.

Sería un error considerar la guerra como un fenómeno propio, negativo por definición, destructivo y un obstáculo para el desarrollo de la sociedad, en contraste con la paz, que se presentará como el curso positivo normal del desarrollo continuo de la producción y la sociedad. Esto introduciría un concepto moral en un curso objetivo y económicamente determinado.

La guerra fue el medio indispensable para que el capitalismo abriera las posibilidades de un mayor desarrollo, en un momento en que estas posibilidades existían y sólo podían abrirse por medio de la violencia. Del mismo modo, el colapso del mundo capitalista, habiendo agotado históricamente todas las posibilidades de desarrollo, encuentra en la guerra moderna, la guerra imperialista, la expresión de este colapso que, sin abrir ninguna posibilidad de desarrollo ulterior para la producción, no hace más que engullir las fuerzas productivas en el abismo y acumular ruina sobre ruina a un ritmo acelerado.

En el régimen capitalista no hay una oposición fundamental entre la guerra y la paz, pero sí hay una diferencia entre las dos fases ascendente y decadente de la sociedad capitalista y, por tanto, una diferencia en la función de la guerra (en la relación de la guerra y la paz) en las dos fases respectivas.

Mientras que en la primera fase la función de la guerra es asegurar una expansión del mercado, con vistas a una mayor producción de bienes de consumo, en la segunda fase la producción se orienta esencialmente a la producción de medios de destrucción, es decir, con vistas a la guerra. La decadencia de la sociedad capitalista encuentra su expresión más llamativa en el hecho de que de las guerras por el desarrollo económico (período ascendente), la actividad

económica se limita esencialmente a la guerra (período decadente).

Esto no significa que la guerra se haya convertido en el objetivo de la producción capitalista, el objetivo sigue siendo siempre para el capitalismo la producción de plusvalía, pero sí significa que la guerra, adquiriendo un carácter de permanencia, se ha convertido en el modo de vida del capitalismo decadente». (Informe a la Conferencia de la Izquierda Comunista de Francia de julio de 1945, recogido en el "Informe sobre la trayectoria histórica" adoptado en el III Congreso de la CCI, Revista Internacional nº 18)

Este análisis, formulado en 1945, ha demostrado ser fundamentalmente válido desde entonces, incluso en ausencia de una nueva guerra mundial. Desde entonces, el mundo ha vivido más de un centenar de guerras que han causado al menos tantas muertes como la Segunda Guerra Mundial. Una situación que continuó, e incluso se intensificó, tras el colapso del bloque del Este y el fin de la "Guerra Fría", que fue la primera gran manifestación de la entrada del capitalismo en su fase de descomposición. Nuestro texto de 1990 ya lo anunciaba: *«La descomposición general de la sociedad constituye la última fase del período de decadencia del capitalismo. En este sentido, en esta fase no se cuestionan las características propias del período de decadencia: la crisis histórica de la economía capitalista, el capitalismo de Estado y, también, los fenómenos fundamentales del militarismo y el imperialismo. Además, en la medida en que la descomposición es la culminación de las contradicciones en las que el capitalismo se debate cada vez más desde el comienzo de su decadencia, las características de este período se agravan aún más en su fase final. (...) Así como el fin del estalinismo no pone en cuestión la tendencia histórica hacia el capitalismo de Estado, del que era una manifestación, la actual desaparición de los bloques imperialistas no puede implicar el más mínimo cuestionamiento del dominio del imperialismo sobre la vida de la sociedad. La diferencia fundamental es que mientras el fin del estalinismo corresponde a la eliminación de una forma particularmente aberrante de capitalismo de Estado, el fin de los bloques sólo abre la puerta a una forma aún más bárbara, aberrante y*

caótica de imperialismo». La Guerra del Golfo en 1990-91, las guerras en la antigua Yugoslavia a lo largo de la década de 1990, la guerra de Irak a partir de 2003, que duró 11 años, la guerra de Afganistán, que ha durado unos 20 años, y muchas otras guerras menores, especialmente en África, han confirmado este pronóstico.

Hoy, la guerra en Ucrania, es decir, en el corazón de Europa, ha venido a ilustrar una vez más esta realidad y a una escala mucho mayor. Es una confirmación elocuente de la tesis de la CCI sobre la completa irracionalidad de la guerra en la decadencia del capitalismo desde el punto de vista de los intereses globales de este sistema (véase el texto “Significado e impacto de la guerra en Ucrania”, Revista Internacional n.º 168, aprobado en mayo de 2022).

3) De hecho, incluso si la distinción entre las guerras del siglo XIX y las del siglo XX, tal como se hace en el texto de 1945 de la GCF, es perfectamente válida, incluso si la idea de que *«La decadencia de la sociedad capitalista encuentra su viva expresión en el hecho de que de las guerras en vista del desarrollo económico (período ascendente), la actividad económica se restringe esencialmente en vista de la guerra (período decadente)»* es globalmente correcta, no se puede atribuir una causa directamente económica a cada una de las guerras del siglo XIX. Por ejemplo, las guerras napoleónicas tuvieron un coste catastrófico para la burguesía francesa, que acabó por debilitarla considerablemente frente a la burguesía inglesa, facilitando el camino de esta última hacia su dominio a mediados del siglo XIX. Lo mismo ocurre con la guerra de 1870 entre Prusia y Francia. En este último caso, Marx (en el “Primer discurso del Consejo General sobre la guerra franco-alemana”) utiliza el término “guerra dinástica” utilizado por los trabajadores franceses y alemanes para describir esta guerra. Del lado alemán, el rey de Prusia pretendía construir un imperio agrupando en torno a su corona a la multitud de pequeños estados germánicos que hasta entonces sólo habían conseguido formar una unión aduanera (Zollverein).

La anexión de Alsacia-Lorena fue el regalo de este matrimonio. Para Napoleón III, la guerra consistía fundamentalmente en reforzar

una estructura política, el Segundo Imperio, amenazada por el desarrollo industrial de Francia. En el lado prusiano, más allá de las ambiciones del monarca, la guerra creó una unidad política de Alemania que sentó las bases para el pleno desarrollo industrial de ese país, mientras que en el lado francés fue totalmente reaccionaria. De hecho, el ejemplo de esta guerra ilustra perfectamente la presentación del materialismo histórico de Engels. Muestra las superestructuras de la sociedad, especialmente las políticas e ideológicas (la forma de gobierno y la creación del sentimiento nacional), que juegan un papel muy importante en el curso de los acontecimientos. Al mismo tiempo, se considera que la base económica de la sociedad es la responsable última de la realización del desarrollo industrial de Alemania y, por tanto, del capitalismo en su conjunto.

De hecho, los análisis que pretenden ser “materialistas” buscando una causa económica en todas las guerras olvidan que el materialismo marxista también es dialéctico. Y este “olvido” se convierte en un obstáculo considerable para la comprensión de los conflictos imperialistas de nuestro tiempo, que está precisamente marcado por el considerable refuerzo del militarismo en la vida de la sociedad.

4) El texto de 1990 “Militarismo y descomposición” dedica una parte importante al lugar que iba a ocupar el poderío estadounidense en los conflictos imperialistas del período que se iniciaba: *«En el nuevo período histórico en el que hemos entrado, y los acontecimientos del Golfo acaban de confirmarlo, el mundo se presenta como una inmensa batalla campal, en la que la tendencia al “sálvese quien pueda” jugará a fondo, en la que las alianzas entre Estados no tendrán, ni mucho menos, el carácter de estabilidad que caracterizaba a los bloques, sino que estarán dictadas por las necesidades del momento. Un mundo de desorden asesino, de caos sangriento en el que el policía estadounidense tratará de garantizar un mínimo de orden mediante el uso cada vez más masivo y brutal de su poder militar»*. Estados Unidos ha seguido desempeñando este papel de “policia mundial”, en cierto modo, tras el colapso de su rival de la Guerra Fría, como se ha visto en Yugoslavia, en particular a finales de la década de 1990, y especialmente en Oriente Medio desde principios del siglo XXI

(Afganistán e Irak, en particular). También han asumido este papel en Europa integrando a nuevos países en la organización militar que controlan, la OTAN, países que antes formaban parte del Pacto de Varsovia o incluso de la URSS (Bulgaria, Estonia, Hungría, Letonia, Lituania, Polonia, República Checa, Rumanía, Eslovaquia). La cuestión que se planteó ya en 1990, con el fin del reparto del mundo entre el bloque occidental y el bloque oriental, fue la de la instauración de un nuevo reparto del mundo como había sucedido después de la Segunda Guerra Mundial: *«Hasta ahora, en el período de la decadencia, nunca se ha prolongado una situación de dispersión de los antagonismos imperialistas, de ausencia de reparto del mundo (o de sus zonas decisivas) entre dos bloques. La desaparición de las dos constelaciones imperialistas surgidas de la Segunda Guerra Mundial trae consigo la tendencia a la recomposición de dos nuevos bloques»*. (“Tras el derrumbe del bloque del Este, desestabilización y caos”, Revista Internacional n.º 61) Al mismo tiempo, este texto señalaba todos los obstáculos que se oponen a dicho proceso, en particular el que representa la descomposición del capitalismo: *«la tendencia a un nuevo reparto del mundo entre dos bloques militares se ve frustrada, e incluso puede verse definitivamente comprometida, por el fenómeno cada vez más profundo y generalizado de la descomposición de la sociedad capitalista, como ya hemos puesto de relieve»*. Este análisis fue desarrollado en el texto de orientación “Militarismo y descomposición” y, tres décadas después, la ausencia de tal división del mundo entre dos bloques militares lo ha confirmado. El texto “Significado e impacto de la guerra en Ucrania” desarrolla este tema, basándose en gran medida en el texto de 1990 para destacar que la reconstitución de dos bloques imperialistas que se reparten el planeta todavía no está en la agenda. Quizá convenga recordar lo que escribimos en 1990:

«... al comienzo del período de decadencia, y hasta los primeros años de la Segunda Guerra Mundial, podía haber una cierta “paridad” entre los diferentes socios de una coalición imperialista, aunque siempre se sentía la necesidad de un líder. Por ejemplo, en la Primera Guerra Mundial no hubo una disparidad fundamental en el poder militar ope-

rativo entre los tres “vencedores”: Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos. Esta situación ya había cambiado drásticamente en la Segunda Guerra Mundial, cuando los “vencedores” quedaron bajo la estrecha dependencia de Estados Unidos, que tenía una considerable superioridad sobre sus “aliados”. Se acentuó aún más durante todo el periodo de la “Guerra Fría” (que acaba de terminar), cuando cada jefe de bloque, los EE.UU. y la URSS, especialmente a través del control de las armas nucleares más destructivas, tenía una superioridad absolutamente abrumadora sobre los otros países de su bloque. La razón de esta tendencia es que, a medida que el capitalismo se hundía en la decadencia:

- lo que está en juego y la escala de los conflictos entre bloques es cada vez más global y general (cuantos más gánsteres haya que controlar, más poderoso tiene que ser el “capo”);

- El armamento requiere inversiones cada vez más enormes (en particular, sólo los países muy grandes podrían proporcionar los recursos necesarios para construir un arsenal nuclear completo y dedicar recursos suficientes a la investigación de las armas más sofisticadas);

- y, sobre todo, las tendencias centrífugas entre todos los Estados, resultantes de la exacerbación de los antagonismos nacionales, no pueden sino aumentar.

Este último factor es como el capitalismo de Estado: cuanto más tienden a desgarrarse las distintas fracciones de una burguesía nacional con el agravamiento de la crisis que agita su competencia, más debe fortalecerse el Estado para poder ejercer su autoridad sobre ellas. Del mismo modo, cuantos más estragos causa la crisis histórica, y su forma abierta, más fuerte debe ser la cabeza de un bloque para contener y controlar las tendencias a su dislocación entre las diferentes fracciones nacionales que lo componen. Y está claro que en la última fase de la decadencia, la de la descomposición, tal fenómeno no puede sino agravarse a una escala considerable.

Es por este conjunto de razones, y sobre todo por la última, que la reconstitución de un nuevo par de bloques imperialistas no sólo no es posible durante muchos años, sino que es muy posible que no vuelva a

producirse: la revolución o la destrucción de la humanidad ocurren antes de ese momento.»

Hoy en día, este análisis sigue siendo totalmente válido, pero debemos señalar que en el texto de 1990 omitimos por completo considerar que China podría convertirse un día en una nueva cabeza de bloque, mientras que ahora está claro que este país se está convirtiendo en el principal rival de Estados Unidos. Detrás de esta omisión había un importante error de análisis: no habíamos considerado la posibilidad de que China se convirtiera en una gran potencia económica, lo cual es una condición para que un país pueda reclamar el papel de líder de un bloque imperialista. Esto es lo que la burguesía china ha entendido muy bien: sólo podrá competir con la burguesía estadounidense en el plano militar si adquiere una potencia económica y tecnológica capaz de apoyar su poderío militar, de lo contrario correrá la misma suerte que la Unión Soviética a finales de los años ochenta. Esta es una de las razones por las que, aunque China extiende cada vez más sus ambiciones militares (especialmente en relación con Taiwán), no puede todavía, y durante mucho tiempo, pretender reunir en torno a sí un nuevo bloque imperialista.

5) La guerra en Ucrania ha reavivado la preocupación por una tercera guerra mundial, especialmente con las posturas de Putin sobre las armas nucleares. Es importante señalar que se trata de la guerra mundial como de los bloques imperialistas. De hecho, una guerra mundial es la última fase de la constitución de los bloques. Más concretamente, es debido a la existencia de bloques imperialistas constituidos que una guerra que inicialmente sólo afecta a un número limitado de países degenera, mediante el juego de alianzas, en una conflagración generalizada. Así, el estallido de la Primera Guerra Mundial, cuyas causas históricas profundas fueron la agudización de las rivalidades imperialistas entre las potencias europeas, tomó la forma de una serie de situaciones en las que los distintos aliados fueron entrando en el conflicto: Austria-Hungría, con el apoyo de su aliada Alemania, quería aprovechar el asesinato del heredero al trono en Sarajevo el 28 de junio de 1914 para poner en jaque al Reino de Serbia, al que acusaban de azuzar el nacionalismo de las minorías serbias

en el Imperio Austrohúngaro. Este país recibió inmediatamente el apoyo de su aliado ruso, que también había formado la “Triple Entente” con Gran Bretaña y Francia. A principios de agosto de 1914, todos estos países entraron en guerra, lo que arrastró a otros estados como Japón, Italia en 1915 y Estados Unidos en 1917. Del mismo modo, en septiembre de 1939, cuando Alemania atacó a Polonia, fue la existencia de un tratado que databa de 1920 entre Polonia, el Reino Unido y Francia lo que llevó a estos dos países a declarar la guerra a Alemania, a pesar de que sus burguesías no deseaban especialmente ese conflicto, como se demostró un año antes con la firma del Acuerdo de Munich. El conflicto entre las tres principales potencias europeas se extendió rápidamente a todo el mundo. En la actualidad, el artículo 5 de los estatutos de la OTAN establece que un ataque a uno de sus miembros se considera un ataque a todos los aliados. Por eso los países que pertenecían al Pacto de Varsovia antes de 1989 (e incluso a la Unión Soviética, como los Estados bálticos) se unieron con entusiasmo a la OTAN: era una garantía de que la vecina Rusia no intentaría atacarlos. Una actitud que Finlandia y Suecia acaban de adoptar tras décadas de “neutralidad”. Por eso también Putin no podía aceptar una situación en la que el Estado ucraniano corriera el riesgo de entrar en la OTAN, como estaba escrito en su constitución.

Por lo tanto, la ausencia de una división del mundo en dos bloques significa que una tercera guerra mundial no está en la agenda en la actualidad y puede que no lo esté nunca. Sin embargo, sería irresponsable subestimar la gravedad de la situación mundial. Como escribimos en enero de 1990:

«Por eso es fundamental señalar que, si la solución del proletariado -la revolución comunista- es la única que puede oponerse a la destrucción de la humanidad (que constituye la única “respuesta” que la burguesía puede dar a su crisis), esta destrucción no resultaría necesariamente de una tercera guerra mundial. También podría resultar de la continuación, hasta sus consecuencias extremas (catástrofes ecológicas, epidemias, hambrunas, guerras locales desastrosas, etc.) de esta descomposición.

La alternativa histórica “Socialismo o Barbarie”, tal y como la puso

de manifiesto el marxismo, después de haberse concretado en la forma de "Socialismo o guerra mundial imperialista" durante la mayor parte del siglo XX, se había aclarado en la terrorífica forma de "Socialismo o Destrucción de la Humanidad" durante las últimas décadas debido al desarrollo de los armamentos atómicos. Hoy, tras el colapso del bloque del Este, esta perspectiva sigue siendo bastante válida. Pero hay que subrayar que esa destrucción puede provenir de la guerra imperialista generalizada o de la decadencia de la sociedad". («Tras el colapso del bloque del Este, desestabilización y caos», Revista Internacional n.º 61)

Las tres décadas transcurridas desde la adopción de este documento por parte de la CCI han dejado claro que, incluso al margen de una tercera guerra mundial, «las catástrofes ecológicas, las epidemias, las hambrunas y las guerras locales desatadas» son los cuatro jinetes del apocalipsis que amenazan la supervivencia de la humanidad.

6) El texto de orientación "Militarismo y descomposición" concluyó con una sección sobre "El proletariado frente a la guerra imperialista". Dada la importancia de esta cuestión, puede valer la pena citar grandes extractos de esta sección en lugar de parafrasearla:

«Más que nunca, por tanto, la cuestión de la guerra sigue siendo central en la vida del capitalismo. Por eso, más que nunca, es fundamental para la clase obrera. La importancia de esta cuestión no es obviamente nueva. Ya era central antes de la Primera Guerra Mundial (como demuestran los congresos internacionales de Stuttgart en 1907 y Basilea en 1912). Se volvió aún más decisivo, por supuesto, durante la primera matanza imperialista (como lo demuestra la lucha de Lenin, Rosa Luxemburg, Liebknecht y la revolución en Rusia y Alemania). Sigue siendo aguda entre las dos guerras mundiales, en particular durante la guerra de España, por no hablar de la importancia que adquiere durante el mayor holocausto de este siglo, entre 1939 y 1945. (...) De hecho, desde principios del siglo [XX], la guerra es la cuestión más decisiva a la que se enfrentan el proletariado y sus minorías revolucionarias, muy por delante de las cuestiones sindicales o parlamentarias, por ejemplo. Y

sólo podría serlo en la medida en que la guerra constituye la forma más concentrada de la barbarie del capitalismo decadente, la que expresa su agonía y la amenaza que supone para la supervivencia de la humanidad.

En el período actual, en el que, aún más que en las décadas pasadas, la barbarie bélica (...) será un rasgo permanente y omnipresente de la situación mundial, implicando cada vez más a los países desarrollados (dentro de los límites que el proletariado de estos países podrá establecer), la cuestión de la guerra es aún más esencial para la clase obrera. La CCI ha dejado claro desde hace tiempo que, a diferencia del pasado, el desarrollo de la próxima ola revolucionaria no vendrá de la guerra sino del agravamiento de la crisis económica. Este análisis sigue siendo totalmente válido: las movilizaciones obreras, punto de partida de las grandes luchas de clase, provendrán de los ataques económicos. Asimismo, en el plano de la conciencia, el agravamiento de la crisis será un factor fundamental para revelar el impasse histórico del modo de producción capitalista. Pero, en este mismo nivel de conciencia, la cuestión de la guerra está llamada, una vez más, a desempeñar un papel de primer orden:

- al destacar las consecuencias fundamentales de este impasse histórico: la destrucción de la humanidad;

- al constituir la única consecuencia objetiva de la crisis, de la decadencia y de la descomposición que el proletariado puede ya limitar (frente a las otras manifestaciones de la descomposición) en la medida en que, en los países centrales, no se encuentra, por el momento, envuelto detrás de las banderas nacionalistas. (Punto 13)

«Es cierto que la guerra puede ser utilizada contra la clase obrera con mucha más facilidad que la propia crisis y los ataques económicos:

- puede fomentar el desarrollo del pacifismo;

- puede darle una sensación de impotencia, permitiendo a la burguesía colocar sus ataques económicos». (Punto 14)

Hoy, la guerra en Ucrania provoca efectivamente un sentimiento de impotencia entre los proletarios, cuando no conduce a un dramático enrolamiento y al triunfo del chau-

vinismo como ocurre en este país y también, en parte, en Rusia. En los países occidentales, permite incluso un cierto refuerzo de la ideología democrática gracias a los torrentes de propaganda transmitidos por los medios de comunicación "Main Stream". Veríamos un enfrentamiento entre el "mal", la "dictadura" (Putin), por un lado, y el "bien", la "democracia" (Zelensky y sus partidarios occidentales), por otro. Esta propaganda fue obviamente menos efectiva en 2003, cuando el "jefe" de la "Gran Democracia Americana", Bush hijo, hizo lo mismo que Putin al lanzar la guerra contra Irak (uso de una enorme mentira, violación del "derecho internacional" de la ONU, uso de armas "prohibidas", bombardeo de poblaciones civiles, "crímenes de guerra").

Dicho esto, es importante tener en cuenta el análisis que la CCI ha desarrollado en torno a la cuestión del "eslabón más débil", destacando la diferencia entre el proletariado de los países centrales, y en particular el de Europa Occidental, y el de los países de la periferia y del antiguo bloque "socialista" (véanse en particular nuestros artículos "El proletariado de Europa Occidental en el centro de la generalización de la lucha de clases, crítica de la teoría del eslabón más débil" en la Revista Internacional n.º 31 y "Debate : Sobre la crítica de la "teoría del eslabón más débil" en la Revista Internacional n.º 37). La guerra entre Rusia y Ucrania pone de manifiesto la gran debilidad política del proletariado en estos países. La guerra actual también tendrá un impacto político negativo en el proletariado de los países centrales, pero no significa que el renacimiento de las ideas democráticas que experimenta lo paralice definitivamente. En particular, ya está sufriendo las consecuencias de esta guerra a través de los ataques económicos que acompañan al espectacular aumento de la inflación (que había comenzado antes del estallido de la guerra, pero que la guerra está acentuando). Necesariamente, tendrá que emprender el camino de la lucha de clases contra estos ataques.

«En la actual situación histórica, la intervención de los comunistas en el seno de la clase está determinada, además, obviamente, por la considerable agravación de la crisis económica y los consiguientes ataques al conjunto del proletariado, por:

- la importancia fundamental de la cuestión de la guerra;

- el papel decisivo de los revolucionarios para que la clase tome conciencia de la gravedad de lo que está en juego.

Por lo tanto, es importante que esta cuestión esté siempre en el primer plano de la propaganda revolucionaria. Y en períodos, como el actual, en que esta cuestión está en el primer plano inmediato de los asuntos internacionales, es importante que aprovechen la especial conciencia de los trabajadores sobre este tema dándole una prioridad y un énfasis especiales.

En particular, las organizaciones revolucionarias tendrán el deber de

- denunciar con la máxima virulencia la repulsiva hipocresía de los izquierdistas que, en nombre del "internacionalismo" y de la "lucha contra el imperialismo", piden en realidad el apoyo a uno de los campos imperialistas;

- arrastrar por el barro las campañas pacifistas que constituyen un medio privilegiado para desmovilizar a la clase obrera en su lucha contra el capitalismo arrastrándola por el terreno podrido del inter clasismo;

- subrayar la gravedad de las cuestiones que están en juego en el período actual, en particular comprendiendo plenamente todas las implicaciones de las considerables conmociones que acaba de sufrir el mundo, y en particular el período de caos en el que ha entrado». (Ibíd. Punto 15)

7) Estas orientaciones planteadas hace más de 30 años siguen siendo totalmente válidas en la actualidad. Pero, en nuestra propaganda frente a la guerra imperialista, también es necesario recordar nuestro análisis de las condiciones de la generalización de las luchas revolucionarias, análisis desarrollado notablemente en nuestro texto de 1981 «Las condiciones históricas de la generalización de la lucha de la clase obrera» (Revista Internacional n° 26). Durante décadas, los revolucionarios, basándose en los ejemplos de la Comuna de París (que siguió a la guerra franco-prusiana), de la revolución de 1905 en Rusia (durante la guerra ruso-japonesa), de 1917 en este mismo país, de 1918 en Alemania, consideraron que la guerra imperialista creaba las mejores condiciones para la revolución proletaria, o incluso que ésta sólo podía surgir

de la guerra mundial. Este es un análisis que sigue estando muy extendido entre los grupos de la izquierda comunista, lo que explica en parte su incapacidad para entender la cuestión del curso histórico. Sólo la CCI ha cuestionado claramente este análisis y ha vuelto al análisis "clásico" desarrollado por Marx y Engels en su época (y en parte por Rosa Luxemburgo), considerando que la lucha revolucionaria del proletariado surgiría del colapso económico del capitalismo y no de la guerra entre estados capitalistas.

Los argumentos esgrimidos en apoyo de nuestro análisis pueden resumirse como sigue:

a) Si en un país la guerra provoca reacciones masivas del proletariado, la burguesía de ese país tiene una carta importante para tirar de la manta de esas reacciones: el cese de las hostilidades, la salida de la guerra. Esto es lo que ocurrió en noviembre de 1918 en Alemania, donde la burguesía, instruida por el ejemplo de la revolución en Rusia, firmó inmediatamente el armisticio con los países de la Entente pocos días después de la insurrección de los marineros del Báltico. Por otra parte, ninguna burguesía está en condiciones de superar las convulsiones económicas que estarían en el origen de la lucha masiva y generalizada del proletariado.

b) «... la guerra produce tanto vencedores como vencidos, al mismo tiempo que la rabia revolucionaria contra la burguesía, se produce también una tendencia revanchista en la población. Y esta tendencia revanchista penetra incluso en las filas de los revolucionarios, como lo demuestra la tendencia del "nacional-comunismo" en el K.A.P.D. y la lucha contra el Tratado de Versalles, que se convertirá en el eje de la propaganda del K.P.D. Peor aún es el efecto producido en los trabajadores de los países vencedores. Como ya ha demostrado la primera posguerra, y más aún la segunda, lo que prevalece, junto a una real y lenta reanudación de la lucha de clases, es un espíritu de lasitud, cuando no un delirio chauvinista del todo.» (Ibíd.)

c) La burguesía ha aprendido las lecciones de la Primera Guerra Mundial y la ola revolucionaria que provocó. Por un lado, consideró que era necesario asegurar un aplastamiento político completo del proletariado en los países centrales antes de entrar

en la Segunda Guerra Mundial. Esto lo consiguió con el establecimiento del terror nazi en el lado alemán y la incitación antifascista en el lado aliado. Por otra parte, la clase dominante adoptó múltiples medidas para impedir o cortar de raíz cualquier levantamiento proletario durante o al final de la guerra, especialmente en los países derrotados. «En Italia, donde el peligro era mayor [tras las batallas obreras que afectaron al Norte industrial a partir de marzo de 1943], la burguesía (...) se apresuró a cambiar de régimen y luego de alianzas [El Rey depuso a Mussolini y lo sustituyó por el almirante pro aliado Badoglio]. En otoño de 1943, Italia estaba dividida en dos, el sur en manos de los aliados, el resto ocupado por los nazis. Siguiendo el consejo de Churchill ("hay que dejar que Italia se cueza en su propia salsa"), los aliados retrasaron su avance hacia el norte, consiguiendo así un doble resultado: por un lado, se dejó que el ejército alemán reprimiera el movimiento proletario; por otro, se encomendó a las fuerzas "antifascistas" la tarea de desviar ese mismo movimiento del terreno de la lucha anticapitalista al de la lucha antifascista. (...) En Alemania (...) la burguesía mundial está llevando a cabo una acción sistemática para evitar que vuelvan a producirse acontecimientos similares a los de 1918-19. En primer lugar, poco antes del final de la guerra, los aliados procedieron a un exterminio masivo de las poblaciones de los barrios obreros mediante bombardeos sin precedentes de grandes ciudades como Hamburgo o Dresde (...). Estos objetivos no tienen ningún valor militar (además, los ejércitos alemanes ya están en plena huida): se trata realmente de aterrorizar e impedir cualquier organización del proletariado. En segundo lugar, los Aliados rechazaron cualquier idea de armisticio hasta que no hubieran ocupado todo el territorio alemán: querían administrar este territorio directamente, sabiendo que la burguesía alemana derrotada podría no ser capaz de controlar la situación por sí sola. Finalmente, tras la capitulación de ésta, y en estrecha colaboración con ella, los aliados retuvieron a los prisioneros de guerra alemanes durante muchos meses para evitar la mezcla explosiva que podría haber provocado su encuentro con la población civil. En Polonia, durante la segunda mitad de 1944, fue el Ejér-

cito Rojo el que dejó a las fuerzas nazis el trabajo sucio de masacrar a los obreros insurgentes de Varsovia: el Ejército Rojo esperó durante meses, a pocos kilómetros de la ciudad, a que las tropas alemanas sofocaran la revuelta. Lo mismo ocurrió en Budapest a principios de 1945». (“Lucha de clases contra la guerra imperialista: luchas obreras en Italia 1943”, Revista Internacional n° 75)

d) La emergencia revolucionaria del proletariado durante la Primera Guerra Mundial se vio favorecida por las características de ésta: predominio de los enfrentamientos entre soldados de infantería, guerra de trincheras que facilitaba las confraternizaciones entre los soldados de los dos bandos que se encontraban durante largos períodos a pocos metros de distancia. La Segunda Guerra Mundial no adoptó la forma de una guerra de trincheras, sino que se caracterizó por el uso masivo de medios mecánicos y tecnológicos, en particular el blindaje y la aviación, tendencia que no ha hecho más que acentuarse desde entonces, ya que los Estados recurren cada vez más a ejércitos profesionales capaces de utilizar armas cada vez más sofisticadas, lo que limita enormemente las posibilidades de confraternización directa entre los combatientes de ambos bandos. Finalmente, “last but not least”, una tercera guerra mundial apelaría, en un momento u otro, a las armas nucleares, lo que evidentemente resuelve radicalmente la cuestión de la posibilidad de una emergencia proletaria en su seno.

8) En el pasado hemos criticado la consigna del “derrotismo revolucionario”. Esta consigna fue planteada durante la Primera Guerra Mundial, en particular por Lenin, y se basaba en una preocupación fundamentalmente internacionalista: la denuncia de las mentiras difundidas por los social chovinistas que afirmaban que era necesario que su país obtuviera la victoria antes de permitir que los proletarios de ese país emprendieran la lucha por el socialismo. Frente a estas mentiras, los internacionalistas señalaron que no era la victoria de un país lo que favorecía la lucha de los proletarios de ese país contra su burguesía sino, por el contrario, su derrota (como ilustran los ejemplos de la Comuna de París tras la derrota de Prusia y de la Revolución de 1905 tras la debacle de Rusia contra Japón). Posteriormente, esta consigna de “derrotismo revolucionario” se

interpretó como el deseo del proletariado de cada país de ver derrotada a su propia burguesía para favorecer la lucha por su derrocamiento, lo que obviamente da la espalda a un verdadero internacionalismo. En realidad, el propio Lenin (que en 1905 había saludado la derrota de Rusia ante el Japón) planteó sobre todo la consigna de “transformar la guerra imperialista en una guerra civil”, que constituía una concreción de la enmienda que, junto con Rosa Luxemburg y Márkov, había presentado y adoptado en el Congreso de la Internacional Socialista de Stuttgart en 1907: *«En caso de que estalle la guerra, sin embargo, [los partidos socialistas] tienen el deber de interceder para ponerle fin rápidamente y utilizar con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada por la guerra para agitar a las capas populares más profundas y precipitar la caída de la dominación capitalista.»*

La revolución en Rusia en 1917 fue una brillante concreción de la consigna “transformación de la guerra imperialista en guerra civil”: los proletarios volvieron contra sus explotadores las armas que éstos les habían confiado para masacrar a sus hermanos de clase en otros países. Dicho esto, como hemos visto anteriormente, aunque no se excluye que los soldados puedan volver sus armas contra sus oficiales (durante la guerra de Vietnam, sucedió que soldados estadounidenses mataron “accidentalmente” a sus superiores), tales hechos sólo podrían ser de escala muy limitada y no podrían constituir de ninguna manera la base de una ofensiva revolucionaria. Por eso, en nuestra propaganda, no sólo debemos plantear la consigna del “derrotismo revolucionario”, sino también la de “transformar la guerra imperialista en guerra civil”.

De manera más general, es responsabilidad de los grupos de la izquierda comunista hacer un balance de la posición de los revolucionarios frente a la guerra en el pasado, poniendo de relieve lo que sigue siendo válido (la defensa de los principios internacionalistas) y lo que ya no lo es (las consignas “tácticas”). En este sentido, si la consigna de “transformar la guerra imperialista en una guerra civil” no puede constituir una perspectiva realista desde ahora, es necesario, por otra parte, subrayar la validez de la enmienda adoptada en el Congreso de Stuttgart de 1907 y,

en particular, la idea de que los revolucionarios *«tienen el deber de utilizar con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada por la guerra para agitar las capas populares más profundas y precipitar la caída de la dominación capitalista»*. Evidentemente, esta consigna no es realizable de inmediato, dada la débil situación actual del proletariado, pero sigue siendo una señal para la intervención comunista en la clase.

CCI, mayo de 2022

☞ VIENE DE PAG. 3

guerra, empezando por el ahorro de energía y continuando con los recortes salariales y los despidos. La clase obrera, especialmente en los países centrales, se verá obligada a luchar para defender sus condiciones de vida. Es en esta lucha donde se forjarán las condiciones para que el proletariado recupere su identidad y su perspectiva revolucionaria. En la situación actual, esta lucha tendrá que llevar a comprender la relación entre los sacrificios de la retaguardia y el sacrificio supremo de la vida en el frente.

La intervención de los grupos revolucionarios (y de las minorías que los rodean) en la clase es indispensable. En la Primera Guerra Mundial, la Conferencia Internacionalista de Zimmerwald, censurada e inicialmente apenas conocida por el conjunto de la clase, representó un faro para el proletariado mundial en medio de la oscuridad de los campos de batalla. Aunque hoy los grupos revolucionarios son mucho menos reconocidos en la clase que entonces y la situación es diferente (no hay guerra generalizada ni derrota del proletariado), el método de Zimmerwald y la defensa por parte de las facciones de izquierda de la tradición y los principios históricos del proletariado que la socialdemocracia había traicionado siguen siendo muy actuales. El terreno de la defensa del internacionalismo proletario y de la herencia de la izquierda comunista es, en efecto, el que se reclama en la “Declaración conjunta de los grupos de la izquierda comunista” que publicamos en nuestro sitio web y en esta Revista.

Hic Rhodus, 05-07-2022

100 años después de la fundación de la Internacional comunista: ¿Qué lecciones para las luchas del futuro? (IV)

En las partes anteriores de esta serie hemos destacado las debilidades oportunistas sobre las que se constituyó la Internacional Comunista (IC) tanto programática como organizativamente¹. Esta parte tratará del último período de la IC como órgano de la clase obrera.

En los años siguientes al congreso fundacional y al IIº congreso, a pesar de los episodios de gran combatividad, continuó el reflujo de la ola revolucionaria. La clase obrera en Rusia está cada vez más aislada, los soviets mueren lentamente², el partido bolchevique se confunde cada vez más con el Estado, se burocratiza y sigue perdiendo su contenido proletario. Los levantamientos insurreccionales en Europa Occidental (Bulgaria,

Polonia, Alemania³), apoyados por la IC, mientras las condiciones se hacían cada vez más desfavorables, terminaron por desorientar y desmoralizar al proletariado mundial.

La IC sufre los efectos del aislamiento de la revolución sólo al bastión ruso y sigue la misma trayectoria que el partido bolchevique, donde la lógica del aparato se impone gradualmente a la aplicación de una auténtica política de clase. Su vitalidad política está muriendo, al igual que en el partido ruso, lo que le lleva a convertirse al final en una herramienta al servicio de los intereses imperialistas del Estado ruso. Después de haber encarnado la máxima expresión de la unidad del proletariado mundial en su lucha revolucionaria, la IC degenera.

Esta cuarta parte, por tanto, tratará de mostrar la forma en que se produjo esta trágica evolución política.

I.- El partido bolchevique ya no es lo que era

Los tres años de guerra civil entre 1918 y 1920 durante los cuales los ejércitos blancos y los batallones extranjeros pusieron a prueba la revolución, llevaron a la República de los Soviets a adoptar la política del “comunismo de guerra”. Pero lo que pretendía ser un conjunto de medidas de emergencia para hacer frente a una situación desesperada desembocó en la militarización de la sociedad bajo la autoridad del partido bolchevique y del Estado. Durante este período, que

exigió sacrificios muy fuertes para los trabajadores y otras capas sociales, se produjo un «*debilitamiento progresivo de los órganos de la dictadura del proletariado [los consejos obreros], y el desarrollo de tendencias e instituciones burocráticas*»⁴.

Si durante toda la duración de la guerra civil las penurias fueron relativamente bien soportadas por los obreros y pequeños campesinos, no fue así después. La guerra civil había dejado la situación social en Rusia totalmente desamparada. La población carecía de todo, desde alimentos hasta combustible para soportar la dureza del invierno. Ya en el verano de 1920, los primeros signos de descontento se expresaron en el campo, sobre todo a través del levantamiento campesino de Tambov. Pero la agitación se extendió rápidamente a las ciudades, donde, junto a las reivindicaciones económicas, los trabajadores exigían también el fin del comunismo de guerra. Por lo tanto, estas huelgas no sólo fueron una reacción al deterioro de las condiciones de vida, sino que también marcaron el deseo de volver a situar a los soviets en el centro de la toma de decisiones políticas. En este contexto estalló el levantamiento de los marineros de Kronstadt el 28 de febrero de 1921. Como reacción a los brutales métodos de requisición de grano perpetrados por los destacamentos armados y a las privaciones sufridas por los obreros y los campesinos, los marineros

del acorazado Petropavlovsk se amotinaron y adoptaron una resolución de diez puntos cuya principal exigencia era la rápida regeneración del poder soviético. La revuelta de los marineros de Kronstadt se produjo «*en el curso de un movimiento de lucha de la clase obrera contra la burocratización del régimen, se identificó con esta lucha y se vio como un momento de su generalización*»(idem.).

La terrible represión del partido bolchevique contra los rebeldes marcó un verdadero punto de inflexión en la revolución. Al pasar por las armas a casi 10 000 marineros, el partido bolchevique cruzó la línea roja al ejercer la violencia dentro de la propia clase obrera. La dramática política llevada a cabo por la única organización que, hasta entonces, había sido capaz de defender la línea revolucionaria y el programa comunista marcó, en cierto modo, un punto de no retorno y una lenta pero irremediable ruptura entre los intereses del partido, cada vez más asimilado al Estado, y los de la clase obrera.

Si la clase obrera había logrado salir victoriosa de la guerra contra las fuerzas contrarrevolucionarias, la concentración de la autoridad en manos de la pareja partido-Estado constituía la otra cara de la moneda. Las disensiones en el seno del campo proletario sobre este tema, encarnadas en particular por las huelgas obreras de Moscú y Petrogrado y la revuelta de los marineros de Kronstadt, se habían expresado en el seno del propio partido desde el comienzo de la guerra civil. Llegaron a su punto álgido durante el 10º congreso del Par-

¹ Ver <https://es.internationalism.org/content/4422/centenario-de-la-fundacion-de-la-internacional-comunista-que-lecciones-se-pueden-sacar>, <https://es.internationalism.org/content/4482/100-anos-tras-la-fundacion-de-la-internacional-comunista-que-lecciones-podemos-extraer> y <https://es.internationalism.org/content/4648/100-anos-tras-la-fundacion-de-la-internacional-comunista-que-lecciones-podemos-extraer>

² Para un análisis del declive de los Consejos Obreros en Rusia después de 1918 ver los dos últimos artículos de la Serie ¿Qué son los Consejos Obreros? <https://es.internationalism.org/revista-internacional/201012/3004/que-son-los-consejos-obreros-iv-1917-21-los-soviets-tratan-de-ejer> y <https://es.internationalism.org/revista-internacional/201104/3086/que-son-los-consejos-obreros-v-los-soviets-ante-la-cuestion-del-es>

³ Véase en particular los artículos XII y XIII de la serie sobre la tentativa revolucionaria en Alemania: <https://es.internationalism.org/revista-internacional/199907/1163/xii-1923-la-burguesia-quiere-infligir-una-derrota-a-la-clase-obrera> y <https://es.internationalism.org/revista-internacional/199912/1154/xiii-1923-ii-una-derrota-que-rubrica-el-fin-de-la-oleada-revolucion>

⁴ «*Las enseñanzas de Kronstadt*», Revista Internacional nº3 [ehhttps://es.internationalism.org/revista-internacional/197507/940/las-enseñanzas-de-kronstadt](https://es.internationalism.org/revista-internacional/197507/940/las-enseñanzas-de-kronstadt)

tido Comunista Ruso (PCR)⁵ a través de la controversia sobre la cuestión sindical y las críticas del grupo de la Oposición Obrera dirigido por A. Kollontai y Shliapnikov. Desde el otoño de 1920, este grupo dentro del PCR se había estructurado durante el debate sobre el papel de los sindicatos en la dictadura del proletariado. Aunque el marco del debate seguía siendo profundamente inadecuado, la posición de la Oposición Obrera de que los sindicatos industriales debían gestionar la producción independientemente del Estado soviético⁶ expresaba, aunque *«de forma confusa y vacilante, la antipatía del proletariado hacia los métodos burocráticos y militares que se habían convertido cada vez más en el sello del régimen, y la esperanza de la clase obrera de que las cosas cambiarían ahora que los rigores de la guerra habían terminado»*⁷. Este debate dio lugar a feroces polémicas a lo largo del invierno de 1920-1921, cuando, según Lenin, el partido necesitaba más que nunca la unidad en sus filas, tal como lo expresó en el discurso de apertura del congreso: *«Compañeros, hemos vivido un año excepcional, nos hemos permitido el lujo de discutir y debatir en nuestro partido. Para un partido rodeado de enemigos, los más poderosos y fuertes que agrupan a todo el mundo capitalista, para un partido que soporta una carga increíble, este lujo fue realmente sorprendente. [...] En todo caso, cualesquiera que sean las discusiones que se hayan dado hasta ahora, cualesquiera que sean los debates que se hayan dado en nuestro país, cuando tenemos que enfrentarnos a tantos enemigos, la dictadura del proletariado en un país campesino es una tarea tan inmensa, tan difícil que no basta con que el trabajo sea formalmente más unido, más concertado que antes, lo que vuestra presencia aquí, en este congreso, ya demuestra; También es necesario que no quede el más mínimo rastro de espíritu fraccionario, sea cual sea el lugar y*

*la forma en que se haya manifestado hasta ahora; es necesario que en ningún caso queden estos rastros.»*⁸ El congreso refrendaría más tarde el objetivo fijado en este discurso de apertura al adoptar la resolución sobre la “unidad del partido” que ordena *«la disolución inmediata de todos los grupos sin excepción que se hayan formado en tal o cual plataforma, y da instrucciones a todas las organizaciones para que insistan estrictamente en la inadmisibilidad de todo tipo de actividad fraccional»*. El incumplimiento de esta decisión del congreso supondría la exclusión incondicional e inmediata del partido. Esta decisión, que también contó con el apoyo de gran parte de la IC, reflejó un profundo cambio en la forma en que el partido abordaba los desacuerdos que pudieran surgir en temas tan fundamentales como el papel de los sindicatos, por ejemplo. La prohibición de las fracciones en el seno del partido reflejaba en realidad una distorsión de la disciplina del partido, ya que ahora se exigía una estricta sumisión a las decisiones del partido una vez tomadas. Se toleraban las críticas de militantes o grupos individuales, pero estaba formalmente prohibido que la oposición a la política oficial del partido se organizara para defender sus posiciones⁹. Con esta decisión, el Partido Comunista Ruso abandonó toda una parte de su historia, ya que él mismo había llevado a cabo esa labor luchando contra el oportunismo que asolaba la Segunda Internacional y que condujo a su propio colapso al estallar la Primera Guerra Mundial.

Muchos académicos y periodistas de una deshonestidad e inconsecuencia sin límites ven en este asunto, sin duda, la prueba del “autoritarismo natural” de Lenin y de una supuesta tiranía bolchevique. En realidad, este proceso fue sobre todo el producto del aislamiento y del estado de sitio impuesto a la revolución en Rusia, y expresaba, no un “autoritarismo natural”, sino una verdadera desviación de los bolcheviques de su propia historia. Además, como señala Lenin, la existencia de grupos de oposición

organizados en “fracciones” podría ser utilizada por las fuerzas contrarrevolucionarias para desacreditar al partido. Pero lo que Lenin ya no veía era que, si bien es cierto que los enemigos declarados de la revolución podían señalar los desacuerdos en el seno del partido como medio para desacreditarlo, es aún más cierto que el “enemigo oculto” de la revolución, la contrarrevolución desde dentro iba a utilizar la prohibición de las fracciones para estalinizar completamente el partido.

Así, el aislamiento de la revolución en el bastión ruso fue lo que llevó al PCR a replegarse sobre sí mismo, anteponiendo los intereses del partido y del Estado mediante una “disciplina férrea”, en lugar de asegurar la expresión del desacuerdo para participar en el esclarecimiento de las cuestiones políticas fundamentales para el conjunto del medio revolucionario y la clase obrera mundial¹⁰. Al amenazar con excluir a los grupos con posiciones divergentes, el partido ruso se desvitalizó y se hizo vulnerable a la espiral burocrática.

II.-“La última batalla de Lenin”

Aunque, como hemos indicado, Lenin defendió la prohibición de las fracciones y posteriormente trató de disuadir a ciertos militantes de hacer críticas públicas a la “disciplina necesaria”, pronto se dio cuenta de la magnitud de la proliferación de burócratas y del peligro que esto suponía para la actividad del partido. La tendencia a la burocracia había sido una preocupación constante de Lenin desde que se tomó el poder en octubre de 1917. La conciencia de esta lacra siguió creciendo a medida que se acumulaban las disfunciones, proliferaban los arribistas y los funcionarios controlaban cada vez más toda la vida social.

Las diversas oposiciones surgidas en el curso de 1920-1921 no habían dejado de advertir, aunque de forma confusa, al partido sobre el creciente

¹⁰ La alteración de la vitalidad política y la tendencia a la burocratización continuaron con otras medidas:

- El congreso perdió algunas de sus prerrogativas sobre el nombramiento del comité central, ya que dos tercios de sus miembros tenían ahora la posibilidad de excluir a uno de ellos en caso de desacuerdo con las decisiones.
- El secretariado adquirió una importancia creciente en el aparato del partido gracias al aumento de sus miembros

⁵ Este congreso tuvo lugar del 8 al 16 de marzo, al mismo tiempo que la represión de la revuelta de los marineros de Kronstadt

⁶ En el debate se expresaron otras dos posiciones: la de Trotsky por la integración total de los sindicatos en el «estado obrero», y la de Lenin para quien los sindicatos siempre tendrían que actuar para la defensa de la clase, incluso contra el «estado obrero»

⁷ «La izquierda comunista en Rusia: 1918-1930 (Parte 1)», Revista Internacional n.º 8, diciembre de 1976 <https://es.internationalism.org/revista-internacional/197701/1996/la-izquierda-comunista-en-rusia-i>

⁸ V. Lenin, Obras escogidas, «El X Congreso del PCR», tomo III, páginas 572-573

⁹ Hay que señalar, sin embargo, que esta decisión fue considerada temporal: *«La prohibición de las fracciones fue, repetámoslo, concebida como una medida excepcional destinada a caer en desuso a la primera mejora de la situación»* (Trotsky, La revolución desfigurada, 1963)

peso del “Estado obrero”¹¹ y la absorción del partido por él. Un peligro mortal para la revolución y el partido que el propio Lenin expuso en el 11º Congreso del PCR, afirmando que se habían establecido “relaciones erróneas entre el partido y las administraciones soviéticas”.

El “asunto de Georgia”, que estalló en 1922, permitió a Lenin ver el alcance de la gangrena burocrática. El uso de la violencia, la represión y la manipulación por parte de Ordzhonikidze (secretario del buró regional de Transcaucásica) bajo los órdenes de Stalin (secretario general del PCR) contra los miembros del partido georgiano que se negaban a adherirse al proyecto de Constitución de la URSS¹² indignó a Lenin en grado sumo.

Estos métodos brutales, totalmente ajenos a las costumbres proletarias y comunistas, no tenían precedentes en las filas del partido. Demostraron la omnipotencia del partido sobre sus miembros y la desastrosa evolución de una fusión entre el partido y el Estado que se traduce en prácticas que emanan de «un aparato que nos es fundamentalmente ajeno y que representa una mezcla de supervivencias burguesas y zaristas [...] sólo cubiertas con un barniz soviético»¹³.

Durante los dos últimos años de su vida Lenin intentó detener la

deriva burocrática encarnada por Stalin y sus secuaces. Tras el episodio de Georgia, emprendió la lucha frontal acusando abiertamente a la Inspección Obrera y Campesina, encabezada por Stalin, de estar “a la cabeza” del desarrollo de la burocracia. A pesar de las respuestas erróneas, Lenin utilizó sus escasas fuerzas para tratar de reorganizar la estructura del Estado con una idea en mente, aguantar hasta un estallido revolucionario del proletariado europeo. Así, con la llama del internacionalismo, trató de repeler las primeras ofensivas del estalinismo y su “socialismo en un solo país”.

Durante décadas, la ideología dominante ha utilizado todos los medios para establecer un vínculo entre la lucha revolucionaria de Lenin y el poder totalitario de Stalin. ¡Pero los hechos son obstinados! El “Testamento de Lenin” contenía suficientes advertencias contra el futuro tirano como para descartar cualquier legitimación del comportamiento matón y los objetivos chovinistas de Stalin y su camarilla. Además, el testamento de Lenin se mantuvo oculto durante mucho tiempo, sólo después de haber adquirido la garantía de su omnipotencia en el seno del partido y del Estado Stalin confesó la desautorización que este documento contenía hacia él.

III.- La bolchevización de la Internacional

Debido a la victoria de la revolución en Rusia y a la debilidad de los demás partidos comunistas, el PCR desempeñó un papel preponderante en la formación de la IC, cuya sede ejecutiva estaba en Moscú. Pero esta preponderancia tomó incluso un carácter desproporcionado en la vida y el funcionamiento de la IC.

Como resultado, el burocratismo y el autoritarismo rampante en el PCR pronto se extendió a las filas de la Internacional. Lenin fue uno de los únicos que se preocupó por la “rusificación” de la IC, como había expresado primero en el II congreso al proponer la instalación de la sede del ejecutivo en Berlín y luego en el IV congreso, donde criticó el carácter “demasiado ruso” de las “Tesis sobre la estructura, los métodos y la acción de los partidos comunistas”, aunque apoyaba plenamente su contenido. Preocupado por la excesiva dependencia de la IC del

PCR, instó a las demás secciones de la IC a apropiarse sin demora de toda la experiencia y las lecciones de la revolución en Rusia para reforzar su cohesión mediante una mayor asociación de las distintas secciones en la vida del partido. Se trataba también de garantizar la vitalidad de la Internacional situando la reflexión y el estudio de la experiencia revolucionaria en el centro de la actividad de las secciones¹⁴. Pero estas perspectivas de trabajo se extinguieron con la muerte de Lenin en 1924. A partir de ese momento, asistimos a un punto de inflexión en la trayectoria de la IC, que gradualmente se convirtió en un arma en manos de la troika (Zinóviev- Kamenev-Stalin) primero, y luego de la burocracia estalinista. La “Bolchevización de los Partidos Comunistas” se declaró en el V Congreso Mundial de julio de 1924 para suprimir toda oposición en su seno, tanto a Trotsky y sus partidarios como a los grupos de izquierda: «La palabra clave de bolchevización nació en la lucha contra la derecha. Se dirigirá, sobre todo, naturalmente, contra ella, pero también, por supuesto, contra las desviaciones ultraizquierdistas y contra el pesimismo que aquí y allá pesa sobre nosotros.»¹⁵

Esta nueva consigna era, por tanto, una clara expresión de la situación de asfixia cada vez más estricta en la que se encontraba la Rusia revolucionaria tras el nuevo fracaso del proletariado alemán en 1923 en el intento desesperado de insurrección. Esto sólo aceleró el dominio de la burocracia utilizando su disciplina autoritaria contra todos los que se atrevían a oponerse o criticar la política del partido dirigida por la troika primero y la camarilla estalinista después. Se trataba, pues, de “romper los huesos” de todas las formas de resistencia contra la degeneración de lo internacional. Alfred Rosmer, miembro del buró ejecutivo de la IC entre 1920 y 1921, que par-

¹¹ La CCI rechaza el concepto de Estado obrero, que consideramos una contradicción en los términos. Como decimos en el folleto del periodo de transición: «La clase obrera no construye estados porque no es una clase explotadora. El estado del periodo de transición es inevitable, pero no es una emanación de la clase obrera. Este Estado puede representar un peligro para el proletariado, puede intentar atar las manos de los proletarios para que «trabajen para otros». La clase obrera debe ser libre de llevar a cabo su propia política, incluido el derecho de huelga contra los dictados del Estado. Confundir proletariado y Estado lleva a la aberración de un «Estado obrero» que prohíbe a los trabajadores levantarse contra él. Para Lenin, el Estado soviético no era propiamente un Estado obrero, sino «un Estado obrero y campesino con deformaciones burocráticas». Fue más bien Trotsky, que quería la subordinación de todas las organizaciones obreras al Estado, quien habló de un «Estado obrero»

¹² Este proyecto presentado por Stalin, al que se opuso Lenin, preveía la autonomía de las repúblicas hermanas dentro de la federación situándolas bajo la República Rusa

¹³ Citado en P. Broué, *Le parti bolchévique. Histoire du PC de l'URSS*, Éditions de minuit, 1971, página 174. Lenin se refiere aquí más al partido que al Estado, pero en realidad ambos son inseparables

¹⁴ «Estoy convencido de que debemos decir a este respecto, no sólo a los rusos, sino también a los camaradas extranjeros, que lo más importante en el próximo periodo es el estudio. Estudiamos en sentido general. Deben estudiar en un sentido particular, para comprender realmente la organización, la estructura, el método y el contenido de la acción revolucionaria». (Discurso de Lenin en el IV Congreso Mundial)

¹⁵ Discurso de Zinóviev en el 5º pleno de la IC, citado en P. Broué, *Histoire de l'internationale communiste. 1919-1943*, Fayard

ticipó en los congresos 2º, 3º y 4º, hace un relato sorprendente de esta política atroz dirigida por Zinóviev, entonces presidente de la Internacional: «Por medio de emisarios que envió a las secciones, suprimió, ya antes del congreso, toda oposición. Allí donde surgía la resistencia, se empleaban los más variados medios para reducirla; era una guerra de desgaste en la que los trabajadores eran derrotados de antemano por los funcionarios que, teniendo todo el tiempo del mundo, imponían debates interminables; con el cansancio, todos los que se habían dejado criticar y que cargaban con el peso de la Internacional cedían temporalmente o se marchaban»¹⁶.

La “Declaración del Comité de Entendimiento”¹⁷ dirigida al Ejecutivo de la IC en julio de 1925 tras el V Congreso denunciaba las mismas aberraciones: «El grave problema de las tendencias y fracciones en el Partido que surge históricamente, tanto como consecuencia de la táctica política seguida como de la

¹⁶ Alfred Rosmer, *Moscou sous Lenin. Les origines du communisme, Les bons caractères*, 2009

¹⁷ Formado por la izquierda dentro del Partido Comunista de Italia que se convirtió en la fracción de izquierda del Partido Comunista de Italia

reprobación de la misma, como síntoma de sus insuficiencias que debe ser estudiado con la mayor atención, se pretende resolver mediante órdenes y amenazas, sometiendo a algunos camaradas a una dura presión disciplinaria, haciendo creer así que todo el desarrollo favorable del Partido depende de su conducta personal.»

En consecuencia, todos los militantes o tendencias que, a partir de entonces, expresaron sus desacuerdos con las orientaciones defendidas por el partido se enfrentaron a la siguiente alternativa: ¡someterse o ser excluido! Éstos últimos fueron sustituidos en los órganos ejecutivos de los PC por militantes dóciles, jóvenes e inexpertos que muy pronto se convirtieron en hombres del aparato con una lealtad sin límites a Moscú, como en el KPD o a imagen y semejanza de Maurice Thorez en el seno del PCF. Los PC's encarnaban ahora la defensa implacable de la política exterior del Estado ruso en lugar de desempeñar un papel activo en la elevación de la conciencia revolucionaria de las masas. El nuevo modo de organización de los PC basado en las “células de fábrica” era una clara expresión de esta desafortunada evolución, ya

que encerraba a los trabajadores en problemas locales y corporativistas en detrimento, obviamente, de una visión y perspectiva general de la lucha proletaria.

La propaganda estalinista contribuyó en gran medida a presentar la bolchevización como la continuidad de la política llevada a cabo por los bolcheviques desde octubre de 1917. Esta fue la primera de una larga serie de falsificaciones montadas por esta camarilla burguesa a lo largo del período de la contrarrevolución. En realidad, esta consigna suponía una ruptura total con la historia y el espíritu del partido bolchevique. Más que eso, marcó una etapa importante en la degeneración de la IC. Posteriormente persistió aún más fuertemente en esta trayectoria y se convirtió en una herramienta contrarrevolucionaria en manos del Estado ruso para la preservación de sus intereses exteriores. Sólo las fracciones de izquierda intentaron librar una lucha decidida para contrarrestar esta involución y mantener viva la llama del internacionalismo y del programa comunista. De esto hablaremos en la última parte de esta serie. (Continuará)

Najek

SUSCRIPCIÓN PERMANENTE DE APOYO A LA PRENSA REVOLUCIONARIA

La defensa de nuestras ideas también pasa por suscripciones. Abrimos una suscripción permanente para apoyar a nuestra prensa y nuestra intervención. Contrariamente a las organizaciones burguesas que se benefician de subvenciones de la clase dominante y de su Estado para garantizar la defensa de los intereses del capital, la organización revolucionaria sólo vive gracias a las cuotas de sus militantes y a las suscripciones de sus simpatizantes.

Lector, tu suscripción es un acto político consciente de solidaridad y de apoyo a la defensa de las ideas revolucionarias. Participa plenamente en la defensa de los intereses de la clase de la que depende el futuro de la humanidad.



Suscribir a la prensa de la CCI no es darle limosna. Es comprometerse junto a ella en el combate contra las mentiras y mistificaciones de la burguesía, contra sus medios ideológicos de propaganda e intoxicación.

Tus contribuciones [son pues bienvenidas a la cuenta corriente de la CCI (CCP. 523544Y – Rouen, Francia) o] pueden pagarse en nuestras intervenciones públicas.

El comunismo está al orden de día de la historia

Marc Chirik y el Estado en el período de transición

La última vez que esta serie examinó específicamente el problema del Estado en el período de transición fue en nuestra introducción a las tesis sobre el Estado producidas por la Izquierda Comunista de Francia (ICF) en 1946¹. Presentamos este texto como una importante continuación del trabajo de la Izquierda Italiana que, durante la década de 1930, produjo una serie de artículos examinando las lecciones de la derrota de la Revolución Rusa, en la que el problema del Estado era visto como central. Basándose en las advertencias de Marx y Engels contra la tendencia del Estado a alejarse de la sociedad,

la caracterización del Estado como un flagelo temporal que el proletariado tendrá que utilizar limitando al mismo tiempo al máximo sus aspectos más dañinos, los artículos de Vercesi y en particular de Mitchell (miembro de la Fracción Belga) ya habían establecido una distinción entre la función necesaria del "Estado proletario" y el poder real, efectivo del proletariado². El texto de la ICF dio un paso adelante al argumentar que el Estado, por su propia naturaleza, es ajeno al proletariado como portador del comunismo y, por lo tanto, de una sociedad sin Estado.

En nuestra introducción a las Tesis observamos algunas debilidades o ambigüedades en el texto del 46 (sobre los sindicatos, el papel del partido, el programa económico de la revolución), la mayoría de las cuales se superarían sustancialmente mediante el proceso de discusión y clarificación que estaba en el centro de las actividades de la ICF. Pero estos avances -especialmente sobre los sindicatos y el partido- se corrigieron en otros textos³ ya que, hasta donde sabemos, el grupo no produjo más documentos sobre la cuestión del propio período de transición.

Las tesis de 1946 fueron producto del trabajo colectivo de la ICF y redactadas por Marc Chirik, quien jugó un papel clave en la formación y desarrollo teórico del grupo. Cuando el grupo se separó después de 1952 (a pesar de los esfuerzos de Marc para mantenerlo), Marc fue "exiliado" a Venezuela, donde no estuvo involucrado en ninguna actividad política organizada durante más de una década. Sin embargo, este no fue un período de desvinculación de la reflexión política por su parte y tan pronto como los tiempos comenzaron a cambiar, a principios y mediados de los años 60, Marc formó un círculo de discusión con algunos elementos jóvenes, cuyo resultado fue la formación del Grupo Internacionalismo en 1964. Este grupo a su vez posteriormente se convirtió en la sección en Venezuela de la CCI.

Marc regresó a Europa para participar en los acontecimientos históricos de mayo-junio de 1968 y se quedó para ayudar a formar el grupo *Révolution Internationale*, que se convertiría en la sección francesa de la CCI.

Para la generación de revolucionarios que emergieron de la oleada internacional de luchas que se desató en mayo del 68, la revolución no parecía una perspectiva tan lejana. Varios grupos nuevos y militantes, después de haber redescubierto la tradición de la Izquierda Comunista, no sólo se dedicaron a delimitarse del ala izquierda del capital reapropiándose de las posiciones de clase elaboradas durante el periodo de la contrarrevolución, pero también se sumergieron en debatir el carácter de la anticipada revolución y el camino hacia una sociedad comunista. El enfoque hacia el período de transición y su semi-estado que había sido planteado por la ICF y elaborado por Marc pronto se convirtió en un punto focal para muchos debates apasionados entre los nuevos grupos. La mayoría de RI y los grupos alineados con ella estaban convencidos por los argumentos de Marc, pero se dejó claro desde el principio que este análisis en particular no podía considerarse como una frontera de clase porque la historia aún no había establecido definitivamente su veracidad. Así, el debate continuó en el seno de la recién formada CCI y con otros grupos que participaron en los debates sobre el reagrupamiento internacional de las fuerzas revolucionarias emergentes que marcaron esta fase. El primer número de la Revista Internacional contenía contribuciones sobre el período de transición de Marc (en nombre de *Révolution Internationale*) y un largo artículo en desarrollo de ideas en la misma línea escritas por el joven CD Ward en nombre de *World Revolution* en

Gran Bretaña, así como un texto de *Rivoluzione Internazionale* en Italia que argumentaba a favor del carácter proletario del Estado de transición, y una nueva contribución de *Perspectiva Comunista*, que fue el núcleo de *Communist Workers' Organisation*. Estos textos fueron escritos para la conferencia de 1975 que vio la constitución formal de la CCI; Aunque no hubo tiempo para celebrar el debate durante la reunión, se publicaron como contribución a un debate en curso.

No es exagerado decir que estos debates fueron acalorados. El grupo *Workers Voice* de Liverpool pronto se separó de las discusiones de reagrupamiento, citando la futura posición mayoritaria de la CCI sobre el período de transición como prueba de su carácter contrarrevolucionario, ya que supuestamente significaba en un futuro proceso revolucionario, abogar por un Estado que dominaría a los consejos obreros. Como argumentamos en ese momento ("*Sectarismo ilimitado*" en *World Revolution* 3), esta no sólo fue una falsa acusación, sino también en gran medida un pretexto destinado a preservar la autonomía local de WV de la amenaza de ser tragado por una organización internacional más grande; pero otras reacciones de la época revelaron hasta qué punto las adquisiciones de la Izquierda Comunista Italiana se habían perdido en la niebla de la contrarrevolución. En el Segundo congreso de la CCI en 1977, por ejemplo, donde una resolución (y contra-resolución) sobre El Estado en el periodo de transición estaban en el orden del día, un delegado de *Battaglia Comunista*, que entonces y aún hoy afirma ser la más consistente continuación de la tradición de la Izquierda Italiana, parecía aturdido por la mera noción de cuestionar el carácter proletario del Estado de transición, aún

¹ <https://en.internationalism.org/internationalreview/201403/9523/aftermath-world-war-two-debates-how-workers-will-hold-power-after-re>

² Varios artículos y nuestros análisis pueden encontrarse aquí: <https://en.internationalism.org/series/395>

³ Por ejemplo <https://es.internationalism.org/revista-internacional/201410/4055/sobre-la-naturaleza-y-la-funcion-del-partido-politico-del-proletar>

si este punto de vista era una lógica conclusión extraída de las contribuciones de Bilan en los años 1930.

En efecto, aunque la resolución que expresaba la posición mayoritaria fue finalmente adoptada en el Tercer Congreso de la CCI en 1979, en el congreso de 1977 se consideró que el debate no había madurado lo suficiente y debía continuar. Varias de las contribuciones a este debate se publicaron posteriormente en un folleto que muestra la riqueza del debate⁴. En el seno de la CCI, la minoría no era homogénea, sino que tendía a la idea de que la posición de Bilan sobre el Estado en el período de transición había sido la correcta, mientras que la ICF se había alejado de la concepción marxista. Algunos camaradas de la minoría se unieron más tarde a la posición mayoritaria, mientras que otros comenzaron a cuestionar otros desarrollos clave realizados por la ICF y retomados por la CCI, en particular sobre la cuestión del partido. La mayoría de ellos se dispersaron en diferentes direcciones -uno hacia una posición más ortodoxa de los Bordiguistas, otro embarcándose en un breve intento de formar una nueva versión de Bilan (Fraction Communiste Internationaliste), mientras que otros imbuyeron el peligroso brebaje del anarquismo, el Bordigismo y la defensa del llamado “terrorismo obrero” que marcó la trayectoria del Grupo Comunista Internacionalista⁵.

En este artículo, nos vamos a centrar en tres contribuciones a la discusión dentro de la CCI de ese período escritas por Marck Chirik. Este enfoque continúa y concluye los tres artículos precedentes de esta serie que han considerado la contribución a la teoría comunista hecha por individuos particulares dentro del movimiento político proletario durante el período de la contrarrevolución (es decir, Damen, Bordiga, Munis y Castoriadis) Esto

no se debe a que nos acerquemos a estos comunistas individuales a la manera de las revistas académicas en las que la teoría siempre es vista como la propiedad intelectual de tal o cual especialista; por el contrario, como militantes de clase, estos camaradas solo podían hacer sus contribuciones con el objetivo de desarrollar algo que, lejos de ser el derecho de autor de los individuos, solo existe para convertirse en la propiedad universal del proletariado: el programa comunista. Pero para nosotros el programa comunista es un trabajo de asociación en el que los camaradas individuales pueden hacer su contribución particular dentro de una colectividad más amplia. Y precisamente la cualidad sobresaliente de Marck Chirik era su capacidad de “universalizar” lo que había adquirido, a través de la experiencia vivida, a nivel organizativo y programático -para transmitirlo a otros camaradas. Así pues, dentro de la historia de la CCI, ha habido una serie de contribuciones importantes a este esfuerzo general por iluminar el camino hacia el comunismo por parte de otros camaradas de la organización - algunos de las cuales mencionaremos en este artículo. Pero no cabe duda de que los textos escritos por MC son ejemplos de su profundo conocimiento del método marxista y merecen ser reexaminados con cierto detalle. Pedimos disculpas de ante mano por la extensión de algunas citas de estos artículos, pero creemos que es mejor dejar que las palabras de Marc hablen por sí mismas en la medida de lo posible.

Períodos de transición en la historia

El artículo publicado en Revista Internacional número 1 es notable por plantear la cuestión de los “períodos de transición” en un amplio marco histórico.

«La historia humana está formada por diferentes sociedades estables vinculadas a un modo de producción determinado y, por lo tanto, a relaciones sociales estables. Estas sociedades se basan en las leyes económicas dominantes inherentes a ellas. Se componen de clases sociales fijas y se basan en superestructuras apropiadas. Las sociedades estables básicas en la historia escrita han sido: sociedad esclavista, sociedad asiática, sociedad feudal y sociedad capitalista.

Lo que distingue los períodos de transición de los períodos en que la sociedad es estable es la descomposición de las viejas estructuras sociales y la formación de nuevas estructuras. Ambos están vinculados al desarrollo de las fuerzas productivas y están acompañados por la aparición y el desarrollo de nuevas clases, así como el desarrollo de ideas e instituciones correspondientes a estas clases. El período de transición no es un modo de producción distinto, sino un vínculo entre dos modos de producción: el antiguo y el nuevo. Es el período durante el cual los gérmenes del nuevo modo de producción se desarrollan lentamente en detrimento de los viejos, hasta que suplanta el viejo modo de producción y constituyen un nuevo modo de producción dominante.

Entre dos sociedades estables (y esto será cierto para el período entre el capitalismo y el comunismo como lo ha sido en el pasado), el período de transición es una necesidad absoluta. Esto se debe al hecho de que el socavamiento de la base de la existencia de la vieja sociedad no implica automáticamente la maduración y preparación de las condiciones de la nueva. En otras palabras, el declive de la vieja sociedad no significa automáticamente la maduración de la nueva, sino que es sólo la condición para que ésta tenga lugar.

La decadencia y el período de transición son dos fenómenos muy distintos. Cada período de transición presupone la descomposición de la vieja sociedad cuyo modo y relaciones de producción han alcanzado el límite extremo de su posible desarrollo. Sin embargo, cada período de decadencia no significa necesariamente un período de transición, en la medida en que el período de transición representa un paso hacia un nuevo modo de producción. Del mismo modo, la antigua Grecia no disfrutaba de las condiciones históricas necesarias para una transcendencia de la esclavitud; tampoco lo hizo el antiguo Egipto.

Decadencia significa el agotamiento del antiguo modo social de producción; transición significa el surgimiento de las nuevas fuerzas y condiciones que permitirán una resolución y transcendencia de las viejas contradicciones.»

En el momento de la redacción de este texto, el movimiento revolucio-

⁴ El folleto original de *El período de transición del capitalismo al socialismo* está agotado, pero pueden solicitarse fotocopias. Ver también en <https://es.internationalism.org/series/488> y <https://es.internationalism.org/content/4459/debate-sobre-el-comunismo-y-el-periodo-de-transicion-del-capitalismo-al-comunismo>

⁵ La evolución de este grupo, en particular su apología del terrorismo y sus amenazas violentas contra camaradas de la CCI, se sale de las fronteras del campo proletario, ver: <https://es.internationalism.org/revista-internacional/200602/516/para-que-sirva-el-grupo-comunista-internacionalista-gci>

nario emergente ya se enfrentaba a la influencia de los precursores de la actual corriente de “comunización”, particularmente en los escritos de Jacques Camatte y Jean Barrot (Dauvé). En efecto, la CCI ya había sufrido una escisión por parte de un grupo de miembros que provenían de la organización trotskista Lutte Ouvrière, pero que rápidamente habían caído en las nociones pseudo-radicales que marcaban lo que en ese momento llamábamos “modernismo”: que la clase obrera se había convertido, en esencia, en una clase para el capital, que su lucha por reivindicaciones inmediatas era un callejón sin salida, y que la revolución comunista significaba la inmediata autonegación de la clase obrera en lugar de su afirmación política a través de la dictadura del proletariado. En esta visión, la idea de un período de transición dirigido por el proletariado fue denunciada como la perpetuación del capital: el proceso de comunización obviaría cualquier necesidad de una fase de transición entre el capitalismo y el comunismo⁶. Que tales ideas estaban ganando terreno en el movimiento revolucionario también quedó demostrado por la evolución de uno de los grupos que asistieron a la conferencia -Revolutionary Workers' Group, con sede en Chicago, que también había salido del trotskismo pero que ahora estaba descubriendo la inutilidad de la lucha por las reivindicaciones económicas (ver el Prefacio de la Revista Internacional nº 1). Mientras tanto, el grupo Revolutionary Perspectives insistía en que un bastión proletario aislado debía aislarse conscientemente del mercado mundial mientras implementaba todo tipo de medidas comunistas dentro de sus fronteras: esto era menos una aberración modernista que una tardía apología del “comunismo de guerra” del período 1918-21 en Rusia, pero comparte con los comunizadores la idea de que es posible introducir auténticas medidas comunistas en un solo país o región⁷.

⁶ Uno de los grupos que más recientemente se ha convertido a esta idea es Internationalist Perspective (<http://internationalist-perspective.org/IP/ip-texts/communisation.html>). Una respuesta interesante a quienes rechazan la necesidad del período de transición fue publicado en 2014 por CWO (<https://www.leftcom.org/en/articles/2014-10-07/the-period-of-transition-and-its-dissenters>

⁷ Ver nuestra crítica de Dauvé sobre los acontecimientos de España en 1936 (https://en.internationalism.org/wr/230_Fbarrot.htm). También *Las confusiones del FOR sobre Octubre 1917 y España 1936* (<https://es.internationalism.org/content/4388/>

El texto de Marc nos proporciona un sólido punto de partida para criticar todos estos enfoques. Por un lado, insiste en que cada nuevo modo de producción ha sido el producto de un período de transición más o menos largo, que “no es un modo de producción distinto, sino un vínculo entre dos modos de producción: el antiguo y el nuevo”. Esto se aplica, sin duda, al período de transición al comunismo, que es todo menos un modo de producción estable (que a veces se describe erróneamente como “socialismo”). Al contrario, será el teatro de un combate sostenido para impulsar la transformación comunista de las relaciones sociales contra el inmenso peso económico e ideológico de la vieja sociedad y, de hecho, de los miles de años de sociedad de clases que precedieron al capitalismo. Eso será cierto incluso después de que el proletariado haya conquistado el poder a nivel mundial y es más aplicable a situaciones en que los primeros puestos de avanzada proletaria enfrenten un ambiente capitalista hostil.

Al mismo tiempo, el texto explica que el período de transición al comunismo difiere profundamente de todas las transiciones anteriores:

- su objetivo no es la institución de una nueva forma de explotación de clase, sino la abolición de todas las formas de explotación;

- mientras que las transiciones anteriores habían sido el producto de leyes económicas ciegas, el comunismo es una sociedad en la que toda la producción y distribución están sujetas a la actividad humana consciente;

- a diferencia de los modos de producción anteriores, el comunismo no puede existir en una parte del mundo, sino que debe desarrollarse desde el origen a escala planetaria;

- a diferencia de las transiciones anteriores, donde las viejas clases dominantes y sus formas estatales podrían adaptarse en gran medida al naciente modo de producción, el comunismo exige la destrucción completa de las estructuras económicas y políticas del capitalismo.

La consecuencia de todo esto es que el período de transición al comunismo no puede comenzar dentro

[las confusiones del sobre octubre 1917 y España 1936](https://es.internationalism.org/wr/230_Fbarrot.htm)) y *¿Una revolución más profunda que la revolución rusa de 1917?* (<https://es.internationalism.org/ci/200602/754/2-una-revolucion-mas-profunda-que-la-revolucion-rusa-de-1917>

del capitalismo, a través de una acumulación de cambios económicos que sirven como base del poder de la nueva clase dominante, sino sólo después de un acto esencialmente político - el desmantelamiento violento de la máquina estatal existente. Este es el punto de partida para el rechazo de cualquier idea de que un verdadero proceso de comunización⁸ puede comenzar antes de la destrucción del poder mundial de la burguesía. Cualquier cambio económico y social emprendido antes de que se haya alcanzado ese punto son esencialmente recursos, medidas contingentes y de emergencia que no deberían ser pintadas como una especie de “comunismo realmente existente”, y su objetivo principal sería reforzar el dominio político de la clase trabajadora en un área determinada.

La política económica del proletariado

De hecho, incluso después del comienzo del período de transición propiamente dicho, el texto advierte contra la idealización de las medidas inmediatas adoptadas por la clase obrera:

«En el plano económico, el período de transición consiste en una política económica (y ya no una economía política) del proletariado con miras a acelerar el proceso de socialización universal de la producción y la distribución. Pero la realización de este programa de comunismo integral a todos los niveles, si bien es la meta afirmada y seguida por la clase obrera, seguirá estando sujeta a condiciones inmediatas, coyunturales y contingentes en el período de transición que sólo el puro voluntarismo utópico ignoraría. El proletariado tratará de avanzar inmediatamente en la medida de lo posible hacia su meta, reconociendo al mismo tiempo las inevitables concesiones que se verá obligado a tolerar. Dos peligros amenazan tal política:

la idealización de esta política, presentándola como comunista cuando no es nada de eso.

⁸ En sí mismo el término comunización es válido, ya que es perfectamente cierto que las relaciones sociales comunistas no son producto de los decretos del Estado sino del «movimiento real que suprime el estado de cosas actual» como dijo Marx. Pero rechazamos la idea de que este proceso pueda tener lugar sin la toma del poder por la clase obrera.

la negación de la necesidad de tal política en nombre del voluntarismo idealista».

Todo el espíritu que recorre el texto es el de un realismo revolucionario. Estamos hablando de la transformación social más radical desde el advenimiento de la especie humana y es absurdo pensar que este proceso - que para la gran mayoría de la humanidad hoy en día es visto como imposible, contrario a la naturaleza humana, o en el mejor de los casos “una bonita idea que nunca funcionaría” - podría de hecho llevarse a cabo de una sola vez: en términos históricos, de la noche a la mañana.

A continuación, el texto esboza algunos aspectos más específicos de esta “política económica”, que de hecho siguen siendo bastante generales:

- La socialización inmediata de las grandes concentraciones capitalistas y de los principales centros de actividad productiva.

- Planificación de la producción y la distribución: el criterio de la producción debe ser la máxima satisfacción de las necesidades y ya no la acumulación.

- Reducción significativa de la jornada laboral.

- Aumento sustancial del nivel de vida.

- Intento de abolir la remuneración basada en el salario y en su forma monetaria.

- Socialización del consumo y de la satisfacción de las necesidades (transporte, ocio, alimentos, etc.).

La relación entre los sectores colectivizados y los sectores de producción que siguen siendo individuales -especialmente en el campo- debe tender a un intercambio colectivo organizado a través de las cooperativas, suprimiendo así el mercado y el intercambio individual.

El texto de Marc comienza con la siguiente advertencia: “es siempre con la mayor precaución que los revolucionarios han planteado la cuestión del período de transición. El número, la complejidad y, sobre todo, la novedad de los problemas que el proletariado debe resolver impide cualquier elaboración de planes detallados de la sociedad futura; cualquier intento de hacerlo corre el riesgo de convertirse en una camisa

de fuerza que ahogue la actividad revolucionaria de la clase”. Es muy comprensible que Marc sólo nos dé un esbozo muy general de una posible “política económica” del proletariado. Uno de los puntos es demasiado general - “aumento sustancial del nivel de vida”-, pero los otros sí indican la dirección general; y uno marca claramente un avance sobre el texto de 1946, por ejemplo cuando dice que *«el criterio de la producción debe ser la máxima satisfacción de las necesidades y ya no la acumulación», ya que el texto de 1946 todavía tendía a ver el “desarrollo de las fuerzas productivas” del proletariado como un proceso de acumulación que sólo puede significar la expansión del valor. De hecho, hoy en día somos muy conscientes de que tanto la crisis económica como ecológica del sistema son el resultado de una “sobreacumulación” y que el verdadero desarrollo tendrá que tomar necesariamente la forma de una profunda transformación y reorganización de las fuerzas productivas acumuladas bajo el capitalismo (implicando, por ejemplo, la conversión de formas de producción, energía y transporte altamente contaminantes, la reducción de las mega-ciudades capitalistas a una escala mucho más humana, la reforestación masiva, etc.)».*

En cuanto a la distribución del producto social en el período de transición, el texto no se pronuncia sobre el debate de los “bonos de tiempo de trabajo” basado en las propuestas de Marx en la Crítica del Programa Gotha y fuertemente defendidos, por ejemplo, por los comunistas de consejos holandeses del GIC en el Grundprinzipien⁹ y por la CWO en su más reciente artículo sobre el período de transición¹⁰, pero el texto de Marc marca la pauta al insistir tanto en el intento de deshacerse de las formas salariales y monetarias como en la socialización generalizada del consumo: gratuidad del transporte, comidas comunitarias, etc. En el texto del WR en la Revista Internacional n° 1 la posición es más explícita en su rechazo de los vales de tiempo de trabajo. Aunque Marx

⁹ El comunismo no es una «buena idea», Vol. 3 Parte 10, «Bilan, la Izquierda Holandesa y la transición al comunismo», Revista Internacional 151, <https://es.internationalism.org/revista-internacional/201305/3732/tilan-izquierda-holandesa-y-la-transicion-al-comunismo>

¹⁰ Ver nota de pie de página 6.

no consideraba estos vales como una forma de dinero, ya que no se podían acumular, el artículo de WR sostiene que el sistema de tiempo de trabajo “no va realmente más allá de la noción capitalista de trabajo como un ‘intercambio’ entre el individuo, el trabajador atomizado y la ‘sociedad’”. *«El sistema de bonos de tiempo de trabajo tendería a dividir a los proletarios capaces de trabajar de los que no lo son (situación que bien puede intensificarse en un período de crisis revolucionaria internacional), y además abriría una brecha entre los proletarios y otras capas, inhibiendo el proceso de integración social. Tal sistema exigiría una inmensa supervisión burocrática de la labor de cada trabajador, y degeneraría muy fácilmente en una forma de salarios monetarios en un momento de declive de la revolución (estos inconvenientes se aplican tanto al período de la guerra civil como al propio período de transición).*

Un sistema de racionamiento bajo el control de los consejos obreros se prestaría más fácilmente a la regulación democrática de los recursos totales de un bastión proletario y al fomento de sentimientos de solidaridad entre todos los miembros de la clase. Pero no nos hacemos ilusiones de que éste o cualquier otro sistema represente una ‘garantía’ contra el retorno de la esclavitud asalariada en su forma más cruda».

Sin embargo, no creemos que se pueda decir con mayor certeza que en 1975 que este debate sobre las medidas económicas inmediatas del proletariado en el poder se ha resuelto de una vez por todas. Por el contrario, si bien puede y debe continuar hoy (nos proponemos volver a la cuestión en un futuro artículo de esta serie), solo puede resolverse con una futura praxis revolucionaria.

El Estado como un azote

Una vez definido el carácter general del período de transición, el texto reafirma la posición sobre el Estado que ya había sido esbozada por el texto de la ICF en 1946:

«La sociedad de transición sigue siendo una sociedad dividida en clases y, por lo tanto, surgirá necesariamente en ella esa institución propia de todas las sociedades divididas en clases: el ESTADO. Con todas

las limitaciones y medidas cautelares con las que rodearemos esta institución (los funcionarios serán elegidos y revocables, su consumo será igual al de un trabajador, existirá una unificación entre las funciones legislativas y ejecutivas, etc.), y que hacen de este estado un 'semi-estado', no debemos perder nunca de vista la naturaleza histórica anti-socialista, y por lo tanto anti-proletaria y esencialmente conservadora, del Estado. El Estado sigue siendo el guardián del statu quo.

Reconocemos la inevitabilidad de esta institución que el proletariado tendrá que utilizar como un mal necesario para: romper la resistencia de la menguante clase capitalista y preservar un marco administrativo y político unido en este período en que la sociedad todavía está desgarrada por intereses antagónicos.

Pero rechazamos categóricamente la idea de hacer que este Estado sea el abanderado del comunismo. Por su propia naturaleza ('naturaleza burguesa en su esencia'--Marx), es esencialmente un órgano para la conservación del statu quo y una restricción del comunismo. Por lo tanto, el Estado no puede identificarse con el comunismo ni con el proletariado que es portador del comunismo. El proletariado es, por definición, la clase más dinámica de la historia ya que lleva a cabo la supresión de todas las clases, incluida la suya propia. Por eso, al utilizar el Estado, el proletariado expresa su dictadura no a través del Estado, sino sobre el Estado. Por eso el proletariado no puede permitir bajo ninguna circunstancia que esta institución (el Estado) intervenga con violencia dentro de la clase, ni que sea el árbitro de las discusiones y actividades de los órganos de clase - los consejos y el partido revolucionario».

Fue esta posición en particular -la naturaleza conservadora y no proletaria del Estado- que fue objeto de argumentos divergentes dentro de la CCI, no sólo con respecto al Estado de transición, sino al Estado en general.

Orígenes del Estado y demás cuestiones

El folleto de 1981 incluía un texto de Marc llamado 'Los orígenes del Estado y demás cuestiones', que era

una respuesta a un texto¹¹ escrito por dos camaradas de la minoría, M y S, defendiendo la noción de Estado proletario sobre la base de un examen de los orígenes históricos del Estado. M y S argumentaban que, dado que el Estado es en esencia la creación y el instrumento de una clase dominante, puede desempeñar un papel revolucionario en períodos en que esa clase es en sí misma una fuerza revolucionaria o al menos activamente progresista, mientras que sólo está condenado a desempeñar un papel reaccionario cuando esa clase en sí misma se vuelve decadente u obsoleta. Por lo tanto, su texto rechaza la definición del Estado como "conservador" en su naturaleza esencial. En cuanto a su función esencial, es como un instrumento de represión de una clase por otra. Por consiguiente, durante el período de transición el Estado puede y debe tener un carácter proletario, ya que no es más que la creación de la clase obrera con el fin de ejercer su dictadura.

En su respuesta, Marc ofrece una breve pero perspicaz historia de la forma en que el movimiento proletario ha desarrollado, a través de sus propios debates y sobre todo de sus propias experiencias en la lucha de clases, su comprensión de la cuestión del Estado: desde las primeras ideas de Babeuf y los Iguales sobre la conquista del Estado por la revolución armada hasta las intuiciones de los utópicos sobre el comunismo como una sociedad sin Estado; desde la crítica de la adoración al Estado de Hegel por el joven Marx hasta las lecciones extraídas por la Liga de los Comunistas de las revoluciones de 1848 y sobre todo por Marx y Engels de la Comuna de París de 1871, cuando se hizo evidente por primera vez que el Estado existente debía ser desmantelado y no conquistado. A continuación, se mencionan los estudios sobre el comunismo primitivo de Morgan que permitieron a Engels analizar los orígenes históricos del Estado, pasando por las fuerzas, debilidades y percepciones incompletas de Lenin en relación con la experiencia de la Revolución Rusa, y finalmente a los esfuerzos de la Izquierda Comunista para sintetizar y desarrollar todos los avances realizados por las expresiones precedentes del movimiento

¹¹ «El Estado en el período de transición», S y M, mayo de 1977

obrero. El objetivo aquí es mostrar que nuestro entendimiento del problema del Estado y el período de transición no es el producto de una ortodoxia marxista invariable, sino que ha evolucionado y de hecho continuará evolucionando a la luz de la experiencia real y la reflexión sobre esa experiencia.

El núcleo central del texto es la referencia al famoso pasaje de Engels sobre cómo el Estado aparece por primera vez en el largo período de transición cuando la sociedad comunista primitiva está dando paso al surgimiento de divisiones de clase definidas - no como la creación consciente ex nihilo de una clase dominante sino como una emanación de la sociedad en cierta etapa de su desarrollo: «*El Estado no es, por lo tanto, de ninguna manera un poder impuesto a la sociedad desde el exterior; tampoco es 'la realidad de la idea moral', 'la imagen y la realidad de la razón', como sostiene Hegel. Más bien, es un producto de la sociedad en una etapa particular de desarrollo; es la admisión de que esta sociedad se ha involucrado en una autocontradicción insoluble y está dividida en antagonismos irreconciliables que no puede exorcizar. Pero para que estos antagonismos, clases con intereses económicos conflictivos, no se consuman a sí mismos y a la sociedad en una lucha infructuosa, se ha vuelto necesario un poder, aparentemente por encima de la sociedad, para moderar el conflicto y mantenerlo dentro de los límites del 'orden'; y este poder, surgido de la sociedad, pero colocándose por encima de ella y alienándose cada vez más de ella, es el Estado*»¹².

Marc explica que esto no significa que el Estado tenga un papel neutral o mediador en la sociedad, pero muestra que simplemente definir el Estado como 'cuerpo de hombres armados' cuya función es ejercer la represión contra las clases explotadas u oprimidas es inadecuado, porque el papel principal del Estado es mantener unida a la sociedad y esta represión nunca será suficiente. De ahí la necesidad de utilizar instituciones ideológicas, formas de representación política, etc. Como dijo Marx en El rey de Prusia y la

¹² *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Capítulo IX <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/origen/index.htm>

reforma social (1844), «desde el punto de vista político, el Estado y la organización de la sociedad no son dos cosas diferentes. El estado es la organización de la sociedad» - con la calificación, por supuesto, de que todavía estamos hablando de una sociedad dividida en clases.

Marc vuelve entonces a Engels para subrayar que esta función de organizar la sociedad, de mantenerla unida, significa preservar las relaciones de producción existentes y por lo tanto «Como el Estado surgió de la necesidad de mantener a raya los antagonismos de clase, pero también surgió en lo más reñido de la lucha entre las clases, normalmente es el Estado de la clase dominante económicamente más poderosa, que por sus medios se convierte también en la clase políticamente dominante, y por lo tanto adquiere nuevos medios de mantener y explotar a la clase oprimida»¹³.

Sin embargo, esta necesaria identificación con el Estado por parte de las clases explotadoras del pasado no se aplica al proletariado porque, como clase explotada, no tiene su propia economía. Y podemos agregar: ante una situación en que el viejo Estado se ha desmantelado y la vieja sociedad burguesa está en condiciones de disolverse, el proletariado todavía necesitará un instrumento para impedir que los conflictos entre él y las demás clases no explotadoras desgarran la sociedad. Y como esta situación es, en cierto sentido, un retorno a las condiciones originales que llevaron a la formación del Estado, las formas estatales aparecerán, surgirán, se manifestarán, le guste o no a la clase obrera. Y precisamente por ello, el Estado

13) Engels utiliza el término «normalmente» porque continúa diciendo que «los períodos excepcionales, sin embargo, ocurren cuando las clases en conflicto son casi tan iguales en fuerzas que el poder estatal, como mediador aparente, adquiere por el momento una cierta independencia en relación con ambos. Esto se aplica a la monarquía absoluta de los siglos XVII y XVIII, que equilibra la nobleza y la burguesía entre sí; y al bonapartismo del Primer y particularmente del Segundo Imperio Francés, que enfrentó al proletariado contra la burguesía y a la burguesía contra el proletariado». Marc comenta estas excepciones en «Orígenes del Estado y demás cuestiones», dando ejemplos en los que, en el marco de la sociedad de clases, la forma de Estado que corresponde generalmente al modo de producción dominante puede servir también para proteger las relaciones de producción que han reaparecido después de una larga ausencia, como es el caso de la esclavitud en los siglos XVII-XIX.

de transición, por mucho que el proletariado pueda dominarlo, no será un órgano puramente proletario, sino que -como ya pudo discernir la Oposición Obrera en relación con el Estado soviético en 1921- tendrá un carácter “heterogéneo”¹⁴, basado en comunas territoriales o en organismos de tipo soviético en los que estará necesariamente representada toda la población no explotadora.

En cuanto al papel “conservador” del Estado, es necesario aclarar el texto original de 1946, en el que se dice que «en el curso de la historia, el Estado ha aparecido como un factor conservador y reaccionario». Pero conservador y reaccionario no son exactamente lo mismo. La función del Estado es siempre conservadora en el sentido de proteger, codificar y estabilizar los acontecimientos que tienen lugar en la economía y la sociedad. Dependiendo de la época, este papel puede servir globalmente al desarrollo progresivo de las fuerzas productivas; en períodos de decadencia, el mismo papel se vuelve abiertamente reaccionario en el sentido de mirar hacia atrás, preservando todo lo que es pasado y obsoleto. La diferencia clave con la minoría no estaba aquí, sino en su idea de que el movimiento dinámico -el movimiento hacia el futuro- provenía del Estado y no de la sociedad. Un artículo publicado en la Revista Internacional 11¹⁵ y firmado por RV argumenta con fuerza que, incluso en la revolución burguesa, a la cual los camaradas de la minoría les gustaba más referirse como ejemplo de que el Estado era un instrumento revolucionario, el movimiento realmente radical que impulsaba el derrocamiento del viejo régimen venía de “abajo”, del movimiento “plebeyo” en las calles, las asambleas generales en las “secciones”, o la primera Comuna de París de 1793 - que se enfrentaban constantemente a las fronteras económicas y políticas impuestas por el poder estatal central de la burguesía en su búsqueda de orden y estabilidad. Esto es aún más cierto en el caso de la revolución proletaria, donde la transfor-

¹⁴ “1921: El proletariado y el período de transición”, Revista Internacional 100, <https://en.internationalism.org/international-review/200001/9646/1921-proletariat-and-transitional-state>

¹⁵ «Estado y dictadura del proletariado», <https://es.internationalism.org/revista-internacional/197710/1075/estado-y-dictadura-del-proletariado>

mación comunista dirigida por la clase obrera tendrá que ir constantemente más allá de los límites legalmente definidos por la organización oficial de la sociedad de transición, el Estado.

El Estado como encarnación de la alienación

En el tercer texto, publicado en 1978 en la RIInt 1516, Marc profundiza en algunas de las cuestiones planteadas en los dos artículos anteriores, pero en particular recoge y desarrolla una idea clave en la cita de Engels utilizada en el artículo anterior: «este poder, surgido de la sociedad, pero que se sitúa por encima de ella y se aleja cada vez más de ella, es el Estado»¹⁷.

Como señala Marc, el reconocimiento del Estado como una de las manifestaciones más primordiales de la alienación del hombre de sí mismo, o de lo que puede ser, es una de las primeras ideas políticas de Marx y fue clave para su Crítica de la filosofía hegeliana:

«En su Crítica de la Filosofía del Estado de Hegel¹⁸, con la que comenzó su vida como pensador y militante revolucionario, Marx no sólo luchó contra el idealismo de Hegel que sostenía que la idea era el punto de partida de todo movimiento (haciendo de la “idea el sujeto, el sujeto real, o propiamente dicho, el predicado” en todos los casos, como escribió en la Crítica de la Filosofía del Estado de Hegel, también denunció con vehemencia las conclusiones de esta filosofía, que hacen del Estado el mediador entre el hombre social y el hombre político universal, el reconciliador de la escisión entre el hombre privado y el hombre universal. Hegel, constatando el creciente conflicto entre la sociedad civil y el Estado, quiso que la solución de esta contradicción se encontrara en la autolimitación de la sociedad civil y en su integración voluntaria en el Estado, pues, como dijo, “sólo en el Estado el hombre tiene una existencia conforme a la razón” y “todo lo que el hombre es, se lo debe al Estado y es allí donde

¹⁶ “El Estado en el período de transición” Revista Internacional 115, <https://en.internationalism.org/content/2648/state-period-transition>

¹⁷ El Origen de la Familia, la propiedad privada y el Estado, Capítulo IX

¹⁸ <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1844/intro-hegel.htm>

reside su ser”. Todo su valor y realidad espiritual, el hombre sólo los tiene a través del Estado” (Hegel, *La Razón en la Historia*). Contra esta delirante apología del Estado, Marx dijo que **‘la emancipación humana sólo se completa cuando el hombre ha reconocido y organizado sus propias fuerzas como fuerzas sociales, de modo que la fuerza social ya no está separada de sí misma en forma de fuerza política’, es decir, el Estado (de La cuestión judía)**».

Por lo tanto, desde el principio, el trabajo teórico de Marx tomó una posición contra el Estado como tal, que era un producto, una expresión y un factor activo de la alienación de la humanidad. En contra de la demanda de Hegel de fortalecer el Estado y de absorber la sociedad civil, Marx insistió resueltamente en que la desaparición del Estado era sinónimo de emancipación de la humanidad, y que esta noción fundamental se enriquecería y desarrollaría a lo largo de su vida y su obra.

Esto se argumenta de manera más explícita en la sección de la Crítica que trata sobre la cuestión del voto, que para Hegel mantenía estrictamente la separación entre la asamblea legislativa y la sociedad civil, ya que los electores no ejercían en ningún sentido un mandato sobre los elegidos. Marx veía un potencial diferente, si el voto iba a ser universal y si *«los electores tenían la opción de deliberar y decidir sobre los asuntos públicos por sí mismos o de delegar a individuos específicos para que realizaran estas tareas en su nombre»*. El resultado de tal “democracia directa” sería este:

«En el sufragio irrestricto, tanto activo como pasivo, la sociedad civil se ha elevado por primera vez a una abstracción de sí misma, a la existencia política como su verdadera existencia universal y esencial. Pero el pleno logro de esta abstracción es a la vez también la trascendencia [Aufhebung] de la abstracción. Al establecer su existencia política como su verdadera existencia, la sociedad civil ha establecido simultáneamente su existencia civil, en distinción de su existencia política, como no esencial. Y con una separada, la otra, su opuesto, cae. Dentro del Estado político abstracto, la reforma del voto adelanta la disolución [Auflösung] de este estado

político, pero también la disolución de la sociedad civil».

Estas palabras pueden estar todavía redactadas en el lenguaje de la democracia, pero también tienden a trascenderla, ya que anticipan no sólo la disolución del Estado sino también de la sociedad civil - es decir, burguesa. Y en el año siguiente Marx escribirá la “Introducción” a la Crítica, que a diferencia de ésta última se publicó en realidad (en los Anales francoalemanes de 1844) y compondrá los Manuscritos económicos y filosóficos. En el primero, Marx identifica al proletariado como el agente del cambio revolucionario, y en el segundo, declara definitivamente que el comunismo es el único futuro posible para la sociedad humana.

La Negación de la Negación

Volviendo al texto de Marc, es significativo que de nuevo enmarque toda su línea de investigación en un arco histórico muy amplio. Al igual que en el texto anterior sobre los orígenes del Estado, donde habla con cierto detalle sobre la sociedad “gentilicia” y su desaparición, comienza con la disolución de la sociedad comunista primitiva y el primer surgimiento del Estado. El define esto como la antítesis o negación inicial que asegura que todas las sociedades de clases subsiguientes, a pesar de todos los cambios que han tenido lugar de un modo de producción a otro, mantengan una unidad y continuidad esenciales - hasta la futura abolición de las clases y, por lo tanto, la desaparición del Estado, que es la síntesis, la *«Negación de la negación, la restauración de la comunidad humana en un nivel superior»*.

En toda la larga época de la primera negación, de la sociedad de clases, el Estado tiende cada vez más a perpetuarse a sí mismo y a sus propios intereses privados, a alienarse cada vez más de la sociedad. Así, el poder cada vez más totalitario del Estado alcanza su punto culminante en el fenómeno del capitalismo de Estado que pertenece a la época de la decadencia del capitalismo. *«Con el capitalismo, la explotación y la opresión han alcanzado un paroxismo, porque el capitalismo es el producto condensado de todas las sociedades anteriores de*

explotación del hombre por el hombre. El Estado en el capitalismo ha logrado su destino, convirtiéndose en el monstruo horrible y sangriento que conocemos hoy en día. Con el capitalismo de Estado ha realizado la absorción de la sociedad civil, se ha convertido en el gestor de la economía, en el jefe de la producción, en el amo absoluto e indiscutible de todos los miembros de la sociedad, de sus vidas y actividades; ha desatado el terror y la muerte y ha presidido una barbarie generalizada».

Por lo tanto, todo este proceso es clave para medir la distancia entre la humanidad tal como podría ser y la humanidad tal como está ahora: en resumen, la espiral de alienación de la humanidad, que ha llegado a su punto más extremo en la sociedad burguesa. En oposición a esto corre el “movimiento real”, el desarrollo del comunismo, que, como condición previa a su futuro florecimiento, debe asegurar el marchitamiento del Estado, cumpliendo la promesa de Marx de un tiempo *«en que el hombre ha reconocido y organizado sus propias fuerzas como fuerzas sociales»*.

Esta visión panorámica de la historia nos permite entender mejor la naturaleza esencialmente conservadora del Estado, su necesario antagonismo con la dinámica que surge de la esfera social, la humana:

«Debemos tener mucho cuidado de no caer en la confusión y el eclecticismo que sostiene que el Estado es a la vez conservador y revolucionario. Esto daría la vuelta a la realidad y abriría la puerta al error de Hegel que hace del Estado el sujeto del movimiento de la sociedad.

La tesis de la naturaleza conservadora del Estado, que se preocupa sobre todo de su propia conservación, está estrecha y dialécticamente vinculada a la noción de que la emancipación de la humanidad puede identificarse con la desaparición del Estado».

En el artículo de Marc, en el párrafo que abre esta sección, se señala que el error cardinal de Hegel sobre la historia, en el que ve la verdadera fuerza que avanza como el Estado, también se comete el error a nivel lógico, en su confusión entre sujeto y predicado, idea y realidad, que Marx también critica ampliamente en la Crítica: *«La familia y la sociedad civil son los presupuestos*

del Estado; son las cosas realmente activas; pero en la filosofía especulativa se invierte. Pero si la Idea se hace sujeto, entonces los sujetos reales -sociedad civil, familia, circunstancias, capricho, etc. - se vuelven irreales y asumen el significado diferente de los momentos objetivos de la Idea».

La forma del Estado en el periodo de transición

El artículo de la Revista Internacional 15 también entra en mayores detalles sobre la forma del Estado en el periodo de transición:

«Podemos proponer los siguientes principios para la estructura de la sociedad de transición:

Toda la población no explotada se organiza sobre la base de soviets territoriales o comunas, centralizados de abajo hacia arriba, y dando lugar al Estado-Comuna.

Los trabajadores participan en esta organización soviética, individualmente como todos los miembros de la sociedad, y colectivamente a través de sus órganos de clase autónomos, en todos los niveles de la organización soviética.

El proletariado se asegura de tener una representación preponderante en todos los niveles, pero especialmente en los niveles superiores.

El proletariado conserva y mantiene una completa libertad en relación con el Estado. El proletariado no subordina en ningún caso el poder de decisión de sus propios órganos, los consejos obreros, al del Estado, sino que debe procurar que ocurra lo contrario.

En particular, no tolerará la injerencia del Estado en la vida y la actividad de la clase organizada; le privará de todo derecho o posibilidad de reprimir a la clase obrera.

El proletariado conserva sus armas fuera de todo control del Estado».

Estas perspectivas no son recetas para los libros de cocina del futuro; “no se basan en modo alguno en ideas o principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo” (Manifiesto Comunista). Al contrario, son las conclusiones que hay que sacar de la experiencia real de la Revolución Rusa.

Aquí, en su primer período heroico, los órganos específicos de la clase obrera -comités de fábrica, Guardias Rojas, soviets elegidos por las asambleas de los lugares de trabajo- formaban parte de una red más amplia de soviets que abarcaba a toda la población no explotadora. Pero el esbozo de Marc sobre la estructura del Estado de transición hace más explícita la necesidad de que la clase obrera ejerza su control sobre este aparato estatal general, una idea que hasta ahora sólo estaba implícita en la Revolución Rusa, por ejemplo, en la noción de que los votos de las asambleas obreras y los delegados deben contar más que los votos de los delegados de los campesinos y otras clases no explotadoras. Al mismo tiempo, el bosquejo supera ciertos errores clave cometidos en la Rusia de 1917, en particular el hecho de que, una vez iniciada la Guerra Civil en 1918, las milicias de las fábricas, los Guardias Rojos, fueron disueltos en el Ejército Rojo territorial. Esto significó que los trabajadores se vieron privados de un instrumento crucial para defender sus intereses específicos, incluso contra el Estado de transición y su ejército, si fuera necesario. El párrafo que sigue en el texto de Marc también insiste en otra lección esencial de la experiencia rusa:

«Sólo nos queda afirmar que el partido político de la clase no es un órgano estatal. Durante mucho tiempo los revolucionarios no mantuvieron este punto de vista, pero esto fue un signo de la inmadurez de la situación objetiva y de su propia falta de experiencia. La experiencia de la Revolución Rusa ha demostrado que este punto de vista es obsoleto. La estructura de un Estado basado en partidos políticos es típica de la democracia burguesa, del Estado burgués. La sociedad en el periodo de transición no puede delegar su poder a los partidos políticos, es decir, a organismos especializados. El semi-estado se basará en el sistema soviético, en la participación directa y constante de las masas en la vida y el funcionamiento de la sociedad. Esto implica que las masas pueden en cualquier momento retirar a sus representantes, reemplazarlos, ejercer un control constante y directo sobre ellos. La delegación del poder a los partidos, de cualquier tipo, reintroduce la división entre el poder y la socie-

dad y, por lo tanto, es una barrera importante para su emancipación.

Además, la asunción o la participación en el poder estatal por parte del partido proletario alterarán profundamente sus funciones, como lo demuestra la experiencia rusa. Sin entrar en una discusión sobre la función del partido y su relación con la clase -lo que plantea otro debate-, basta con decir aquí que las exigencias contingentes del Estado terminarían prevaleciendo sobre el partido, haciéndolo identificar con el Estado y separarse de la clase, hasta el punto de oponerse a ella».

Los consejos obreros del futuro

Hay que preguntarse sobre este esbozo de un posible Estado de transición del futuro. Se basa en el principio fundamental de que el proletariado, como única clase comunista, debe mantener en todo momento su autonomía de todas las demás clases. La traducción directa de este concepto es el llamado a los consejos obreros a ejercer su dictadura sobre el Estado, y la composición social de estos consejos es clara: son consejos de toda la ciudad compuestos por delegados elegidos por todos los lugares de trabajo de esa ciudad. El problema para nosotros es que esta noción fue planteada en un momento - en los años 70 - en que la clase obrera todavía tenía un sentido definido de identidad de clase y, en los países centrales del capital, se concentraba en grandes lugares de trabajo como fábricas, minas, astilleros, etc. Pero en las últimas décadas estas concentraciones han sido en gran medida disueltas por el proceso de “globalización” y la clase obrera no sólo ha sido atomizada materialmente por estos cambios sino que también ha sido sometida a una implacable ofensiva ideológica, sobre todo desde el colapso del llamado “comunismo” después de 1989: una ofensiva basada en la idea de que la clase obrera ya no existe, que es ahora, en el mejor de los casos, una especie de subclase, incluso una subclase racial, como en la repugnante noción de que la clase obrera es por definición “blanca”. De la misma manera, nuestra clase se ha fragmentado aún más por el proceso de “Uberización” que busca presentar a cada trabajador como un empresario individual. Pero sobre todo ha sido asaltada por la propaganda que

afirma que la lucha de clases es un anacronismo total y que sólo puede conducir no a la formación de una sociedad más humana, sino a las peores formas de terror de Estado, como en la URSS de Stalin¹⁹.

Estos cambios y campañas han traído grandes dificultades para la clase obrera y plantean verdaderos problemas sobre la formación de los consejos obreros del futuro. No es que la idea de los consejos haya desaparecido totalmente o se haya convertido en un mero apéndice de la democracia burguesa. La noción subyacente apareció, por ejemplo, en las asambleas de masas del movimiento de los Indignados en España en 2011 - y contra aquellos grupos como Democracia Ahora que querían usar las asambleas para dar una especie de vida vampírica al sistema parlamentario, había quienes en el movimiento argumentaban que estas asambleas eran una forma más alta de autogobierno que el viejo sistema parlamentario. La mayoría de los protagonistas de estas asambleas eran efectivamente proletarios, pero eran principalmente estudiantes, desempleados, trabajadores precarios, y superaron su atomización reuniéndose en las plazas de las ciudades o en asambleas de barrios más locales. Al mismo tiempo, había poca o ninguna tendencia a celebrar asambleas en los lugares de trabajo más grandes.

En cierto sentido, esta forma de organización de asambleas fue una vuelta a la forma de la Comuna en 1871, que estaba formada por delegados de los barrios (pero sobre todo de los barrios obreros) de París. Los consejos obreros o soviets de 1905 o 1917 habían sido un paso adelante respecto de la Comuna porque eran un medio definitivo para permitir a la clase organizarse como clase. La forma "territorial", por el contrario, es mucho más vulnerable a la idea de que son los ciudadanos los que se reúnen, no una clase con su propio programa, y vimos esta debilidad muy claramente en el movimiento de los indignados. Y más recientemente, las revueltas sociales que han ido arrasando el globo desde

el Medio Oriente hasta Sudamérica han mostrado aún más claramente el peligro del interclasismo, de que el proletariado se ahogue en las protestas de la población en general, que están dominadas por la ideología democrática por un lado y, por otro, por la violencia desesperada y desorganizada que caracteriza al lumpen proletariado²⁰.

No podemos estar seguros de cómo se abordará este problema en un futuro movimiento de masas, que bien puede ver al proletariado organizándose mediante una combinación de asambleas de masas en el lugar de trabajo y en la calle. También puede ser que la autonomía de la clase obrera tenga que asumir un carácter más directamente político en el futuro: en otras palabras, que los órganos de clase de la próxima revolución se definan mucho más que en el pasado sobre la base de su capacidad de asumir y defender posiciones políticas proletarias (como la oposición al parlamento y a los sindicatos, el desenmascaramiento de la izquierda capitalista, etc.). Esto no implica de ninguna manera que los lugares de trabajo, y los consejos que emanan de ellos, dejarán de ser un foco crucial para el encuentro de la clase obrera como clase. Este será ciertamente el caso en países como China, cuya frenética industrialización ha sido el contrapunto a la desindustrialización de partes del capitalismo en Occidente. Pero incluso en este último, todavía hay concentraciones considerables de trabajadores en sectores como la salud, transporte, comunicación, administración y educación (y el sector manufacturero...). Y hemos visto algunos ejemplos de cómo los trabajadores pueden superar las desventajas de estar dispersos en pequeñas empresas, por ejemplo, en la lucha de los trabajadores del acero en Vigo, España, en 2006, donde asambleas de huelguistas en el centro de la ciudad agruparon a los trabajadores de varias pequeñas fábricas de acero. Volveremos a estas cuestiones en un futuro artículo. Pero lo que es seguro es que, en cualquier levantamiento revolucionario futuro, la autonomía de clase del proletariado implicará una verdadera asimilación de la expe-

riencia de las revoluciones anteriores y, sobre todo, de la experiencia del Estado post-revolucionario. Podemos decir con cierta confianza que la crítica del Estado elaborada por una línea de revolucionarios que vincula a Marx, Engels y Lenin con Bilan y Marc Chirik tanto en la ICF como en la CCI, será indispensable para la readquisición, por parte de la clase obrera, de su propia historia y, por tanto, para la realización de su futuro comunista.

C D Ward, agosto de 2019

☞ VIENE DE PAG. 11

¿Qué impacto tiene sobre la clase trabajadora?

En conclusión, debemos comprender que las condiciones de la guerra entre la primera y la segunda guerra mundial, por un lado, y las de hoy, por otro, son fundamentalmente diferentes y, en consecuencia, también las perspectivas para el proletariado. Si el deslizamiento hacia la barbarie en Ucrania es destructivo y brutal, el significado de tales conflictos es también más difícil de entender para la clase obrera. Mientras que las confraternizaciones fueron técnica y políticamente posibles durante la primera guerra mundial -los trabajadores podían comunicarse a través de las trincheras-, hoy en día no existe ese potencial. Tampoco hay cientos de miles de personas agrupadas en los frentes, con posibilidades de discusión, reacciones masivas contra sus superiores y revueltas.

Así que no podemos esperar ninguna reacción de clase en el frente de guerra por el momento, incluso si los soldados rusos pueden desertar o negarse a ser reclutados para Ucrania. Hoy, la clase obrera no tiene la capacidad de ofrecer una resistencia de clase contra la guerra imperialista, ni en Ucrania, ni en Rusia, ni en este momento en Occidente. En cuanto a las perspectivas más generales para el desarrollo de la lucha de clases en la actualidad, éstas se abordan en el informe sobre la situación de la lucha de clases.

09.05.2022

¹⁹ El informe sobre la lucha de clases del último congreso de la CCI se centra en esta cuestión de la identidad de clase. <https://es.internationalism.org/content/4452/informe-sobre-la-lucha-de-clases-formacion-perdida-y-reconquista-de-la-identidad-de>

²⁰ Ver: <https://es.internationalism.org/content/4495/ante-la-agravacion-de-la-crisis-economica-mundial-y-la-miseria-las-revueltas-populares>

ESPAÑA

Revista internacional (trimestral)
 órgano internacional de la CCI):
 18,03 euros

Acción proletaria
 (sale cada dos meses) : 12,02 euros

Si quieres recibir *Acción proletaria*
 y además la *Revista internacional*:
 30,05 euros

Si quieres recibir además nuestras
 publicaciones en América Latina,
Revolución mundial (México)
 e *Internacionalismo* (Venezuela):
 42,07 euros

Si quieres apoyar económicamente
 nuestro combate, te proponemos
 una **suscripción de apoyo**:
 60,10 euros

Mail Boxes 153
108, rue Damrémont – 75018
París FRANCIA

MÉXICO

Revista internacional(trimestral,
 órgano internacional de la CCI):
 \$ 80,00

Revolución mundial
 (sale cada dos meses):
 \$ 90,00

Revolución mundial
 y *Revista internacional*:
 \$ 150,00

Los dos anteriores,
 más *Acción proletaria* (España)
 e *Internacionalismo* (Venezuela):
 \$ 230,00

Puedes escribirnos,
poniendo únicamente estos datos
en el sobre

Apartado postal 15-024, C.P.
02600, México D.F.

VENEZUELA

Revista internacional (trimestral,
 órgano internacional de la CCI):
 5000 Bs.

Internacionalismo
 (sale cada seis meses):
 2000 Bs

Los dos anteriores,
 más *Acción proletaria* (España)
 y *Revolución mundial* (México):
 19 000 Bs

Suscripción de apoyo : 25 000 Bs

Puedes escribirnos,
a la dirección postal
de Révolution internationale:

Mail Boxes 153
108, rue Damrémont – 75018
París FRANCIA

Publicaciones territoriales

Escribir según los diferentes países

**Mexico, Venezuela, Perú,
 Ecuador**
 Apartado Postal 15-024, C.P
 02600, Distrito Federal, Mexico,
 Mexique

**Gran Bretaña, Australia,
 Estados Unidos**
 BM Box 869,
 LONDON WC1 N 3 XX Gran
 Bretaña

Belgique, Hollande PB 102,
 2018 Antwerpen (Centraal
 Station) Belgique-België

España, Francia, Brasil
 Mail Boxes 153,
 108 rue Damrémont 75018
 Paris,

India, Filipinas
 POB 25, NIT, Faridabad,
 121001, Haryana, India

**Alemania, Suiza, Suecia,
 Turquía**
 Internationale Revue
 Postfach 2124
 CH-8021 Zurich, Suisse

Italia
 CP 469, 80100 NAPOLI, Italia

Sumarios de los últimos números de la Revista Intenacional

Nº 162 Primer semestre 2019

Presentación de la Revista

Centenario de la fundación de la Internacional Comunista

La Internacional de Acción Revolucionaria de la clase obrera

100 años después de la fundación de la Internacional Comunista
¿Qué lecciones para las luchas del futuro?

Internacionalisme n° 7 - Año 1946

La fracción izquierda

Método de formación del partido

El comunismo está a la orden del día.

Castoriadis, Munis y el problema de la ruptura con el trotskismo (2ª parte)

Sobre el contenido de la revolución comunista

La burguesía mundial contra la revolución (2ª parte)

Nº 163 Segundo semestre de 2019

Presentación de la Revista

Ante el hundimiento de la crisis económica mundo y miseria

Las «revueltas populares» constituyen un callejón sin salida

Invasión turca en el norte de Siria

La barbarie y el cinismo de la clase dominante

100 años después de la fundación de la Internacional Comunista

¿Qué lecciones para los combates del futuro? (2ª parte)

Cincuentenario de Mayo del 68

La difícil evolución del medio político proletario desde mayo del 68 (1ª parte)

Nuevo Curso y la «Izquierda Comunista Española

¿Cuáles son los orígenes de la Izquierda Comunista?

Contribución a una historia del movimiento obrero en África del sur

De la elección del presidente Nelson Mandela (1994) al año 2019

Nº 164 Primer semestre 2020

23º Congreso de la CCI

Las responsabilidades de los revolucionarios en el período actual

Las diferentes facetas de la tarea como Fracción

Resolución sobre la situación internacional:

Conflictos imperialistas, vida de la burguesía, crisis económica

Informe sobre el impacto de la descomposición sobre la vida política de la burguesía

Informe sobre la descomposición hoy (mayo de 2017)

Resolución sobre la relación de fuerzas entre las clases

Informe sobre la lucha de clases

Formación, pérdida y reconquista de la identidad de clase proletaria

Informe sobre la cuestión del curso histórico

Nº 165 Segundo semestre 2020

Presentación de la Revista

La pandemia del covid y el período de descomposición del capitalismo

Todas las pandemias pasadas fueron producto de sociedades decadentes, la del Covid-19 no es una excepción

La crisis económica - Introducción

Informe sobre la crisis económica

Informe lucha de clases

Nº 166 primer semestre 2021

Presentación de la Revista

La pandemia de COVID-19 revela la decadencia del capitalismo global

Cuidado de la salud en la Rusia de los Soviét

Pandemia de COVID-19: barbarie capitalista generalizada o Revolución Proletaria Mundial

Estados Unidos y el capitalismo global rumbo a un callejón sin salida

100 años después de la fundación del CI, qué lecciones para las luchas del futuro? (3ª parte)

El programa comunista en la fase descomposición del capitalismo

Bordiga y la gran ciudad

La difícil evolución del entorno político proletario desde mayo del 68 (2ª parte)

Nº 167 Segundo semestre de 2020

24º congreso de la CCI

Comprender la situación histórica y preparar el futuro

Resolución sobre la situación internacional

Pandemia y desarrollo de la descomposición

Informe sobre la lucha de clases internacional

Informe sobre la crisis económica

Informe sobre conflictos imperialistas

Nuestras posiciones

* Desde la Primera Guerra Mundial, el capitalismo es un sistema social decadente. En dos ocasiones ya, el capitalismo ha sumido a la humanidad en un ciclo bárbaro de crisis, guerra mundial, reconstrucción, nueva crisis. En los años 80, el capitalismo ha entrado en la fase última de su decadencia, la de su descomposición. Sólo hay una alternativa a ese declive histórico irreversible: socialismo o barbarie, revolución comunista mundial o destrucción de la humanidad.

* La Comuna de París de 1871 fue el primer intento del proletariado para llevar a cabo la revolución, en una época en la que las condiciones no estaban todavía dadas para ella. Con la entrada del capitalismo en su período de decadencia, la Revolución de Octubre de 1917 en Rusia fue el primer paso de una auténtica revolución comunista mundial en una oleada revolucionaria internacional que puso fin a la guerra imperialista y se prolongó durante algunos años. El fracaso de aquella oleada revolucionaria, especialmente en Alemania en 1919-23, condenó la revolución rusa al aislamiento y a una rápida degeneración. El estalinismo no fue el producto de la revolución rusa. Fue su enterrador.

* Los regímenes estatalizados que, con el nombre de «socialistas» o «comunistas» surgieron en la URSS, en los países del Este de Europa, en China, en Cuba, etc., no han sido sino otras formas, particularmente brutales, de la tendencia universal al capitalismo de Estado propia del período de decadencia.

* Desde principios del siglo XX todas las guerras son guerras imperialistas en la lucha a muerte entre Estados, pequeños o grandes, para conquistar un espacio en el ruedo internacional o mantenerse en el que ocupan. Sólo muerte y destrucciones aportan esas guerras a la humanidad y ello a una escala cada vez mayor. Sólo mediante la solidaridad internacional y la lucha contra la burguesía en todos los países podrá oponerse a ellas la clase obrera.

* Todas las ideologías nacionalistas de «independencia nacional», de «derecho de los pueblos a la autodeterminación», sea cual fuere el pretexto étnico, histórico, religioso, etc., son auténtico veneno para los obreros. Al intentar hacerles tomar partido por una u otra fracción de la burguesía, esas ideologías los arrastran a oponerse unos a otros y a lanzarse a mutuo degüello tras las ambiciones de sus explotadores.

* En el capitalismo decadente, las elecciones son una mascarada. Todo

llamamiento a participar en el circo parlamentario no hace sino reforzar la mentira de presentar las elecciones como si fueran, para los explotados, una verdadera posibilidad de escoger. La «democracia», forma particularmente hipócrita de la dominación de la burguesía, no se diferencia en el fondo de las demás formas de la dictadura capitalista como el estalinismo y el fascismo.

* Todas las fracciones de la burguesía son igualmente reaccionarias. Todos los autode-nominados partidos «obrerros», «socialistas», «comunistas» (o «excomunistas», hoy), las organizaciones izquierdistas (trotskistas, maoistas, y exmaoistas, anarquistas oficiales) forman las izquierdas del aparato político del capital. Todas las tácticas de «frente popular», «frente antifascista» o «frente único», que pretenden mezclar los intereses del proletariado a los de una fracción de la burguesía sólo sirven para frenar y desviar la lucha del proletariado.

* Con la decadencia del capitalismo, los sindicatos se han transformado por todas partes en órganos del orden capitalista en el seno del proletariado. Las formas sindicales de organización, «oficiales» o de «base» sólo sirven para someter a la clase obrera y encuadrar sus luchas.

* Para su combate, la clase obrera debe unificar sus luchas, encargándose ella misma de su extensión y de su organización, mediante asambleas generales soberanas y comités de delegados elegidos y revocables en todo momento por esas asambleas.

* El terrorismo no tiene nada que ver con los medios de lucha de la clase obrera. Es una expresión de capas sociales sin porvenir histórico y de la descomposición de la pequeña burguesía, y eso cuando no son emanación directa de la pugna que mantienen permanentemente los Estados entre sí; por ello ha sido siempre un terreno privilegiado para las manipulaciones de la burguesía. El terrorismo predica la acción directa de las pequeñas minorías y por todo ello se sitúa en el extremo opuesto a la violencia de clase, la cual surge como acción de masas consciente y organizada del proletariado.

* La clase obrera es la única capaz de llevar a cabo la revolución comunista. La lucha revolucionaria lleva necesariamente a la clase obrera a un enfrentamiento con el Estado capitalista. Para destruir el capitalismo, la clase obrera deberá echar abajo todos los Estados y establecer la dictadura del proletariado a escala mundial, la cual es equivalente al poder internacional de los Consejos Obreros, los cuales agruparán

al conjunto del proletariado.

* Transformación comunista de la sociedad por los Consejos Obreros no significa ni «auto-gestión», ni «nacionalización» de la economía. El comunismo exige la abolición consciente por la clase obrera de las relaciones sociales capitalistas, o sea, del trabajo asalariado, de la producción de mercancías, de las fronteras nacionales. Exige la creación de una comunidad mundial cuya actividad total esté orientada hacia la plena satisfacción de las necesidades humanas.

* La organización política revolucionaria es la vanguardia del proletariado, factor activo del proceso de generalización de la conciencia de clase en su seno. Su función no consiste ni en «organizar a la clase obrera», ni «tomar el poder» en su nombre, sino en participar activamente en la unificación de las luchas, por el control de éstas por los obreros mismos, y en exponer la orientación política revolucionaria del combate del proletariado.

Nuestra actividad

* La clarificación teórica y política de los fines y los medios de la lucha del proletariado, de las condiciones históricas e inmediatas de esa lucha.

* La intervención organizada, unida y centralizada a nivel internacional, para contribuir en el proceso que lleva a la acción revolucionaria de la clase obrera.

* El agrupamiento de revolucionarios para la constitución de un auténtico partido comunista mundial, indispensable al proletariado para echar abajo la dominación capitalista y en su marcha hacia la sociedad comunista.

Nuestra filiación

Las posiciones de las organizaciones revolucionarias y su actividad son el fruto de las experiencias pasadas de la clase obrera y de las lecciones que dichas organizaciones han ido acumulando de esas experiencias a lo largo de la historia.

La CCI se reivindica de los aportes sucesivos de la Liga de los Comunistas de Marx y Engels (1847-52), de las tres Internacionales (la Asociación Internacional de los Trabajadores, 1864-72, la Internacional Socialista, 1889-1914, la Internacional Comunista, 1919-28), de las fracciones de izquierda que se fueron separando en los años 1920-30 de la Tercera Internacional (la Internacional Comunista) en su proceso de degeneración, y más particularmente de las Izquierdas alemana, holandesa e italiana.